

Una publicación de

# LE MONDE *diplomatique*

Prólogo. "Boric en la Encrucijada de la Izquierda"

Jorge Alemán

Capítulo 1: Poesías del pasado con ecos poéticos futuros

1. Pasado, presente y porvenir chileno

Nicol A. Barria-Asenjo

2. De Bestia a la revuelta de octubre:

trauma, memoria y elaboración de nuestro pasado reciente

José Cabrera

3. Chile despertó: A propósito del despertar colectivo del sueño mítico de la historia

Nicolás Pinochet Mendoza

4. Las tentativas de traducción político-institucional del estallido social y sus efectos subjetivantes

Pablo Johnson Ramos

5. De la crisis de autoridad a la disputa por la vacancia popular

Roberto Lobos

Capítulo 2. Hacia un proyecto político global.....

1. ¿Kast o Boric? ¿Pasado o futuro?

Slavoj Žižek

2. En Chile -y en Croacia- ¡El fascismo será derrotado!

Srećko Horvat

3. Arder para renacer dos significantes para el milagro y el modelo chileno

Jairo Gallo Acosta

4. Chile: Hacia un nuevo significante

Nicol A. Barria-Asenjo y Slavoj Žižek

El disfraz de la política despolitizada

1. Cuerpos sitiados. El sometimiento al poder entre revuelta y pandemia en Chile

Alberto Cecereu

2. 18 de octubre: la revuelta de las rebeldías

Jamadier Esteban Uribe Muñoz

3. Sobre la necesidad de re-pensar la política en un nuevo Chile

Francisco Alejandro Vergara Muñoz

4. Primero como Ruptura, después como Política

Nicol A. Barria-Asenjo

INSURRECCIÓN POPULAR; CONVENCION CONSTITUCIONAL Y TRIUNFO DE GABRIEL BORIC

Una publicación de

# LE MONDE *diplomatique*

Un análisis social, histórico, político y económico a Chile  
(2019-2022)

## Insurrección Popular; Convención Constitucional y triunfo de Gabriel Boric

Jorge Alemán, Nicol A. Barria-Asenjo, José Cabrera, Nicolás Pinochet Mendoza, Pablo Johnson Ramos, Roberto Lobos, Slavoj Žižek, Srećko Horvat, Jairo Gallo Acosta, Nicol A. Barria-Asenjo, Alberto Cecereu, Jamadier Esteban Uribe Muñoz y Francisco Alejandro Vergara Muñoz

Editado por Nicol A. Barria-Asenjo

Prólogo: Jorge Alemán

[www.editorialauncreemos.cl](http://www.editorialauncreemos.cl)  
[www.lemondediplomatique.cl](http://www.lemondediplomatique.cl)

EDITORIAL AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS

*Un análisis social, histórico, político y económico a Chile  
(2019-2022)*

## **Insurrección Popular; Convención Constitucional y triunfo de Gabriel Boric**

Jorge Alemán, Nicol A. Barria-Asenjo, José Cabrera, Nicolás Pinochet Mendoza,  
Pablo Johnson Ramos, Roberto Lobos, Slavoj Žižek, Srećko Horvat,  
Jairo Gallo Acosta, Nicol A. Barria-Asenjo, Alberto Cecereu,  
Jamadier Esteban Uribe Muñoz, Francisco Alejandro y Vergara Muñoz

**Editado por Nicol A. Barria-Asenjo**

**Prólogo: Jorge Aleman**

La editorial Aún creemos en los sueños  
publica la edición chilena de Le Monde Diplomatique.  
Director: Víctor Hugo de la Fuente  
En coedición con la Universidad Autónoma de Chile,  
Santiago de Chile

Suscripciones y venta de ejemplares:  
San Antonio 434 Local 14 - Santiago.  
Teléfono: (56) 22 608 35 24  
E-mail: [edicion.chile@lemondediplomatique.cl](mailto:edicion.chile@lemondediplomatique.cl)  
[www.editorialauncreemos.cl](http://www.editorialauncreemos.cl)  
[www.lemondediplomatique.cl](http://www.lemondediplomatique.cl)

Copyright 2020 Editorial Aún Creemos En Los Sueños.  
Primera edición: julio 2022

## ÍNDICE

<b>Prólogo. "Boric en la Encrucijada de la Izquierda"</b> Jorge Alemán	5
<b>Capítulo 1: Poesías del pasado con ecos poéticos futuros</b>	7
<b>1. Pasado, presente y porvenir chileno</b> Nicol A. Barria-Asenjo	8
<b>2. De Bestia a la revuelta de octubre: trauma, memoria y elaboración de nuestro pasado reciente</b> José Cabrera	17
<b>3. Chile despertó: A propósito del despertar colectivo del sueño mítico de la historia</b> Nicolás Pinochet Mendoza	24
<b>4. Las tentativas de traducción político-institucional del estallido social y sus efectos subjetivantes</b> Pablo Johnson Ramos	33
<b>5. De la crisis de autoridad a la disputa por la vacancia popular</b> Roberto Lobos	42
<b>Capítulo 2. Hacia un proyecto político global.....</b>	52
<b>1. ¿Kast o Boric? ¿Pasado o futuro?</b> Slavoj Žižek	53
<b>2. En Chile -y en Croacia- ¡El fascismo será derrotado!</b> Srećko Horvat	55
<b>3. Arder para renacer dos significantes para el milagro y el modelo chileno</b> Jairo Gallo Acosta	58
<b>4. Chile: Hacia un nuevo significante</b> Nicol A. Barria-Asenjo y Slavoj Žižek	64

<b>El disfraz de la política despolitizada</b>	82
<b>1. Cuerpos sitiados. El sometimiento al poder entre revuelta y pandemia en Chile</b> Alberto Cecereu	83
<b>2. 18 de octubre: la revuelta de las rebeldías</b> Jamadier Esteban Uribe Muñoz	90
<b>3. Sobre la necesidad de re-pensar la política en un nuevo Chile</b> Francisco Alejandro Vergara Muñoz	100
<b>4. Primero como Ruptura, después como Política</b> Nicol A. Barria-Asenjo	111

# BORIC EN LA ENCRUCIJADA DE LA IZQUIERDA

Jorge Alemán

Pensar la izquierda en el Estado es pensar en Chile. Fue el lugar donde un presidente que se definía como marxista por primera vez ganó las elecciones democráticas en América Latina. La aventura - que pude conocer desde dentro - se cobró un precio altísimo que tuvo un gran impacto para la izquierda mundial.

Nadie puede olvidar la muerte de Allende, su coraje final, su discurso de despedida mientras la canalla de la dictadura cívico militar destruía la hipótesis revolucionaria en un gobierno democrático.

Tampoco nadie puede olvidar aquellas palabras del presidente Allende que auguraban un retorno por las alamedas. Esa no fue la única singularidad chilena; en Chile no solo triunfó un golpe si no que se organizó un dispositivo donde las tesis de Hayek y Friedman dieron inicio al primer neoliberalismo triunfante.

Lo siniestro del golpe se redobló con la macabra eficacia represora, económica y política de una dictadura triunfante que no parecía - al menos en apariencia - tener fisuras. Hasta tal punto que uno de los más reconocidos dirigentes socialistas de la transición española no tuvo vergüenza en afirmar que si bien Chile era una dictadura, su programa económico era exitoso.

Muchos años después el mundo volvió a mirar a Chile impresionado por sus movilizaciones populares y sus intensas revueltas callejeras. ¿De qué se trataba? ¿Era un mero acto disruptivo, el famoso efecto joker o estábamos asistiendo a lo que luego confirmamos: un acto instituyente?.

En ese escenario el nombre de Boric emerge como un nuevo interrogante para la izquierda mundial. ¿Cómo sería la traducción política de semejante acto? Aún es difícil responder a esta pregunta. Sabemos que en el pasaje que existe entre un acto instituyente y su traducción político institucional siempre hay una pérdida, especialmente cuando

está en juego un proceso que se propone como desenlace cambiar la Constitución pinochetista.

La pérdida a la que se ha aludido siempre tiene que ver con que el paso de lo instituyente a lo institucional implica a la lógica de Estado y sus exigencias. Esto es lo que hace de la encrucijada de Boric un devenir absolutamente original en América Latina como original fue Allende.

Ahora Boric es un hombre de Estado que tiene como legado histórico no solo a su antecesor si no intentar transferir la energía popular de aquellas movilizaciones, el ímpetu electoral de Apruebo Dignidad y la sanción simbólica de una nueva Constitución en una agenda de gobierno.

Con todo lo que implica esta cuestión en relación a un poder mediático, judicial y político intocado por derecha, Boric encarna como nadie el dilema mundial de aquellas izquierdas que no han retrocedido en asumir todas las tensiones, crisis y condicionamientos que implican la participación en el Estado.

El panorama actual chileno da un testimonio evidente de estos condicionamientos: el problema de los mapuches, la inseguridad, la inflación y todas las cartas ganadoras de la derecha. un poder que sabe muy bien que, si la Asamblea Constituyente triunfa, Chile puede volver a inaugurar un proyecto de emancipación democrático sin caer en las derrotas precedentes que tiñeron con sangre el mapa latinoamericano.

En este trance en el que Boric está implicado en su apuesta no está presente solo el afán destructivo de los reaccionarios históricos; también juega un rol el ala más conservadora del partido socialista.

De la suerte de Boric depende no solo el éxito de un gobierno si no la suerte de una experiencia política de nuevo cuño: hasta donde los proyectos políticos pueden organizar una agenda propia de conducción del Estado, una autoridad democrática que pueda sortear el escollo de la fuerza efectiva que aún posee el neoliberalismo triunfante inaugurado por el dictador.

Los textos que *Lemonde Diplomatie* ha recopilado bajo la atenta lectura de Nicol A. Barria- Asenjo constituyen un excelente material de trabajo para indagar en estos interrogantes cruciales de la experiencia Boric que deberían concernir a la izquierda internacional.

Capítulo 1:  
*Poesías del pasado con ecos poéticos  
futuros*



# 1. Pasado, presente y porvenir chileno

Por Nicol A. Barria-Asenjo

Paul Ricoeur (2003) afirmó que: “*la memoria sigue siendo el guardián de la última dialéctica constitutiva de la paseidad del pasado, a saber, la relación entre el ‘ya no’ que señala su carácter terminado, abolido, superado, y el ‘sido’ que designa su carácter originario y, en este sentido, indestructible*” (p.648). La memoria es el proceso re-constructivo mediante el cual se produce una efímera re-elaboración de hechos o acontecimientos que tuvieron lugar en una estructura temporal que ya no es, lo incapturable y escurridizo del pasado emerge en un presente vivo donde se articula dicho pasado, lo que ya no fue, retorna en el aquí-ahora, entre los umbrales poco alcanzables del presente la representación del pasado de torna visible y posible. Entonces, la disolución del pasado en el presente (Hartog, 2007) es un imposible, el pasado ya no está, pero retorna y cobra vida mediante la efervescencia de la memoria que opera como guardián, juez y jurado del resultado y proceso del re-pensar. Mientras el recuerdo pertenece a una forma histórica, el olvido responde a una de las formas a-históricas. En consecuencia, la memoria debe contener lo que Roger Chartier (2016) conceptualizo como “*Effets de réel*” (p.169), este sería la suerte de elemento necesario para que el pasado pueda tener presencia y existencia en un presente y tal vez, sobrevivir en el futuro.

Según Burke (1997) la historia en sus inicios tuvo como principal tarea exponer la forma en que las cosas sucedieron en un determinado periodo, para el historiador, la historia es una especie de juicio que se emite a propósito de acontecimientos pasados, es a partir de la mirada retrospectiva que aparece la opción de analizar y aproximarse a los complejos entramados que los movimientos de la historia van construyendo o en su contrario desmantelando. La mirada el pasado posibilita la existencia de la historia, la historia es lo que es y lo que ha sido.

Lucien Febvre (1992) advertía que *“un historiador que rehúsa pensar el hecho humano, un historiador que profesa la sumisión pura y simple a los hechos, como si los hechos no estuvieran fabricados por él, como si no hubieran sido elegidos por él, previamente, en todos los sentidos de la palabra “escoger” es un ayudante técnico. Que puede ser excelente. Pero no es un historiador”* (p. 179-180). Desde estos oscuros lugares podemos comenzar a ver los nexos entre la política y la historia a la luz de la iluminación enfocada en que la historia no encuentra su límite al encontrarse con la política, sino que solo, se expande a otros espacios, y que siempre es un hilo manejable y tanto alterado como construido por alguien. La historia y la política se cruzan al tener que pensar en cuestiones de responsabilidad, si las formas políticas y modelos políticos son en cierta medida seleccionados por la sociedad mediante procesos democráticos, en paralelos a esto también se direcciona el devenir de la historia en implicancia con la política que moverá los hilos.

Marta Philp (2000) nos recuerda que desde el siglo XIX se comenzó a difundir la historia política en relación con estrategias y propaganda política, una herramienta que servía para la política presente, es decir, se impuso una visión instrumental de la historia. Será entonces, el proceso revolucionario-historiográfico lo que dará paso a nuevas formas de entender y utilizar la historia. Nuevamente encontramos en la coyuntura a la política y la historia, entendiendo que el movimiento político revolucionario en la historia, produjo que la historia en tanto teoría y práctica lograra otras concepciones y se ramificara. En nuestro siglo XXI, la perspectiva histórica carece de delimitaciones y prevalece como un núcleo de encuentro y debates, Retomando a Philp: *“la historia no se agota en la historia política sino que incluye varias dimensiones de la vida humana”* (p.254) además, agregará que *“el retorno de lo político y de la historia política no significa regresar al modelo propuesto por la “historia historizante”;* los desafíos son muchos, la historia política tiene que fortalecerse en un contexto de crisis de los modelos globales de análisis tales como el estructuralismo y el marxismo; sin embargo, dicha

*crisis es a la vez la condición de posibilidad de una nueva historia política que reivindique su autonomía como objeto de estudio, que reclame un espacio propio a partir de la revisión de los “viejos” modelos (estructuralismo y marxismo) y de una mirada crítica y atenta frente a la “novedad” de las propuestas teóricas actuales. La crisis de los modelos globales dejó al descubierto a los individuos cuya imagen se desdibujaba tras una rígida concepción de clase o de estructura social”* (p.256).

Tal vez, una de las críticas que se puede hacer a lo anterior, es pensar en un “*retorno a lo político*” (p.256) la figura del retorno en lo político supone un mas allá y un salto en las condiciones y estructuras. Tal afirmación tendría como hipótesis la afirmación de que en algún momento de la historia se dio un salto más allá de la política y los procesos de ideologización comenzaron a mover otros engranajes que salieron de la política. Lo curioso de esa conjetura vacía, es que nuestro siglo promueve algo similar, la despolitización y lo apolítico, que también son formas políticas que se encontrarían fuera de la política misma.

Hay una despolitización -o al menos un intento de esto- de la política misma. Se intenta promover la política sin los elementos negativos que la política tiene en su esencia. Una purificación de la política para convertirla en una política sin política. No hay un retorno de lo político, hay una caída del velo ideológico que mantenía bajo su manto las claves que nos permitían ver con claridad la errancia en los intersticios de la política en su potencia.

Lo anterior, irremediamente nos llevaría a pensar sobre la veracidad de cualquier reconstrucción o análisis, en sus esferas políticas, económicas e incluso históricas, es menester esclarecer que, esto ha permanecido desde la década de los 70, es un antagonismo imposible de superar y guarda relación con las condiciones de verdad de un relato histórico que es perfectamente extrapolable al terreno político. Un claro ejemplo de esta colisión, se encuentra en el terreno de la política frente a los debates izquierda-derecha, si bien, los partidos políticos permanecen en una cada vez más extensa ramificación dentro

de lo difusos márgenes y límites de la izquierda o la derecha, me interesa para efectos de este texto enfocarme en la estructura ideológica y la relación que hay o no con la base económica, lo cual, no es una relación causa-efecto, en absoluto.

Algunas re-lectura históricas que se producen desde ambos bandos de la escena política, si bien contienen matices estructurales-narrativos enfocados en un evento específico, con aparentes configuraciones y repercusiones sociales, económicas, políticas, culturales, espirituales, materiales similares, finalmente no logran ser analizados ni estudiados desde perspectivas amigas.

En Chile, la dictadura cívico-militar guarda una dualidad, aún en pleno 2022 prevalece en un gran número de la población un anhelo de retornar a ese periodo histórico, donde, en retrospectiva, algunos afirman que había más orden y una mejor calidad de vida.

Lo curioso de estas dobles lecturas es que desde una mirada general se pensaría que es la elite económica y la clase política dominante la que desea un regreso a este horroroso episodio de la historia del país, y en efecto, son ellos y ellas, pero también entre estas masas adineradas hay gran número de trabajadores asalariados, cesantes, emprendedores y estudiantes de las clases medias y bajas que apoyan el ideario. El fantasma del General Pinochet permanece en ellos mediante la defensa a su legado y la aceptación de su condición de dominados, sobre este interesante fenómeno de la conciencia política y la transferencia con la estructura ideológica-económica, Wilhelm Reich (1933) afirmó que: *“la situación económica y la situación ideológica de las masas no se intercalan necesariamente y que incluso pueden disociarse en gran medida. Hay que constatar, por otra parte, que la situación económica no se transfiere de una manera inmediata y directa a la conciencia política”* (p.31)

Lo anterior nos invita con mayor intensidad en reflexionar en la condiciones de la política chilena, y a poder analizar con otros matices y herramientas los movimientos que en lo político se han evidenciado a lo largo de la historia del país. Los momentos más siniestros y los

acontecimientos más brutales, aún permanecen con una dualidad que actúa como barrera ante cualquier intento de reconstrucción del país.

### **¿Por qué importa la historia en la política chilena?**

Roger Chartier (2016) nos da un punta pie inicial a la hora de intentar pensar la importancia o los aportes de la historia en la política chilena, para el historiador *“Después del mayo de 1968, Chile fue para nosotros una tierra de experiencia y de esperanza. Después del primer y siniestro 11 de septiembre, Chile hizo de nuestros ‘ojos una fuente de lágrimas llorando por los muertos’, como fueron las lágrimas bíblicas del profeta Jeremías. Pero aquellos tiempos de dolor también fueron tiempos que fortalecieron la solidaridad entre todos los que, tanto en Chile como en Francia, compartían y comparten la inalterable esperanza en un mundo más justo, sin crueldades ni tiranías”*.

Intentar pensar los conceptos “Historia” y “Política” como dos conceptos que operan de forma independiente para re-pensar en la historia de un país como Chile, sería irremediablemente acercarnos al dilema de caer indefinidamente en un punto muerto, en el cual terminaríamos por no avanzar así como tampoco retroceder. Desde el periodo de Dictadura Cívico Militar (1973) e incluso mucho antes, en el Estado de Chile, la política irrumpió en la historia y la historia se torno política.

Los procesos de politización y falsa des-politización están en cada huella histórica que intentemos estudiar. Esta estrategia tiene una paralela relación con la memoria y el olvido, la falta de memoria impulsa a la población a un olvido, y por tanto, a deambular entre la a-historia, desde allí los engranajes de los traumas colectivos y rupturas pretenden ser anestesiados para que se mantengan sus espectros y los discursos hegemónicos no sientan la mas mínima alteración.

Patricio Rivera y Carlos Mándaca (2013) proponen lo siguiente: *“Entonces, el pasado debe ser constantemente recuperado y aún rescatado del olvido para construir o reconstruir el presente, teniendo en cuenta que la dic-*

*tadura en Chile elaboró discursos oficiales y una única historia oficial<sup>1</sup> que no reflejó la realidad de los “otros”, es decir, los derrotados, los republicanos, los exiliados, los torturados, los relegados, los clandestinos, los detenidos desaparecidos, los “upelientos”<sup>2</sup>. Es por ello que ante esta idea de recuperación de la historia, Alain Touraine (1995) señala precisamente lo anterior: la modernidad, por tanto, el individuo, debe estar en una permanente actitud crítica, constructiva, analítica, a la par con la evolución de los acontecimientos”.*

Serán los derrotados, lo que he definido como “los siempre olvidados” los agentes activos que durante el periodo del 2019, mediante el proceso de insurrección popular, harían de la historia una recuperación viva. Durante el 18 de octubre, se construyó una nueva forma de evitar la revictimización a las víctimas de la dictadura, fue en los bordes de la revuelta social donde la no-repetición apareció. Los cimientos de la historia, en tanto, devenir anestesiado producto de los movimientos del olvido<sup>3</sup> lo que pudo ser saltado.

El salto del torniquete, siendo este el momento en el cual los estudiantes secundarios sin ser totalmente conscientes de lo que despertarían, mediante un impulso sostenido por el deseo del cambio lo que haría que Chile diera un salto radical contra todo lo establecido y que se burlaba de permanente e inamovible. El proceso político desde allí paso a ser una transición entre lo impuesto hacia lo no-conocido. Lo no-todo abordado por la historia misma se volvió vigente y los debates se politizaron, la dirección que el país tomó y aun toma en 2022 un proceso de demolición. Con la llegada del proceso Constituyente y la liberación del primer borrador de lo que será una Nueva Constitución Política

1. En el caso Chileno, el llamado “Libro Blanco”, publicado por la Junta Militar de Gobierno, y el “Manual de Historia de Chile”, de Francisco Frías Valenzuela, editado en la época y en uso escolar hasta hoy, forman parte de esos discursos oficiales que omitieron los horrores de la dictadura.

2. Calificativo dado en Chile a los seguidores o militantes de la Unidad Popular por su sigla UP, alianza de partidos de centro izquierda e izquierda que lleva al poder a Salvador Allende Gossens en 1970.

3. Conviene rememorar las palabras de Torres (2013) “La memoria es la facultad de recordar lo que hemos hecho o lo que otros han hecho. Por su parte, la verdad se comprendería como la correspondencia de lo que recordamos con lo que pasó, en un tiempo y lugar determinados. Pero esta situación que parece sencilla de entender es mucho más compleja de lo que se piensa a primera vista. Su complejidad radica en al menos dos aspectos: el carácter subjetivo de la verdad y la memoria, y el problema del olvido” (p.146)

chilena, podemos entender que lo que ocurre en Chile es la rememoración de las deudas que la historia de la humanidad tenía con la historia misma, se evitaba lo que desde temprana data Reich (1933) identifico como un “*suicidio político*” (p.62) un evento que tomaría lugar pese a las buenas intenciones que las masas populares, los revolucionarios o los agentes políticos podrían tener, es el único fin, si es que las condiciones de la política misma no eran modificadas o reemplazadas.

Retomaré las conjeturas de Wilhelm Reich (1933) para lograr analizar algunos de los aparentes cambios en medio de la revuelta social, “<<*La clase media es de vital importancia para la existencia de un Estado*>> , se leía en un pasquín de los *Deutschnationalen*, del 8 de abril de 1932. *La cuestión de la importancia política de la clase media ha desempeñado un importante papel en el seno de la izquierda en las discusiones que siguieron al 30 de enero. Hasta esa fecha se ha tenido muy poco en cuenta a la clase media, porque todos los intereses estaban centrados en el estudio del desarrollo de la reacción política, de la dirección burguesa del Estado, y porque la problemática de la psicología de masas faltaba en los hombres políticos. Después de esta fecha se vio la <<rebelión de la clase media>> aparecer en escena*” (p.59)

Entonces, siguiendo con Reich, sería la rebelión de la clase que hasta antes de este periodo no era reconocida ni considerada en su potencia, poco a poco, logró ser epicentro de atención, es más, posteriormente el modelo capitalista-neoliberal presta total atención y sobre todo comienza a articular diferentes estrategias que eviten cualquier proceso de sublevación popular en las clases trabajadoras, pues, cualquier revuelta en este eslabón del sistema, produce un freno.

En el periodo comprendido desde el 2019 hasta el actual 2022 hay un fuerte cúmulo de eventos que pueden ser analizados solo mediante la mirada retrospectiva, nada anunciaba ni advertía que el 18 de octubre del 2019 comenzaría una revuelta popular que tendría repercusiones globales. Sin embargo, habían huellas, los movimientos estudiantiles, los movimientos feministas, las

demandas sociales no escuchadas, todo aquello venían silenciosamente acumulándose y mediante ese entierro forzado hacia una historia viva los movimientos los hilos de la historia impulsaban todo hacia ese único desenlace, Chartier (2016) dirá que *“en este sentido, la historia nunca puede olvidar los derechos de una memoria que es una insurgencia contra la falsificación o la negación de lo que fue. La historia debe entender semejante pedido y, con su exigencia de verdad, con sus operaciones propias, identificar, exponer y, tanto cuanto sea posible, apaciguar las infinitas heridas que dejó en el presente un pasado a menudo tiránico, brutal y cruel”* (p.175)

Todo lo silenciado, el síntoma, apareció en la escena nacional, lo silenciado y ocultado brotó. Es el momento político que se vive en la historia lo que nos invita a pensar, en las implicancias de la política en la historia y la importancia de que la historia logre ser politizada. Cualquier intento de despolitización de la historia, de olvido forzado, como sucedió en el caso chileno puede desterrarse a sí mismo.



## Referencias

- Althusser, L. (1965-1966) Notas suplementaria sobre la historia. En Althusser (1963-1986) Escritos sobre la Historia, 2019: Pólvora, Doble Ciencia.
- Burke, Peter, 1997, Historia y teoría social, Colección Itinerarios, Instituto Mora, Méxi- co.
- Chartier, R (2016) El presente del pasado. Historia, memoria, literatura. Revista Austral de Ciencias Sociales 31: 167-175, 2016. Disponible en: <http://revistas.uach.cl/pdf/racs/n31/art10.pdf>
- Philp, M (2000) LA HISTORIA POLÍTICA: SU REDEFINICIÓN A LO LARGO DEL TIEMPO Y LA BÚSQUEDA DE NUEVAS FUENTES DOCUMENTALES. Cuadernos de Historia, Serie Ec. y Soc., N° 3, Arch. y Ftes., CIFFyH-UNC, Córdoba
- Burke, P y Moller, C (1996) Entrevista con Peter Burke, Rev. Asoc. Esp. Neuropsiq., 2007, vol. XXVII, n.o 99, pp. 145-159. Recuperado de: <https://scielo.isciii.es/pdf/neuropsiq/v27n1/v27n1a13.pdf>
- Araujo, Carolina; Alvarez, Marisa Alejandra; Medina, Celia; Verdad y ficción en la historia: el debate entre Hayden White y Roger Chartier; Universidad Nacional de Jujuy. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales; Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales; 43; 6-2013; 33-42
- Hartog, F. 2007. Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo. Mexico: Universidad Iberoamericana.
- Pargas L, Luz Gisela (2018). Roger Chartier y las nociones de tiempo y representación. De una historia en minúsculas. . Procesos Históricos, (34),107-121.[fecha de Consulta 19 de Mayo de 2022]. ISSN: 1690-4818. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=20057342007>
- Ricoeur, P. 2003. La memoria, la historia, el olvido. Madrid: Editorial Trotta.
- Rivera, C y Mondaca, C (2013) El aporte de la enseñanza de la historia reciente en Chile: Disensos y consensos desde la transición política al siglo XXI. Estudios Pedagógicos XXXIX, No 1: 393-401. Disponible en: <https://www.scielo.cl/pdf/estped/v39n1/art23.pdf>
- Torres Ávila, Jheison. (2013). “La memoria histórica y las víctimas”. JURÍDICAS. No. 2, Vol. 10, pp. 144-166. Manizales: Universidad de Caldas.

## 2. *De Bestia a la revuelta de octubre: trauma, memoria y elaboración de nuestro pasado reciente*

Por José Cabrera

Pocos días atrás leía con interés los comentarios que el cortometraje *Bestia* suscitaba en las redes sociales. Cualquier noticia respecto del cortometraje (su nominación a los premios Oscar, el horario de su transmisión en televisión o las referencias a la historia que lo inspiraron) eran catalizadores para una extensa sucesión de opiniones, las que se acumulaban bajo la forma de una discusión que prolongaba en múltiples voces y posiciones lo que inicialmente había partido como una disputa entre un par de cibernautas, uno a favor y otro en contra del filme. El tenor del altercado virtual se relacionaba directamente con una de las dimensiones fundamentales del objeto puesto en discusión: la memoria traumática legada por la dictadura cívico-militar. Presumiblemente la mayor parte de los opinantes no había visto el cortometraje, así lo atestiguan los hilos de comentarios que seguían a la noticia de la exhibición de *Bestia* en la TV abierta; sin embargo, la convicción de sus afirmaciones no parecía flaquear ante el hecho de desconocer el referente mismo en que se basaban -supuestamente- sus tajantes aseveraciones. La discusión discurría en lo general sobre la necesidad de recordar, o no, el pasado reciente de Chile que era representado por la obra audiovisual, pero sobre todo acerca de cómo y qué recordar sobre este período. Los argumentos apasionadamente esgrimidos desde una y otra vereda, que no pocas veces llegaban a la franca violencia y descalificación del eventual adversario, no dejaban de hacerme reparar en la aún tensa y conflictiva actualidad de la dictadura cívico-militar chilena, y cómo el trabajo de organizar una representación de nuestra memoria colectiva es francamente un desafío de naturaleza política. La paradoja de la memoria es que tomando como fundamento el pasa-

do resulta ser una actividad conjugada en tiempo presente y que no tiene como objetivo principal reflejar miméticamente lo sucedido, sino configurar lo acaecido en el aquí y el ahora. Pero la memoria no es exclusivamente una representación del pasado, sino también una base para responder a la elusiva pregunta sobre la identidad. De alguna forma la pregunta por lo que somos, individual y colectivamente, encuentra un recurso central en las narraciones que organizamos respecto de nuestro pasado.

Pero recordar no es simple, sobre todo cuando aquello a lo que se pretende dar forma y sentido se resiste tenazmente a ser aprehendido en el espacio de la comprensión y el pensamiento, tal como ocurre con la posibilidad de representar un momento histórico calificable como traumático. No nos referimos aquí a lo traumático en su acepción individual, aun cuando una repercusión de este tipo es un efecto indiscutible de un periodo como la dictadura chilena, sino al modo en que toda una colectividad se ve remecida cuando los marcos simbólicos que han organizado su convivencia de súbito son puestos en duda o, directamente, destruidos. Trauma significa herida, pero tal vez lo más significativo de la traslación de este término desde el terreno de una semántica médica a una psíquica y social es la referencia a la huella que una herida deja. Toda herida produce un resto, una cicatriz que permanece como un tejido inasimilable para ese cuerpo que busca retornar a su funcionamiento tras la violencia que lo dañó.

En *Bestia* hay una alegoría que podría ser interpretada desde la perspectiva de la ruptura traumática: la grieta en la cabeza de la muñeca de porcelana. El vacío del daño -el agujero dejado por una bala- polariza el relato del cortometraje, como un remolino que absorbe la historia y la hace girar en torno a él y su oscuro centro. El hueco abierto en la cabeza de la muñeca no es solo la huella de la bala que pretendía ajusticiarla, sino también la brecha en el sentido que se trasunta en toda la narración. Podemos saber sobre el pasado, podemos imaginar lo sucedido, pero hay algo que permanece ajeno a nuestra comprensión. Esa es la aporía sobre la que atestigua *Bestia*: es posible sostener un trabajo narrativo e imaginario sobre la historia, y el

lugar en la historia, de Ingrid Olderöck, pero no llegamos nunca a comprender del todo el horror de aquel momento, el horror en el cual ella encontró un espacio que, al menos por un tiempo, la validó e hizo necesaria. Y no obstante no comprender, estamos, de una u otra forma, empujados a recordar.

La historiografía contemporánea, apoyándose en un inusual aliado como el psicoanálisis, se ha referido a la dificultad para sostener un trabajo de interpretación sobre momentos históricos en que la magnitud de la violencia desfonda los marcos de inteligibilidad cultural. Saul Friedländer se refería al holocausto como un evento inconmensurable para la imaginación histórica, es decir, como un desgarro de tal magnitud en la trama de la lógica cultural occidental que resulta inasimilable para los mecanismos reflexivos de los que una colectividad dispone. Aquí es precisamente donde el psicoanálisis puede hacer un aporte para la comprensión de tales momentos históricos. Freud tempranamente reparó en que los síntomas de los enfermos nerviosos, exasperantes para el saber médico de la época, eran una particular expresión del pasado, si se quiere, una enrevesada manera de recordar sin la mediación de la memoria. En el origen de los síntomas lo que yacía era un trauma, una experiencia que, por su magnitud, pero, sobre todo, por su incomprendibilidad, retornaba en el presente por fuera de los márgenes de la conciencia, o en otras palabras, por fuera del campo de una narración comprensible de la cual los enfermos pudieran apropiarse para dar cuenta de su propia historia. Un evento se convierte en traumático no sólo por su particular intensidad, sino sobre todo por desafiar las posibilidades de representación de la realidad de las que se disponen en el momento de su ocurrencia. El síntoma es el retorno compulsivo de aquello que habiendo ocurrido no encuentra un lugar de inscripción que permita figurarlo y simbolizarlo, un modo de reedición del pasado que desaloja el papel reflexivo del recuerdo. Y eso enferma, hace padecer al sujeto que es presa de esa compulsión a repetir. Para cierta historiografía, la lógica del trauma planteada por Freud resulta transferible al campo de la cultura, es decir, algo análogo sucedería a las sociedades que han

enfrentado la catástrofe de ver sucumbir los referentes que organizaban su vida colectiva -como sucede, por ejemplo, con un golpe de estado-, de manera tal que dicha comunidad de ahí en más se verá acosada por los retornos fantasmáticos del pasado, en una suerte de congelamiento de la experiencia subjetiva del tiempo, el cual queda desprovisto de la vitalidad que abre la experiencia a la novedad del presente y la transformación potencial en el futuro.

Pero la historiografía y la crítica cultural encontraron en la teoría psicoanalítica un recurso no solo para comprender las consecuencias del trauma, ya que también extrajeron de ella orientaciones para pensar las posibilidades de su superación. El psicoanálisis ha llamado trabajo de duelo al proceso de elaborar la pérdida, el cual se da también ante el trauma en la medida de que este último implica la pérdida de los referentes simbólicos que sostenían nuestra experiencia. Como lo ha planteado Eric Santner en sus reflexiones acerca de los mecanismos de representación cultural del holocausto y la construcción de la identidad alemana tras la segunda guerra mundial, el trabajo de duelo consiste en un proceso que permite traducir, retorizar y figurar la pérdida. Esto nos permite entender por qué una sociedad como la chilena no ha dejado de retomar como objeto de representación artística el golpe de estado y la dictadura cívico-militar, ya que algo de ellas se mantiene como enigmático, como no metabolizado por los dispositivos simbólicos que nos rodean, lo que hace que la construcción de la memoria deba transitar la ardua ruta de la elaboración y el trabajo de duelo. No obstante, el trabajo de duelo no es simple, ya que se enfrenta a la seducción del olvido y la negación, vías de escape que permiten evadir la necesariamente dolorosa y conflictiva reflexión sobre el pasado que caracteriza la elaboración del trauma. No se trata, como muchas veces se interpreta, de una fijación melancólica y gozosa en el dolor de la pérdida, sino de un reacomodo de las piezas, una figuración de lo desaparecido y ausente, una transcripción del lenguaje enigmático legado por las generaciones previas, un complejo ensamblaje que implica crear piezas nuevas para suplir los fragmentos definitivamente extraviados.

Se trata de una labor que por fuerza desborda los límites de las generaciones, ya que la experiencia del trauma colectivo produce lo que Dori Laub dio en llamar un “evento sin testigos”, con lo que se refiere al arrasamiento subjetivo que un contexto de violencia política y violación de derechos fundamentales implica, dentro del cual la ausencia de reconocimiento intersubjetivo conduce a una aniquilación del lugar del testigo, lo que supone el desafío de sobreponerse a tal borramiento, reto que en muchas ocasiones debe ser asumido por miembros de generaciones que no vivieron directamente los eventos, ya que las generaciones que les anteceden los hacen herederos del vacío de testificación del que fueron objeto. Esa brecha de memoria y representación del pasado da lugar a que estas generaciones del después deban hacerse cargo de lo que Marianne Hirsch ha llamado un trabajo posmemorial, es decir, organizar un referente de memoria sobre un momento histórico de profunda conmoción que no vivieron materialmente, pero del cual son legatarios, y que implica el reto de producir alguna forma de representación que suture los vacíos de la memoria traumática sin recaer vicariamente en el trauma, ni tampoco renegar fetichistamente de la pérdida de la que son herederos.

Para parte de la “opinión pública” expresada en los comentarios acerca de *Bestia*, resultaba sorprendente que todavía hoy los cineastas sigan insistiendo en tratar temas que pertenecen al pasado y que estarían por lo tanto agotados, cuando no ya demasiado “manoseados”. Me parece que tanto esta queja, y su dimensión complementaria, el hecho de que nuevas generaciones de artistas sigan encontrando en nuestro pasado reciente una fuente de inspiración, ponen de manifiesto una dimensión característica de lo traumático, a saber, que su recepción y posible tramitación ocurren necesariamente de forma tardía. La estructura misma de lo traumático impide que podamos verlo y analizarlo de manera contingente, ya que solo con posterioridad es factible que dispongamos del entramado comprensivo, que es tanto individual como colectivo, para hacerlo ingresar dentro de los márgenes de la representación. Pero esta comprensión, por más tardía que sea, no está asegurada

por el simple paso del tiempo, ya que se requiere, sobre todo cuando lidiamos con traumas colectivos, de una instancia de validación en que un Otro -en el que se anudan tanto dimensiones intersubjetivas como simbólicas- es capaz de sostener un momento de reconocimiento que hace viable el trabajo de duelo, el que en gran parte tiene que ver con la posibilidad de construir una narración sobre el momento de colapso de toda narración. Y, tal vez, esta es la tensión que se pone de manifiesto en la recepción social de una película como *Bestia*. Por una parte, una voluntad de recuerdo, por otro lado, un empuje al olvido. El riesgo de esta pugna es que su intensificación puede conducir hacia dos extremos igualmente complejos: la cristalización melancólica en torno a un pasado que no cesa de retornar, o la renegación perversa de las evidencias de la barbarie. Solo la mediación simbólica, en la cual juegan un papel central las instancias institucionales validadas por nuestra sociedad, puede desviar la balanza en favor de la elaboración y así limitar los riesgos que se ponen en juego en la construcción de la memoria sobre el trauma.

Llegado a este punto me planteo una interrogante sobre un pasado tan reciente que aún no podemos apreciar con la distancia que permite la memoria, sobre el cual no sabemos discernir si es algo que todavía es parte de nuestro presente o es ya un objeto del recuerdo. Me refiero a la revuelta de octubre de 2019. La pandemia interrumpió súbitamente el proceso que se venía desarrollando en el país, dejando en suspenso demasiado pronto lo que podrían haber sido sus consecuencias. Su potencia se vio suprimida dejándonos en la inquietud de lo inconcluso ¿Cómo recordar lo que no alcanzó su culminación? ¿Es posible una memoria sobre lo pendiente, o estamos de alguna forma frente a un enigma que pondrá en juego más la repetición que el recuerdo? ¿Podemos ya recordar el estallido, o se trata de un presente todavía en curso y por tanto elusivo a la memoria? Al hacerme estas preguntas intento evitar pensar el estallido inmediatamente desde la perspectiva de lo traumático. Efectivamente, un estallido podría producir un trauma y, también, durante su desarrollo se produjeron situaciones que podría ser calificadas como traumáticas, pero prefiero evitar juzgar este evento reciente

desde tal categorización, ya que aún me parece incierto el carácter, si es que tiene solo uno, de lo sucedido en el país, pero, sobre todo, porque me parece precipitado y erróneo calificar un conflicto o crisis como inexorablemente traumática. Pero, si es cierto lo que han planteado teóricos del trauma cultural como Jeffrey Alexander o Ron Eyerman respecto a que lo traumático no son los hechos en sí mismos, sino la perturbación de la identidad colectiva que ciertos eventos generan y las narraciones producidas para dar cuenta de tal incomodidad, bien valdría la pena tomar nota de algunas estrategias culturales que podrían ayudarnos a prevenir que la experiencia del estallido pueda convertirse retrospectivamente en un trauma colectivo. Como ya lo hemos hecho ver, una forma fundamental de elaboración del trauma es el trabajo de la memoria, un proceso de representación de lo irrepresentable que permite tender un puente entre los reflujos de un pasado ominoso y los mecanismos de representación que se ponen en acción en el presente. Esta mediación permite brindar inteligibilidad a lo que de otra forma se mantendría en el estatus de lo inquietante. Recordar sería un modo de dar forma, o al menos de interrogar, aquello que quedó en suspenso intempestivamente tras el arribo del Covid. Y un primer paso antes de la comprensión es figurar -hacer entrar en el terreno de las formas perceptibles - aquello que quedó interrumpido antes de terminar su despliegue.

Quizás sea tiempo ya de comenzar a recordar la revuelta del 2019, de lo contrario corremos el riesgo de que estos hechos adquieran la forma de espectros que en algún momento retornarán para enfrentarnos a lo inconcluso, a lo que no terminó de tramitarse. No se trata de encontrar una respuesta definitiva sobre lo acaecido, sino, como plantea Todorov, de abrir las vías para que la memoria cumpla un papel ejemplar, es decir, se convierta en un principio de acción para el presente. Quizás si comenzamos a recordar el estallido podamos conjurar el peligro tanto del olvido como también de una fijación melancólica, logrando situarlo como un evento disponible tanto a la reflexión como al investimento afectivo, una pieza de la memoria sobre la que podemos volver la mirada para encontrar cierta comprensión sobre los fundamentos del presente.



# 3. Chile despertó: A propósito del despertar colectivo del sueño mítico de la historia

Por Dr. Nicolás Pinochet-Mendoza

## Introducción

Desde el 18 de octubre de 2019, bajo la consigna significativa de “Chile despertó” se tejió un manto de identificación colectiva que hizo eco de las palabras finales del último discurso del presidente Allende, aquellas que remiten a que “mucho más temprano que tarde, se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre [y la mujer] libre para construir una sociedad mejor<sup>4</sup>”. Las alamedas congregaron diariamente a miles de personas, y una semana después, más de 2 millones en Santiago, y otros más en las capitales de regiones. El Estado de excepción, la guerra declarada por el presidente al tercer día, la implacable violencia de las fuerzas de orden, fueron protagonistas de una serie de actos que hicieron memoria de algunos de los tiempos más oscuros de la dictadura militar de Pinochet. Por ello es que nuestra hipótesis supone que la fuerza represiva del Estado y sus instituciones contribuyó a que las identificaciones colectivas, por medio de recuerdos involuntarios, lograran derribar el conflicto individualista y medianero de las fronteras psíquicas de la verdad propia versus la extranjera presentes en el principio *del narcicismo de las pequeñas diferencias*<sup>5</sup> [*der Narzissmus der kleinen Differenzen*], donde por ejemplo, tanto el fanatismo segregador de las barras bravas del país, como el clasismo consustancial de la idiosincrasia nacionalista, entre otros, se difuminaron bajo el signo del despertar y se articularon sobre el llamado a construir una nueva Constitución que podría revocar a

4. Último discurso del presidente Salvador Allende la mañana del bombardeo en el Palacio de la Moneda el 11 de septiembre de 1973. Revisar el archivo de audio en: <https://www.bbc.com/mundo/media-45459962>

5. Freud, S. (1930 [1929]). El malestar en la cultura. En S. Freud, *Freud, Obras completas Sigmund Freud, Volumen XXI (1927-1931)*. Buenos Aires: Amorrortu editores S.A., 2ª edición, 1986, 2ª reimp., 1991.

aquella montada en dictadura y alzada como corpus legal y mítico del sueño neoliberal por 30 años. Es el carácter revolucionario del periodo enmarcado entre 2019 en adelante el que nos permite pensar, desde concepciones relativas a Freud y Benjamin, *el despertar colectivo del sueño mítico de la historia como un modo de rescate de la memoria*.

### **El sueño**

En el pasado reciente en Chile, la hipótesis *del despertar colectivo del sueño mítico de la historia* implica una relación que trasciende la importancia de la antecesora inmediatez política de los acontecimientos del 18-0, cobrando mayor relevancia la actualización del pasado de abusos de los últimos 30 años como un gesto que *hace saltar el continuum de la historia*<sup>6</sup> en el presente. Benjamin<sup>7</sup> tomaba distancia de la lógica de la dialéctica de la ilustración que hipotetizaba que la emergencia del fascismo del siglo XX es una respuesta lineal e inequívoca de la comprensión histórico-ideológica del siglo previo, la cual supone que el pasado se clausura en una relación causa-efecto donde el acontecimiento solo es respuesta de su pasado inmediato. La evidencia que nos demuestra el *despertar chileno* está en lo que Benjamin denominaría una inversión de la relación donde:

[...] lo que ha sido debe recibir su fijación dialéctica de la síntesis que lleva a cabo el despertar con las imágenes oníricas contrapuestas. La política obtiene el primado sobre la historia. Y, ciertamente, los «hechos» históricos pasan a ser lo que ahora mismo nos sobrevino: constatarlos es la tarea del recuerdo. El despertar es el caso ejemplar del recordar. [...] Hay un saber aún no consciente de lo que ha sido, y su afloramiento tiene la estructura del despertar<sup>8</sup>.

Quizás por ello es por lo que algunos discursos del despertar chileno hacen ecos de identificación y se pregonan tanto en cánticos de las movilizaciones como en afiches en los muros públicos de las principales ciudades del país

6. Benjamin, W. (2008). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. México, D.F.: Itaca.

7. Benjamin, W. (2004). *El libro de los Pasajes*. Madrid: Akal.

8. Benjamin, W. (2004). *Op cit.* P.875.

convocando a las voces en un solo pensamiento colectivo. Dentro de estas, una de ellas se alza con notoriedad, el afiche en blanco y negro de la figura de Pinochet con su rostro borrado rodeado por el slogan “*Borraremos todo tu legado ¡Será nuestro legado!*”. De ahí el sentido que el *despertar chileno* subvierte la causalidad lineal acompañada del lema “*No eran 30 pesos sino 30 años*”, que remite a que el origen del despertar acontece luego de un largo sueño de 3 décadas. Fue la interpretación colectiva de la impulsiva violencia que arremete contra el Metro<sup>9</sup> la que revela un sentido subyacente que desmonta la estructura de fantasmagórica de la historia chilena. Pensemos que las fantasmagorías son materiales culturales del tiempo pasado que fueron impuestos sobre el telón de la interpretación del tiempo homogéneo o vacío que, en otras palabras, plantea una relación del tiempo presente como instante fugaz [*Jetztzeit*<sup>10</sup>] con el tiempo pasado y latente, relación de la cual resultarían imágenes, como huellas (mnémicas) dispuestas al despertar colectivo del sueño mítico de la historia.

Si nos remontamos al esquema freudiano<sup>11</sup> sobre el sueño, este consiste en un montaje de experiencias transmodales que poseen fluctuaciones de intensidad, que traspasan el sistema percepción-consciencia y que se enmarcan en un tipo de representación de *imágenes-acústicas* enlazadas a un afecto. Es justamente el trabajo de traducción de estas experiencias a un relato lo que permite el paso de lo inconsciente al discurso del sujeto, y consecuentemente, a su interpretación. De este relato, entre contenidos *manifiesto* y *latente*, es posible ver los efectos que la desfiguración onírica [*Entstellung*<sup>12</sup>] ejerce relativos a la

9. Para la mañana siguiente al 18-0, los titulares de diarios y medios audiovisuales se congregaban en torno al titular: *20 estaciones del Metro quemadas y 41 inutilizables: recuento de Metro por jornadas de protestas.*

10. Es un concepto fundamental en la Tesis sobre la filosofía de la historia en Benjamin. La traducción común es tiempo-ahora, sin embargo, es el autor existe una distancia de las concepciones heideggerianas sobre el ahora. EL concepto es utilizado a fin de contraponer la construcción de la historia supuestamente confeccionada por un tiempo lineal, homogéneo y vacío.

11. Freud, S. (1900-1901). La interpretación de los sueños. En S. Freud, *Obras completas Sigmund Freud, Volumen V (1900-1901)*. Buenos Aires: Amorrortu editores S.A., 2ª edición, 1986, 2ª reimp., 1991.

12. Es un concepto de difícil traducción pues las ediciones en español lo toman como *desfiguración o deformación*, la traducción anglosajona lo trabaja como *distorsión*, mientras la lengua francesa lo traduce a *transposición*.

censura “que nos hace aparecer ajeno e incomprensible el sueño<sup>13</sup>”, pero que su trabajo interpretativo nos posibilita el re-enlace entre representación y afecto. A su vez, la lectura que hace Lacan<sup>14</sup> sobre el sueño en Freud remite a las leyes del significante: la *Entstellung* implica simultáneamente la idea de lugar [*Stellung*] y del horror [*Entsetzen*], lo cual supone que en todo sueño está la presencia de lo horroroso, que vía la censura, es cambiado de lugar; “todo sueño, es una pesadilla<sup>15</sup>”. Una particularidad de esta concepción está en la figura del despertar, pues ella emerge al enfrentarse a lo real del sueño, a aquello horroroso que se resiste a convertirse en palabra o imagen, y por consiguiente, rechaza la interpretación. En el *despertar* “Lo real hay que buscarlo más allá del sueño - en lo que el sueño ha recubierto, envuelto, escondido, tras la falta de representación [...]. Ese real, más que cualquier otro, gobierna nuestras actividades<sup>16</sup>”.

Entonces, no es la figura del *despertar* la que comporta un ejercicio de conciencia sobre el contenido inconsciente, sino que es un momento que remite al enfrentamiento con aquello fantasmagórico y horroroso del sueño. En otras palabras es la relación dialéctica entre el sueño y el despertar la que puede hacer existir un ejercicio de conciencia interpretativa. Es por ello por lo que Benjamin rechaza algunas lecturas muy cercanas a Marx que toman el despertar como un acto del conocimiento situando a la escena del sueño solo como un enemigo; al mismo tiempo que rechaza algunas lecturas cercanas a Jung y al surrealismo donde el conocimiento es el puro acto del soñante. Para Benjamin similar a Freud, el conocimiento como un tipo particular de saber inconsciente, se encuentra en el pliegue del sueño y el despertar. Pues bien, mientras para el primero el sueño es un ensamble entre una ilusión y un deseo utópico que apunta al despertar, en el segundo, el sueño enfrenta al su-

13. Freud, S. (1915 [1978]) 9ª. Conferencia. La censura onírica. En Conferencias de Introducción al psicoanálisis. Partes I y II. En S. Freud, *Obras completas Sigmund Freud, Volumen XV (1915-16)*. Buenos Aires: Amorrortu editores S.A., 2ª edición, 1986, 2ª reimp., 1991. p.125

14. Lacan, J. (2006). *El Seminario, Libro 23, El Sinthome*. Buenos Aires: Paidós. p. 121

15. Lacan, J. (2006). Op. cit. p. 121

16. Lacan, J. (1995). *El Seminario, Libro 11 Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós. p.68

jeto o al colectivo con aquello más inconsciente de lo humano. Es decir, entre sueño y despertar se gesta un saber/conocimiento en la forma de una imagen dialéctica.

Mientras que la concepción freudiana divide los conceptos de sueño y vigilia como dos estados relativos a lo inconsciente y la conciencia respectivamente, Benjamin supone al:

[...] estado de conciencia, tallada en múltiples facetas por el sueño y la vigilia, sólo se puede transferir del individuo al colectivo. Para éste, naturalmente, pasa a ser en muchos casos interior lo que en el individuo es exterior: arquitecturas, modas, e incluso el tiempo meteorológico son en el interior del colectivo lo que las sensaciones de los órganos, la percepción de la enfermedad o de la salud son en el interior del individuo<sup>17</sup>.

Es decir, mientras Freud indaga sobre la vida psíquica de los sujetos a propósito de las consideraciones metapsicológicas que le brinda el abordaje del sueño, Benjamin hace una arqueología detallada sobre los elementos inconscientes e ideológicos que una cultura específica posee en una época determinada. Empero, ambas posiciones no son necesariamente opuestas, pueden brindar caminos para comprender el despertar de la conciencia.

## **La Memoria**

Retornemos un momento al punto de inicio del despertar chileno, el alza de los 30 pesos con su reverso de los 30 años y el acto de la quema de las estaciones Metro: ¿cómo sería posible entender esta figura bajo el esquema *del despertar colectivo del sueño mítico de la historia?*, ¿Si la arquitectura es parte de lo interno del colectivo, la quema del Metro, independiente sus hechos, es relativo al despertar freudiano como una escapatoria al horror del sueño que surge en la determinación del alza del precio del Metro? Más allá de la interpretación especulativa, el anclaje certero que enlaza tanto Benjamin como Freud es sobre el íntimo vínculo entre el despertar y el recordar que nos remonta a una particular forma de pensar la temporalidad histórica, del sujeto y de lo colectivo.

17. Benjamin, W. (2004). Op cit. p.395.

En relación con lo anterior, aquello que toma relevancia es la diferencia que acontece en el despertar del individuo, como una de las facetas del sueño y la vigilia donde el despertar individual es tan solo un momento del sueño, mientras que aquello que podemos inferir respecto de lo colectivo y sus múltiples facetas, es la proliferación de instantes del despertar, ergo, la proliferación de fantasmagorías y horrores del sueño. En esto, es la consecutiva estrategia de represión que el presidente Piñera ejerce, la que lo alza en los cánticos populares de asociación: “*Piñera [...] asesino, igual que Pinochet*”. Esta figura de la asociación fantasmagórica no emerge el primer día del *despertar chileno*, sino que se alimenta con el paso de los días a propósito las declaraciones presidenciales de guerra y de las cifras sobre los decesos, los heridos y los traumas oculares<sup>18</sup> que se multiplican día tras día y que llevan a diversos organismos nacionales e internacionales a acusar al gobierno chileno de violar sistemáticamente los derechos humanos<sup>19</sup>.

Entre estas asociaciones está la repetición alegórica de la dictadura en acto y discurso, por ejemplo: Dos días después del 18-0 aparecieron 5 cuerpos calcinados dentro de una tienda comercial. Durante los primeros meses los cuerpos se atribuían oficialmente a delincuentes que participaban de un saqueo y que quedaron sin escape en un incendio. Con las semanas se dio a conocer la identidad de algunos de los cuerpos, pero crecieron serias dudas a propósito de las autopsias<sup>20</sup> que aun, dos años después en octubre de 2021,

**18.** Información obtenida del Instituto de Derechos Humanos de Chile: <https://www.indh.cl/archivo-de-reportes-de-estadisticas/>

**19.** 1) 30 de octubre, la Alta Comisionada de Derechos Humanos de la Organización de las Naciones Unidas, Michelle Bachelet, envía una misión para observar si, en estado de excepción convocado por el mandatario Piñera, se han respetado los derechos humanos y civiles de los chilenos. 2) Amnistía Internacional refiere que en las violaciones a los derechos humanos se han registrado a nivel masivo y sostenidas en el tiempo.

3) la Comisión Interamericana de Derechos Humanos CIDH, declaró su preocupación por el exceso de violencia que el Estado chileno ejerce contra los manifestantes. 4) la Organización Human Rights Watch también envía una comitiva que genera un informe lapidario contra el Estado chileno por violar sistemáticamente los derechos humanos. 5) UNICEF declara su preocupación por las vulneraciones de derecho a la infancia chilena en el marco de las movilizaciones.

**20.** En el cuerpo del adulto Luis Antonio Salas Martínez se pesquisaron fracturas y una herida de bala que no era atribuible al deceso por incendio. El cuerpo del adulto Andrés Ponce tiene alojado un objeto indicado como proyectil por diversos especialistas externos al Servicio Médico Legal, sin embargo este objeto no fue periciado. Por otra parte la autopsia del joven Yoshua Osorio Arias de 17 años, encontraron tres orificios presumibles de bala no analizados por la autopsia y múltiples fracturas no atribuibles al deceso por incendio.

persistían en la falta de claridad siendo oficiada *Fiscalía* por “lentos avances” por parte del *Instituto Nacional de Derechos Humanos*<sup>21</sup>. La sospecha de medios no oficiales y la gente del despertar en general, a propósito de las condiciones sobre el hallazgo de los cuerpos y su negligente peritaje, llevó a la asociación histórica que algunos medios rescatan en relación con el caso *quemados* en dictadura. En 1986, los jóvenes Rodrigo Rojas de Negri y Carmen Gloria Quintana son golpeados, rociados con combustible y quemados vivos por efectivos militares. Quintana, a pesar de la extrema gravedad de sus heridas, sobrevive y entrega la versión real de los hechos que tres años después del fin de la dictadura comienza a ser parcialmente corroborada por parte de testigos que a su vez fueron amenazados para el juicio original. La estrategia del gobierno de ese entonces fue mostrar a Rojas de Negri y Quintana como terroristas que, en la manipulación de una Molotov, se autoinmolaron<sup>22</sup>.

Por otro lado emerge otra asociación similar relativa a los antecedentes sobre el asesinato de Miguel Enriquez, fundador del MIR que, según la versión oficial de 1974, fue abatido en un enfrentamiento armado. Empero, cuatro décadas más tarde<sup>23</sup>, la investigación del juez Carroza destapó la verdad: Enriquez fue emboscado en su casa, ejecutado con 10 balas, incluso herida su familia. El cuerpo fue puesto en escena en otro lugar para establecer la falsa hipótesis del enfrentamiento.

Un último ejemplo plenamente ideológico-discursivo está la asociación que emerge luego que el presidente Piñera declare la guerra tres días después del inicio de las manifestaciones al anunciar “*estamos en guerra contra un enemigo poderoso*”<sup>24</sup> como un paralelismo usado por Pino-

21. Véase: A dos años de incendio en fábrica Kayser, INDH oficia a fiscalía por “lentos avances” en investigación por muerte de cinco personas: <https://interferencia.cl/articulos/dos-anos-de-incendio-en-fabrica-kayser-indh-oficia-fiscalia-por-lentos-avances-en>

22. Véase: Chili : l'affaire de l'étudiant brûlé vif. », *Le Monde*, 25 juillet 1986 : [https://www.lemonde.fr/archives/article/1986/07/25/bull-chili-l-affaire-de-l-etudiant-brule-vif\\_2933681\\_1819218.html](https://www.lemonde.fr/archives/article/1986/07/25/bull-chili-l-affaire-de-l-etudiant-brule-vif_2933681_1819218.html)

23. Véase: Ministro Carroza condena a Krassnoff y a dos ex miembros de la DINA por el crimen de Miguel Enriquez, en 24Horas, TVN: <https://www.24horas.cl/nacional/ministro-carroza-condena-a-krassnoff-y-a-dos-ex-miembros-de-la-dina-por-el-crimen-de-miguel-enriquez-2604172>

24. Véase: Piñera: “Estamos en guerra contra un enemigo poderoso”, En *CNN Chile*: [https://www.cnnchile.com%2Fpais%2Fpinera-estamos-en-guerra-contra-un-enemigo-poderoso\\_20191021%2F&usg=AOvVawIdNHkddXONNurIESJQHeFK](https://www.cnnchile.com%2Fpais%2Fpinera-estamos-en-guerra-contra-un-enemigo-poderoso_20191021%2F&usg=AOvVawIdNHkddXONNurIESJQHeFK)

chet en 1986: “*estamos en una guerra entre el marxismo y la democracia*”<sup>25</sup>”.

Es el Shock que provoca el surgir involuntario de recuerdos que el sueño colectivo ha encerrado como fantasmagorías de la dictadura el que nos sitúa en dos puntos a destacar; primero, que aquellos acontecimientos que emergen como un shock, en algún punto es posible pensarlos como en riesgo del olvido; y segundo, la importancia del recuerdo para los procesos del despertar colectivo en una comprensión distinta de la historia.

Ante este riesgo de memoria, es conveniente recordar una prima benjaminiana:

De manera inequívoca, el lenguaje ha supuesto que la memoria no es un instrumento para inspeccionar el pasado, sino más bien el medio por el que esa inspección acontece. Así como la tierra es el medio en el que yacen sepultadas antiguas ciudades, la memoria es el medio de lo vivido. [...] Los verdaderos recuerdos deben así proceder no informando sino indicando el lugar exacto en el que el investigador se apoderó de ellos. Por eso, en el más estricto sentido, el recuerdo efectivo debe dar a la vez una imagen épica y rapsódica de quien recuerda, del mismo modo que un buen informe arqueológico no sólo debe indicar los estratos de los que proceden los objetos encontrados sino, sobre todo, que otros estratos tuvieron que ser atravesados para llegar hasta ellos<sup>26</sup>.

Es en este sentido que aquellos elementos que se alzan en importancia no son solo los objetos encontrados sobre el medio de la memoria, sino también el negativo que estos objetos dejan en el lugar mismo de su emergencia. Es decir, disponer la escucha al recuerdo, no solo al ejercicio consciente de recordar, sino a la pesquisa de aquello que involuntariamente nos muestra objeto y negativo de la historia.

25. Véase: Cuando Pinochet en plena dictadura decía que “estamos en una guerra”. En *El Mostrador*: <https://www.elmostrador.cl/noticias/multimedia/2019/10/21/cuando-pinochet-en-plena-dictadura-decia-que-estamos-en-una-guerra/>

26. Walter Benjamin (2010). *Archivos de Walter Benjamin: Imágenes, textos y dibujos*. Edición del Walter Benjamin Archiv. Madrid: Círculo de Bellas Artes. P.16



## Conclusión

Más allá de las posiciones partidistas que abanderan ideológicamente a los sujetos, las determinaciones de gobierno del presidente Piñera, desde la inoperancia hasta la indolencia, alimentaron de fantasmagorías y de horrores del sueño colectivo precipitando el despertar colectivo del sueño mítico de la historia, justamente por la inagotable insistencia de la herencia dictatorial en Chile. Las manifestaciones lejos de disminuir se incrementaban con el tiempo, hasta la llegada de las medidas sanitarias sobre la Pandemia Covid-19. Estas medidas funcionaron como un somnífero parcial, en el sentido que calmaron la protesta solo mostrando un residuo del despertar lo suficientemente fuerte para hacer notoria la amplia mayoría del Apruebo por una nueva Constitución. Hoy, a unos meses del plebiscito final, es preciso enfrentarse al horror que encierra la antigua Constitución.

## Bibliografía

- Benjamin, W. (2004). *El libro de los Pasajes*. Madrid: Akal
- Benjamin, W. (2008). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. México, D.F.: Itaca.
- Benjamin, B. (2010). *Archivos de Walter Benjamin: Imágenes, textos y dibujos. Edición del Walter Benjamin Archiv*. Madrid: Círculo de Bellas Artes.
- Freud, S. (1900-1901). La interpretación de los sueños. En S. Freud, *Obras completas Sigmund Freud, Volumen V (1900-1901)*. Buenos Aires: Amorrortu editores S.A., 2ª edición, 1986, 2ª reimp., 1991.
- Freud, S. (1915 [1978]) 9ª. Conferencia. La censura onírica. En Conferencias de Introducción al psicoanálisis. Partes I y II. En S. Freud, *Obras completas Sigmund Freud, Volumen XV (1915-16)*. Buenos Aires: Amorrortu editores S.A., 2ª edición, 1986, 2ª reimp., 1991.
- Freud, S. (1930 [1929]). El malestar en la cultura. En S. Freud, *Obras completas Sigmund Freud, Volumen XXI (1927-1931)*. Buenos Aires: Amorrortu editores S.A., 2ª edición, 1986, 2ª reimp., 1991.
- Lacan, J. (1995), *El Seminario, Libro 11 Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2006), *El Seminario, Libro 23, El Sinthome*. Buenos Aires: Paidós.

## 4. Las tentativas de traducción político-institucional del estallido social y sus efectos subjetivantes

Por Pablo Johnson Ramos

Es indudable que algo cambió en Chile después de octubre de 2019. El estallido social ha tenido efectos de diversa índole que han reestructurado el mapa político del país, retejiendo alianzas, coaliciones y grupos de poder, principalmente por medio de actores emergentes que han podido ubicarse en espacios de poder político provenientes del mundo social, pero también por medio de procesos e instancias políticas que en Chile no se han visto con anterioridad, como el plebiscito de 2020, la Convención Constitucional y el proceso de redacción de una nueva constitución para el país, y la candidatura de Gabriel Boric, por nombrar algunos.

Quizás en esa misma línea se evidencia que los límites de lo político-institucional se desdibujan, en tanto instancia de ejercicio del poder en términos institucionales, ligada a la configuración de normas que enmarcan las interacciones sociales, tanto explícitamente, por medio de los canales que le son propios a la institución política, como implícitamente, por medio del ejercicio del poder por otra vía, paralela a la institución pero que la retroalimenta, articulada con intereses que buscan tener injerencia en lo político desde lo social.

En primer lugar, con el estallido social acontece el conflicto social en la vía pública; y en última instancia se traduce en lo político-institucional, con los códigos que le son propios. Este conflicto ya no queda relegado a una cotidianidad íntima y natural, como parte del malestar difuso del “individuo” (condiciones de explotación y precariedad socioeconómica, con sus efectos subjetivantes), sino que viene a ser parte de una articulación que se escenifica en el espacio público, expuesto a la mirada.

## **El Acuerdo por la Paz como primera tentativa de traducción**

Esta mirada implica, posteriormente, un esfuerzo de traducción. Se metaforiza este conflicto escenificado en el espacio público hacia otro escenario, en otro local, con otros códigos. Una primera consecuencia es que lo sucedido debe traducirse a lo político-institucional. El acuerdo de noviembre del mismo año (“Acuerdo por la Paz”), del cual participó el actual Presidente de la República, se constituye como el primer gran intento de traducción. Y como en todo intento tal, no logra hacerse del todo. Partiendo por la comprensión de lo político-institucional como un espacio de movimiento por dos canales (lo explícito y lo implícito, si se quiere), surge ahí otro conflicto: cómo ese esfuerzo de traducción puede devenir en prácticas concretas que den respuesta al conflicto en lo social.

Si el “*Acuerdo por la Paz*” es el primer esfuerzo de traducción, el plebiscito es la primera práctica traducida. Vuelve a lo social por vía de lo político-institucional. Busca transmutar el poder destituyente en algo de lo constituyente, en inscribir desde lo político algo en lo social que tenga el efecto de instalar algo nuevo.

El efecto totalizante de lo político-institucional ha implicado, cómo se ha dicho, un nivel de lo implícito. Ese nivel refiere principalmente al nivel del ejercicio del poder, de las relaciones implicadas en hacer que la institución opere como lo hace, constituyéndose así en la instancia lógica que da sustento a la capacidad de lo político de funcionar como tal, con su efecto de inscripción en la realidad. Y por lo tanto es el nivel de los arreglos, en tanto acuerdos y negociaciones en el marco del flujo del poder.

En la medida en que hay un esfuerzo de traducción del conflicto social desde el espacio de lo político-institucional, es que hay algo que falla. Hay algo que se pierde en la traducción, un resto que no acaba de transponerse, y que tensiona esa realidad.

Así, tanto por las relaciones de poder implícitas en lo político-institucional como por la falla inherente a la traducción, tal “acuerdo” no acaba de resolver el asunto del conflicto social puesto de manifiesto en el estallido de oc-

tubre. Mas bien, desde ese momento se institucionaliza el conflicto, desarrollando un nuevo campo de lo posible en el que se despliega el mismo conflicto, una suerte de cambio de escenario con nuevos códigos, en tanto metáfora de la realidad social.

### ***La convención constitucional como espacio destinado a la traducción del conflicto***

Es así como el plebiscito de 2020 aparece como una nueva instancia que busca tallar un lugar en lo social que pueda acoger los movimientos político-institucionales hacia una salida de la tensión generada por el conflicto social. Y es finalmente la Convención Constitucional la que se constituye como el espacio para alojar esta tensión y darle una salida.

La Convención cristaliza el conflicto y las relaciones de poder en torno al mismo, como una nueva instancia político-institucional que vela y devela a la vez los aspectos implícitos de este nivel, evidenciando la tensión también existente entre lo político y lo social. Y ahí se constituye como la instancia de traducción por excelencia del conflicto social que llegó a su clímax en octubre de 2019, que además debe hacer de bisagra entre lo social y lo político; lo particularmente complejo de la instancia de la convención es el esfuerzo de la representación del mundo social en un espacio que no es el suyo. Esta debe dar cuenta de la totalidad de la sociedad, y de las relaciones de poder que ahí se ponen en juego, en una suerte de maqueta institucional.

Pero la medida de la nueva Constitución apela a un tiempo particular, que no es el tiempo de los ciclos políticos electorales, ni de la urgencia de algunas demandas sociales vinculadas al conflicto, especialmente con respecto a las condiciones socioeconómicas de las personas, así como tampoco a la posibilidad de impactar directamente a nivel de lo político-institucional.

Ahí emerge la candidatura de Gabriel Boric. Si bien la Convención Constitucional se constituye como un espacio límite entre lo social y las instituciones políticas, con el deber de traducir lo social a lo político, para instalar un nuevo marco regulatorio para la sociedad chilena en su conjunto,

la candidatura de Boric es otro intento de traducción, enfocado en el abordaje de las problemáticas concretas del mundo social. Pero esta traducción es también una intervención sobre lo mismo que traduce, en clave política; una tentativa de respuesta a lo traducido.

### **Tentativas de respuesta al conflicto social: el proyecto de Gabriel Boric y sus efectos**

Pero hay un efecto inesperado de esta candidatura.

La disputa de un espacio tradicional del ejercicio del poder político, en su propio lenguaje y bajo su propia lógica, tiene implicancias sociales significativas. La tentativa de respuesta que ello implica significa el despliegue de un paraguas simbólico que alberga una multiplicidad de posiciones del mundo social, hacia el incipiente desarrollo de un proyecto de sociedad. Pone a disposición una serie de significantes que permite articular ciertas posiciones sociopolíticas que anteriormente no encontraban mayor cabida en cualquier intento de traducir lo social a lo político-institucional.

El efecto inesperado es, sin duda, identificatorio y, por extensión, de sostén y articulación.

Hay implicancias subjetivas en esta potencial respuesta política-institucional. El uso de ciertos significantes, a saber, el presidente joven con antecedentes de trastorno de salud mental compensado y en control, de regiones, que fue dirigente estudiantil, acompañado de otros que fueron dirigentes, hombres y mujeres, pero además con una joven madre trabajadora como actora significativa de su campaña, entre otros muchos elementos, tiene un efecto de identificación, donde cabe un reconocimiento posible.

Las palabras de Gabriel al asumir su presidencia tienen efecto de Otro, como la mirada y la palabra de la madre en el contexto del desarrollo del infante que valida su existencia y le da un lugar (Lacan, 2008), reconociendo así en el plano de lo político, de la regulación de la interacción social, la existencia de una multiplicidad de sujetos diversos en distintas condiciones socioeconómicas y culturales.

Se instala de esa manera, junto con el reconocimiento, la esperanza. En el lugar de Presidente, quizás el lugar político-institucional más relevante, se observa el paso de un

padre normador, a una madre contenedora, pasando por el padre inepto, para culminar en un padre sostenedor que facilita la exploración y la autonomía, diferenciada pero válida, que instala así las condiciones de esperanza por el porvenir.

Y quizás sea eso lo más significativo de los intentos de traducción del conflicto social, especialmente con respecto a una pronta tentativa de respuesta (ya se verán las mismas implicancias que plantee la nueva constitución una vez que su redacción acabe): la esperanza de un horizonte posible donde un proyecto colectivo culmine en una mejora significativa de las condiciones de vida de las personas a lo largo del país.

Si bien el malestar es algo inherente a la vida en la cultura (Freud, 1930), no quiere decir que cualquier intento por abordar ciertas condiciones circundantes a este malestar sea igualmente valorable. Si la vida en comunidad implica ciertas renunciaciones que conllevan un malestar irreductible, es un imperativo resolver intervenir sobre los determinantes sociales que agravan esta situación. Si hay algo que no se puede abordar del dolor, también hay un sinfín de situaciones abordables para su resolución.

Y este reconocimiento implica de manera transversal el potencial de reconocer cualquier sujeto como un ciudadano, en condiciones de intervenir políticamente en lo social, desdibujando también así la tradicional distinción entre lo social-político y lo político-institucional.

### ***El reverso de la respuesta posible***

Aun así, a pesar de los logros institucionales desde la metaforización del conflicto social y los intentos de respuesta a sus interpelaciones, siempre hay un resto que evita cualquier traducción.

Y en ese sentido, cobra relevancia el campo del poder (Foucault, 1982) que opera transversalmente en estas instancias, lo implícito en lo político institucional. Por ello, la consigna "Chile despertó" pareciera ignora el poder del capitalismo neoliberal de captar y recaptar su opuesto, y no le interesa si se está dormido o despierto, ya que configura subjetividades que pueden moverse de formas relati-

vamente predeterminadas por los intereses del capital en particular. En ese sentido, el despertar pierde relevancia si no hay mayor diversidad de movimiento más allá de los límites de estas configuraciones del poder.

El estallido social, y sus tentativas de traducción y respuesta político-institucional, configuran un campo de acción dentro de los límites aceptables de la sociedad neoliberal; no rompe, sino tensiona.

Por otro lado, cabe considerar también aquellos elementos cuya traducción escapa a los medios de lo político-institucional, particularmente nuevas formas de identificación y de lazo social que rompan con las lógicas neoliberales del individualismo y de la regulación tradicional de la institución. Ello requiere considerar ciertas formas de configuración contemporánea del Otro, particularmente algunas consideraciones con respecto a la muerte del padre y sus efectos subjetivantes (Miller, 2005).

La sociedad post dictadura se ha caracterizado por una evidente fragmentación del tejido social, donde la “comunidad” pierde la fuerza que había adquirido durante los años previos al golpe militar de 1973, para dar paso a la familia como la unidad social de referencia, tal y como quedó consignado en la constitución de 1980, y culminar en el devenir contemporáneo del individualismo. Desde ahí es posible concebir que esta fragilidad de los vínculos sociales hace referencia a la dilución del Otro, particularmente del Padre tal y como se había instalado en la sociedad marcada por el autoritarismo. El paso de un padre autoritario a un padre desautorizado ha implicado la necesidad de construir nuevos referentes fuera del espacio familiar, para instalar nuevas modalidades de lazo social que a su vez requirieran nuevas formas de regulación y consideración.

En ese sentido, cabe plantear una mirada al registro simbólico (Lacan, 2004) que permite pensar el campo de los significantes y, por extensión, de la palabra y el lenguaje, como un campo también en disputa, articulado inevitablemente con el mundo social. Si esta palabra, este lenguaje, estos significantes configuran el desarrollo subjetivo del sujeto en cualquier cultura particular, debe a su vez presentar configuraciones distintas en relación con condicio-

nantes espaciales, temporales, históricos y, más importantemente, del poder. Esta mirada social del orden simbólico implica entonces una superposición dinámica entre este registro y lo social, y por lo mismo, evidencia su relación de sujeción a la dinámica del poder y la hegemonía en una sociedad y cultura particular. Y si el poder regula la relación entre los significantes, y por extensión la ubicación del Otro, también condiciona las formas de lazo social y de identificación.

Un campo simbólico en disputa implica la existencia de referentes hegemónicos, ligados al ejercicio del poder en la sociedad, en este caso vinculados al capitalismo neoliberal y sus formas de subjetivación. Ello debe articularse también con la posición socioeconómica y cultural de cada sujeto particular, que condicionará su acceso a los referentes, y lo ubicará de distinta manera más cerca o lejos del ideal. Este campo conlleva un “centro” y un “margen”, donde lo deseable y consonante con los ideales del capitalismo neoliberal se encuentran en el centro, y aquellos más lejanos de ello, lo que se opone radicalmente, se encuentra al margen. Pero esto no es más que un recorte en el tiempo y el espacio, ya que el campo en disputa se encuentra condicionado por el tiempo y el espacio, como fragmentación de la lectura de las relaciones de poder en un momento y lugar dado, lo que a su vez conlleva un tremendo dinamismo.

Entonces las identificaciones se encuentran sujetas a los significantes disponibles, que ubican a cada sujeto en relación con los demás sujetos, instalando una forma de lazo social particular; todo ello condicionado por las disputas en el campo simbólico y, por extensión, en la cultura. Este lazo social se encuentra mediado por las formas del Ideal que se instalan a partir de estas identificaciones, donde la ubicación de los referentes simbólicos más cercanos o lejanos del “centro” implicarán cierta deseabilidad de los sujetos y condicionará la manera en que se relacionan entre sí.

En este sentido, el particular efecto del estallido social ha sido posicionar nuevas formas de lazo social, al reconfigurar la relación entre los significantes en la cultura, posicionando en un lugar de “centro” elementos que se ubicaban



hacia los márgenes. Se releva entonces el colectivo, la protesta, la justicia social, el buen vivir, entre otras formas de pensar la sociedad y la cultura, y entran en conflicto directo con las formas hegemónicas asociadas al individualismo, el consumo, el éxito, reconfigurando así los límites de lo deseable y lo posible en el escenario de la vida pública, posibilitando nuevas formas de lazo social.

Esa tensión sigue sin resolverse y permea todas las instancias post estallido, especialmente las que han tenido relación directa con este, como el “Acuerdo por la Paz”, la Convención Constitucional y, finalmente, la propuesta de gobierno de Gabriel Boric.

La Convención, en su intento de representatividad, pareciera escenificar de manera evidente este conflicto, como espacio en el que las distintas visiones de mundo y los distintos referentes entran en explícito conflicto al pensar en cómo plasmar una constitución que represente los intereses del país. Y de esa forma también muestra las tensiones entre estas nuevas formas de lazo social y la manera hasta ahora hegemónica, en la relación entre convencionales, y en la discusión con respecto al texto mismo.

Pero es quizás el Presidente Boric quien más ha saturado el campo de lo simbólico de significantes ligados a los cuidados, la valoración de la diversidad, la comunidad, y el reconocimiento de las diversas formas de malestar en la sociedad actual, referenciando a su vez las distintas dificultades que los sujetos han debido sortear. Su tentativa de respuesta frente al conflicto se constituye también como una tentativa de acogida del sujeto en el seno de lo político-institucional como representante del Otro, cuya mirada y voz pueden sostener algo de lo subjetivo en el devenir de la cultura. En ese aspecto, lo social, lo político-institucional y lo simbólico se reconfiguran en su relación particular, y así facilitan la emergencia de nuevas posibilidades en el porvenir de nuestra sociedad; la acción directa de los sujetos en el campo social, los intentos de traducción y repuestas posibles de la institución, y la función normativa de lo político-institucional con sus efectos subjetivantes se retroa-

limentan mutuamente para facilitar la emergencia de algo de lo novedoso, donde aún está por verse su alcance real.

A su vez, es evidente que hay desencuentros entre lo social y lo político-institucional, e incluso dentro de cada instancia, en tanto los aspectos implícitos se tensionan en su relación con los intereses del capitalismo neoliberal que permean el tejido social, y configuran formas determinadas de estar en el mundo. Ahí los intersticios de lo intraducible cobran mayor relevancia aún, como espacio de infinitos futuros posibles.

## **Referencias**

- Freud, S. (1992). El malestar en la cultura (Trad. J. L. Etcheverry). En J. Strachey (Ed.), *Obras Completas* (vol. 21, pp. 57 - 140). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1930).
- Foucault, M. (1982). El Sujeto y el Poder. Disponible en <http://www.philosophia.cl/biblioteca/Foucault/El%20sujeto%20y%20el%20poder.pdf>
- Lacan, J. (2004). El seminario de Jacques Lacan, Libro 5: Las Formaciones del Inconsciente 1957 - 1958 (Trad. Enric Berenguer). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1998).
- Lacan, J. (2008). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica (Trad. Tomás Segovia). En J. Lacan, *Escritos 1* (pp. 99 - 105). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Miller, J-A. (2005). El Otro que no existe y sus comités de ética. Seminario en colaboración con Éric Laurent. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

# De la crisis de autoridad a la disputa por la vacancia popular.

Roberto Lobos

La importancia del análisis político no radica en la cientificidad, sino en que de ella deviene una práctica que no tiene segundas oportunidades. La rigurosidad con la que el analista político debe abordar lo social es como mínimo un problema epistemológico y esencialmente ético-político. Es en el plano de la ética, donde emerge el interés por la honestidad intelectual. El filósofo francés Louis Althusser escribió una reflexión que aún desgastada con el uso, no ha perdido su veracidad: “Como no existe lectura inocente, digamos de cual somos culpables” (ALthusser & Balibar, 1969, pág. 19), uno puede o no estar de acuerdo con Althusser, hoy buena parte de las actuales teorías de las izquierdas dialogan con él de forma crítica, lo que uno no puede negar es la veracidad de su enunciado, lectura y culpabilidad van de la mano.

Los intelectuales orgánicos siempre cargamos con culpas, nuestras lecturas y compromiso social impregnan decisiones que no pueden reiniciarse, por eso siempre debe estar acompañada de una exposición de nuestro laboratorio. La caja de herramientas se debe desplegar claramente y debemos someternos constantemente al juicio público para ajustar nuestras maquinarias. El uso del instrumental y el mantenimiento debe ser constante, el ajuste y la limpieza del espacio de trabajo y las herramientas utilizadas nos dan la experiencia con la que la humildad debe batallar cotidianamente.

Es imposible desarrollar *a priori* una metodología acabada, es la realidad la que nos enuncia sutilmente las herramientas que podrían resultarnos útiles, la elección es siempre una decisión política. La flexibilidad nos permite escapar de los “bunker ortodoxo” y las “teorías *ad hoc*”; el bunker niega la realidad, la teoría *ad hoc*, parte desde cero evitando el dialogo intelectual con el pasado (Laclau, 2021,

pág. 10). Este posicionamiento epistémico es fundamental en la teoría social latinoamericana, siempre lejos del centro teórico universalista. Ruy Mauro Marini identificaba al bunker y la teoría *ad hoc* como desviaciones que no nos permiten captar la novedad, sin embargo, tenía otro principio sin el cual era imposible el análisis latinoamericano, pensar desde la totalidad (2008, pág. 108). No se puede negar la importancia en nuestro continente de las contribuciones de la teoría(s) de la dependencia, especialmente su tendencia marxista encarnada en nombres como Ruy, Theotonio Dos Santos o Vania Bambirra, pero desde finales de la década del 70 hablar desde la totalidad en nuestro continente ya no es posible.

La distinción entre *totalidad e infinito* elaborada por Emanuel Levinas abrió un campo de posibilidades en el pensamiento nuestroamericano, tanto que la edición en lengua castellana de *Totalidad e infinito* incluye una introducción de Daniel E. Guillot que hace referencia al recibimiento de Levinas en la filosofía latinoamericana (Levinas, 1999). Es importante recalcar que el aporte levinasiano complejiza el universo de lo social, pero no por eso descarta la importancia que aún tiene la totalidad. El camino no es el del descarte posmoderno, sino el ir “*más allá*” por el camino de la crítica. El primer paso es marcar la distinción entre totalidad y completud, el límite de lo abordable. La totalidad hace a un ordenamiento, siempre modificable que se expresa en realidades superpuestas, engañosas en su apariencia y que deben ser desfetichizadas, “puesto que toda ciencia sería superflua sí la apariencia y la esencia de las cosas se confundieran” (Marx, 2014, pág. 680)

A pesar de no estar de moda, términos como esencia, fenómeno, apariencia, siguen siendo parte de nuestro arsenal analítico. Conocer es un ejercicio de desentrañamiento y la totalidad aquello que organiza la realidad social (Osorio, 2001, pág. 23). Retomamos a Levinas y complejizamos la realidad social planteando un más allá de la totalidad, un más allá del mundo. El movimiento no es negar la totalidad, sino demostrar que más allá de la totalidad hay más que solo la nada. La totalidad expresa el mundo y sus normas; aquello que está más allá del mundo es el principio

de transformación del mundo y su expresión es el *acontecimiento*. Este es el paso de una dialéctica falsa a una dialéctica verdadera, de la dialéctica a la ana-dialéctica (Dussel, 1972, pág. 182). Si la dialéctica es la unidad de los diferentes, pertenecientes a un mundo, la ana-dialéctica, desarrollada por Enrique Dussel, Rodolfo Kusch, Juan Carlos Scanzone, a quienes retomamos en nuestra metodología, es la apertura a lo Otro, fuera de este mundo.

### **Neoliberalismo.**

Decíamos que la realidad social se expresa en dimensiones, y que nunca se manifiesta de forma transparente. El Estallido Social Chile 2019 es el fenómeno, descifrar que nos oculta es la tarea del analista. La realidad social es una unidad compleja que debe pasar por la abstracción hasta la síntesis de múltiples determinaciones (Osorio, 2001, pág. 20). La complejidad de la realidad social se expresa en distintos espesores de lo real, trataremos de desarrollar algunas conclusiones que vayan más allá de lo aparente centrándonos en una dimensión y expresión de la crisis, la *legitimidad*. No podemos exponer el método utilizado con el detalle que quisiéramos, por lo mismo comenzamos este texto exponiendo algunas ideas fuertes que dejan clara nuestra culpabilidad. La totalidad que será intervenida tras el estallido expresa una lógica concreta, el neoliberalismo, modo de producción y acumulación por despojo y cercamiento que se hizo imposible (Federici, 2020, págs. 51-61). ¿Quiere decir acaso que el Estallido fue una expresión anti neoliberal? No y sí a la vez, la manifestación fue contra sus expresiones directas, pero la causa sigue velada para la gran mayoría de los actores.

El neoliberalismo “es mucho más que la financiarización del capitalismo, su momento zombie en el que ha puesto el piloto automático que nos lleva directamente hacia la consumación de la catástrofe; el neoliberalismo se ha sostenido y expandido gracias a una profunda y colosal captura de las subjetividades” (Forster, 2020, págs. 6-7), la causa de los males no es reconocida por todos como su fuente, ni aún las víctimas más sufrientes estarían dispuestas a olvidar el fantástico sabor neoliberal. El neoliberalismo es antagóni-

co al Estado social (2020, pág. 51), y aunque aún no es reconocido como el antagónico del movimiento popular naciente, de forma masiva (la que importa), ha perdido toda posibilidad de reconstruir, al menos democráticamente, su legitimidad. No puedo desarrollar acá los efectos de la pandemia, pero puedo resumir diciendo que la tendencia deslegitimadora simplemente se acentuó, sumándome a las miradas más optimistas post pandemia, aunque solo sea por fe.

El marxismo ortodoxo partía de la materialidad, de la economía, nosotros partimos de una contradicción más fundamental y transversal o de una concepción de la *oikonomiké* mucho más amplia. Si el neoliberalismo es muerte, partimos de la vida. El derecho a vivir en paz, nos parece un punto de inicio mucho más amplio, que nos permite la comprensión, no solo de la producción, sino también de la reproducción, circulación y consumo de las mercancías y de la vida misma. Comprendemos al neoliberalismo como la expresión moderna y contemporánea del capitalismo que también implica un poder despótico (Osorio, 2010), los posicionamientos mecanicistas que simplifican el abordaje de lo social en una determinación causal de una supuesta “base” a una “superestructura”, ya fue incapaz de abordar más que la explotación en términos teóricos, el feminismo y el pensamiento de(s)colonial han contribuido en el entretejido capaz de analizar la opresión y dominación abriendo una nueva óptica en la teoría crítica. Ha sido la necesidad y el derecho a la vida digna el motor de la crisis, y solo las respuestas que logren saciar estas necesidades podrán superar el momento histórico en el que nos encontramos.

### **Acontecimiento.**

La interrupción fue casi mesiánica, el horizonte quedó abierto desde fuera cuando se alteró el *continuum* de la historia. Desde la infinitud, más allá de este mundo y fuera de la totalidad neoliberal, surgió el sujeto(s) político que permitió pensar la transformación; el Pueblo nuevamente exigía redención desde el pasado, en el presente. El grito del sujeto configuró la posibilidad de la redención popular, el Pueblo se constituyó como un “nosotros”, que, surgido más

allá del horizonte de la totalidad neoliberal, se tomaba el campo de lo político para enfrentar la ley de muerte, no sólo la constitución de Pinochet, sino todo el *nomos* neoliberal.

El acontecimiento es un acto de liberación, se enfrenta a fetiche de lo posible, se enfrenta a lo prohibido (Bosteels, 2011, pág. 352), subvierte las leyes y profana la sacralidad del poder. La vida es el punto de partida, la política el garante de la misma, el acontecimiento es constituyente, divino y mesiánico, es la irrupción soberana desde la exterioridad de los nadie, de la política pura, sin mediaciones, ni representaciones. “El acontecimiento muestra lo que una época tiene de intolerable, pero también hace emerger nuevas posibilidades de vida” (Lazzarato, 2010, pág. 44), las nuevas subjetividades emergentes provienen desde fuera de la totalidad, los sectores más marginados de la sociedad. Sujetos sin derechos, segregados, que hasta el día de hoy no han sido incorporados a la política; y quienes siendo parte de la totalidad se encuentran en una situación de vulnerabilidad en los límites de este mundo. Ciudadanos que han ido conquistando espacios en lucha por su reconocimiento (Fraser, 2019, pág. 25), miembros de la totalidad, pero en una situación de opresión y dominación que intentan subvertir.

Desde fuera y desde los límites el mensaje es claro “no son 30 pesos” (demanda económica, pero no lo suficientemente concreta para expresar el universal de la impugnación), “son 30 años” (lo intolerable, la demanda democrática, la clara crisis de representatividad y legitimidad). La fuerza emerge desde fuera del mundo, y la respuesta más clara y contundente solo da respuesta a una dimensión de la demanda que apunta al reconocimiento. El distanciamiento entre lo popular y el nuevo poder emergente tras el Estallido Social no puede sostener una actitud necrófila hacia el Otro (Freire, 1974, pág. 58), la cosificación de los sin derecho. Esa es la relación que estableció el neoliberalismo, y la elite impugnada con la exterioridad. Solo el reconocimiento del Otro puede superar de forma positiva la situación actual, “los oprimidos necesitan reconocerse como hombres (sic), en su vocación ontológica e histórica de ser más” (1974, pág. 67) el reconocimiento es una actitud humanista.

## **Crisis de autoridad.**

El Estallido se expresó como una clara crisis de legitimidad y representatividad política, que no solo afectó al gobierno, sino que también al conjunto de las organizaciones políticas institucionales constituidas antes del 18-O, crisis aún abierta. En el antiguo Frente de poder (clase dirigente + clase reinante) la crisis se expresó como “crisis de autoridad”, es decir: “situación en que una clase ve debilitarse los elementos sobre los cuales asienta su lugar de dirección en la sociedad, sin que haya un sujeto que le dispute eficazmente ese lugar, generando una situación de indefinición, una cierta “vacancia” de las masas populares” (Campione, 2014, págs. 49-50). La crisis de legitimidad es parte de esta crisis de autoridad y se presenta como una consecuencia de la ineficacia del sistema político dirigente para reproducir las lógicas de dominio neoliberal. Concebimos a la crisis de autoridad como la conjunción de la crisis de representatividad y legitimidad y a esta última como la consecuencia de una carencia de eficacia, ya que tal como señala el sociólogo Seymour Martin Lipset “La estabilidad de cualquier democracia dada depende no solamente del desarrollo económico, sino también de la eficacia y la legitimidad de su sistema político” (1968, pág. 43).

Pero la ineficacia política no necesariamente se traduce en ineficacia económica. La eficacia deshumanizante del sistema neoliberal, positiva para los dueños del poder del mundo (totalidad); negativa para los populares (límite y exterioridad-infinito), hizo de la vida cotidiana de la mayoría de los chilenos un sufrimiento diario, situación que hasta la fecha no ha encontrado mejorías contundentes. El consumo, principal elemento de control cultural de nuestro Chile neoliberal paso de elemento enajenante a convertirse vía endeudamiento y marginación social en causa de un gran malestar social, la inflación actual y la crisis económica no hacen más que agravar esta situación.

Las contradicciones propias del modelo estallaron atacando por sorpresa al Frente de Poder en 2019, éste fue incapaz de resolver el conflicto por una ruta redistributiva y puso toda la maquinaria del Estado al servicio de la represión del malestar. Una de las consecuencias de esta crisis



que nos atraviesa es la mutación de la clase dirigente en clase dominante, producto de la ausencia de consenso hegemónico, también la ruptura temporal entre clase dominante y el gobierno, haciendo surgir una nueva clase reinante aún incipiente. El paso de clase dirigente a dominante es una mutación, que como señala el italiano Antonio Gramsci, hace a la represión una consecuencia esperable. “Si la clase dominante ha perdido el consentimiento, o sea, ya no es dirigente sino solo dominante, detentadora de la mera fuerza coactiva, ello significa que las grandes masas se han desprendido de las ideologías tradicionales, no creen ya en aquello en lo cual antes creían” (Gramsci, 2010, págs. 313-314)

Gobernabilidad y Legitimidad son las preocupaciones principales del Estado neoliberal (Salazar & Pinto, 1999), cuando pierde la legitimidad y la gobernabilidad trastabilla la amenaza popular hace que el Frente de Poder se defienda con la fuerza coactiva. Por tanto, es correcto llamar al Frente de Poder “Bloque Represor”, como lo señala el filósofo de la liberación Enrique Dussel (2010, pág. 96), de todas formas, es preferible retomar la categoría, pero para nombrar al Frente de poder solo tras la pérdida del consenso. El Frente de Poder en crisis se transforma en un Frente Represor (o Bloque represor), ya que, si bien las clases dirigentes son siempre represivas, el ejercicio de la violencia no es siempre socialmente transparente, el evidente devenir represivo debe ser considerado como indicador de que la clase dirigente chilena ha devenido en clase dominante como consecuencia de la crisis de autoridad.

Desde octubre los dueños del poder y la riqueza sacrificaron una tras otra las instituciones que pertrechan al Estado, alienados de la profundidad del problema han optado por defender hasta el último peso de capital sin darse cuenta que con ellos han destruido gran parte de la capacidad de control del “Estado ampliado” (Sociedad Política + Sociedad Civil), bajando al mínimo la credibilidad y eficacia de varias de las instituciones necesarias para el ejercicio del poder como dominación. La situación anómala en la que se encuentran, de inestabilidad y vulnerabilidad, cegó al Frente de Poder (al menos a la gran parte de él) de la única salida de recomposición que les quedaba en una crisis

como la que nos atraviesa, dio paso así a una nueva clase reinante. La ceguera abrió brecha, posibilitando una salida popular como alternativa, la brecha ha sido capitalizada por una nueva izquierda de la totalidad que incluye las demandas de los límites (quedando ausentes a la fecha las demandas de la exterioridad o infinito).

El Frente de Poder redujo al mínimo el hiato social necesario para sostener un Estado aparentemente neutral. “El hiato entre Estado y aparato implica establecer una diferencia entre quienes dominan en las relaciones de poder político y entre quienes administran el aparato y en general las principales formas de representación” (Osorio, 2010, pág. 77). Esta distinción entre los dueños del poder y quienes lo administran es fundamental para el control social. La separación se basa en la necesidad del capitalismo de separar el campo económico del campo político para así velar/fetichizar la relación entre los dueños del país y quienes ejercen el poder “democráticamente”. El Estado de la clase dominante solo puede sobrevivir en base a la fetichización de su función última “Explotar y dominar en un mundo de hombres libres” (2010, pág. 66). Al quedar expuesto el Estado de clase se complica su funcionalidad, la crisis de legitimidad se expande a la representatividad ya que al quedar expuesta la vinculación entre la clase gobernante y el poder político, económico y social del país, el gobierno es cuestionado junto con la élite.

### **La Vacancia Popular**

En las crisis el hiato social puede convertirse en hiato político. El hiato entre Estado y aparato permite el surgimiento de enclaves populares. “La brecha (...) entre administración del aparato estatal y poder del Estado en el orden político el capital, y la rigidez y las mediaciones que el aparato establece a las relaciones de dominio, permite comprender que es factible que arriben a algunas instituciones del aparato, y en particular al poder ejecutivo (...)” (Osorio, 2012). Esto es una oportunidad histórica para las y los populares, porque el Estado necesita incorporar nuevos sectores para la recomposición del dominio, esta brecha es una oportunidad excepcional. Luego de esta incorporación se abre la oportu-

tunidad de desarrollar un Enclave Popular para la transformación, siempre y cuando el Bloque Social Popular sepa hacer un uso favorable al interés de las mayorías populares. La peligrosidad del Enclave para el poder varía según la dimensión y posición estratégica de la trinchera. En el caso nuestro la apertura fue demasiado estrecha, la vacancia lograda tras el triunfo de Apruebo Dignidad fue ocupada por una izquierda de la totalidad, el Otro trascendental no logró incorporarse, la nueva clase reinante, por tanto, corre el riesgo de constituirse en una nueva élite a la que la Otridad identifique como enemiga y no como aliada.

La brecha no siempre se traduce en una oportunidad para el Pueblo, en Chile la apertura aún está en disputa, el proceso siempre está tensionado. Los nuevos elementos en el aparato estatal podían provenir tanto de la clase reinante anterior con un discurso de renovación política, ya sea de las capas altas de la clase política, o de profesionales que aprovecharán esta oportunidad para el ascenso social, así se preveía y así ocurrió. Luego de una crisis orgánica, de legitimidad y representación (Crisis de autoridad) está la amenaza constante de la restauración vertical. “Revolución Pasiva” o “Revolución-restauración” en lenguaje gramsciano, esta salida limpia es la más práctica para el Frente de Poder y la recomposición del sistema de dominación, la cual, como ya afirmamos, requiere necesariamente y como condición la incorporación de nuevos sectores al aparato estatal. “(...) las necesidades de las “tesis” de desarrollarse enteramente, hasta el punto de llegar a incorporar una parte de la antítesis misma, para no dejarse “superar” (Gramsci, 1999), poniendo límites a un proceso de transformación más profundo.

El problema es que la crisis de legitimidad en Chile se conjuga con una crisis de representación también por izquierda, la impugnación a los partidos es total, las organizaciones de izquierda institucionales fueron tomadas por sorpresa y quedaron en una primera instancia del lado de las impugnadas e impugnados por su incapacidad para convertirse en una caja de resonancia de la movilización popular, también (cosa no menor), por ser instrumentos de la totalidad. El tema es que el bloque social popular al no sentirse representado y no haber mostrado hasta ahora capacidad de constituir un

espacio autónomo aún está en disputa, si el nuevo gobierno no logra empalmar con el sentir popular y reconocer como interlocutor a la fuerza proveniente desde fuera de su mundo, toda posibilidad de transformación quedará reducida a una fallida oportunidad histórica.

### **Bibliografía**

- Althusser, L., & Balibar, E. (1969). *Para leer El capital*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bosteels, B. (2011). Alain Badiou y la política del acontecimiento. En VV.AA., M. Vatter, & M. Ruiz Stull (Edits.), *Política y acontecimiento* (págs. 337-366). Santiago: FCE.
- Campione, D. (2014). *Leer Gramsci. Vida y pensamiento*. Buenos Aires: Ediciones Continente.
- Dussel, E. (1972). *Método para una filosofía de la liberación*. Salamanca: Agora.
- Dussel, E. (2010). *20 tesis de política*. Caracas: El perro y la rana.
- Federici, S. (2020). *Reencantar el mundo*. Buenos Aires: Tinta de Limón.
- Forster, R. (2020). *El derrumbe del palacio de cristal*. Buenos Aires: Akal.
- Fraser, N. (2019). *¡Contrahegemonía ya!* Buenos Aires: Siglo XXI.
- Freire, P. (1974). *Pedagogía del oprimido*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gramsci, A. (2010). "Oleada de matrialismo" y "Crisis de autoridad". En M. Sacristan, *Antología Antonio Gramsci* (págs. 313-314). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Laclau, E. (2021). *Hegemonía y estrategia socialista*. Ciudad de México: FCE.
- Lazzarato, M. (2010). *Políticas del acontecimiento*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Levinas, E. (1999). *Totalidad e infinito*. Salamanca: Ediciones Sigueme.
- Lipset, S. M. (1968). *El hombre político*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Marini, R. M. (2008). *América Latina, dependencia y globalización*. Bogotá: CLACSO.
- Marx, K. (2014). *El Capital*. México: FCE.
- Osorio, J. (2001). *Fundamentos del análisis social*. Ciudad de México: FCE.
- Osorio, J. (2010). El hiato entre Estado y aparato: capital, poder y comunidad. *Argumentos*, 63-87.
- Salazar, G., & Pinto, J. (1999). *Historia contemporánea de Chile I. Estado, legitimidad y ciudadanía*. Santiago: Lom.

## Capitulo II.

### Hacia un proyecto político global...

# ¿Kast o Boric? ¿Pasado o Futuro?

Por Slavoj Žižek

La mayoría de las elecciones son similares a la elección entre Coca Cola y Pepsi Cola o McDonald y Burger King: nos dejan indiferentes a la mayoría. Rara vez, aquí y allá, hay elecciones en las que la elección es real, clara como el cristal. Esto es lo que ocurrirá en Chile. Todas las falsas posiciones moderadas desaparecen.

¿Cuál es la elección? Es una elección entre el pasado y el futuro. Ambos candidatos saben que estamos en graves problemas, pero reaccionan ante ellos de forma totalmente opuesta. Kast mira hacia atrás, ve la solución en la vuelta al pasado de Pinochet que todos ustedes conocen. El problema no es sólo que él idealice ese pasado, el verdadero problema es que, en la última década o dos, el capitalismo global ha cambiado tanto que ese retorno sólo puede llevar a una catástrofe. Todos conocemos la escena de los dibujos animados en la que el gato Slavoj Žižek se acerca al borde de un precipicio y sigue caminando tranquilamente, sin darse cuenta de que no hay nada bajo sus pies; sólo se cae cuando mira hacia abajo y se da cuenta de que no hay suelo firme debajo... Creo que Kast, el oponente de Boric, es como un gato sobre el precipicio: no se ha dado cuenta de cómo está cambiando nuestro mundo de forma dramática. Esto es lo que tenemos que hacer: obligar a Kast a «mirar hacia abajo»...

¿Y Boric? Hay un viejo chiste, de la época de la Primera Guerra Mundial sobre un intercambio de telegramas entre el cuartel general del ejército alemán y el de Austria-Hungría. Desde Berlín a Viena, el mensaje es L«a situación en nuestra parte del frente es grave, pero no catastrófica», y la respuesta de Viena es: «Para nosotros, la situación es catastrófica, pero no grave». El programa de Kast es como la respuesta de Viena: sí, estamos en un gran problema, pero las cosas no son realmente graves, una vuelta a las viejas costumbres servirá. Por otro lado, Boric sabe que la

situación es grave, pero su programa nos permitirá evitar la catástrofe.

En Chile, la derecha ataca a Boric y a la izquierda con todas sus ramificaciones por querer «politizar la política», mientras que, Kast, promete sólo libertad y progreso. Pero lo que se necesita hoy es precisamente una nueva visión política que pueda movilizar a la gente, no sólo la administración de los expertos. Lo que ofrece Kast es como la cerveza sin alcohol o el café sin cafeína -una «política sin política» descafeinada-, mientras que Boric ofrece un verdadero café fuerte que se necesita en la política real.

Kast promete estabilidad mientras asusta al electorado con la incertidumbre y el caos si gana Boric. Aquí hace una clara trampa: el caos de los años de Allende fue causado por la movilización reaccionaria contra su gobierno. Hoy, en la era de la pandemia, el calentamiento global y el desorden social, es la vuelta a Pinochet lo que traería el caos, y son sólo los cambios que propugna Boric los que nos dan la posibilidad de un futuro estable.

Boric es de ascendencia croata, y en croata su nombre evoca el verbo «boriti se»: luchar, emprender la lucha. ¿Qué lucha? La lucha contra las amenazas a nuestra supervivencia. Por eso y mucha otras razones les pido que voten por Boric no en nombre de un viejo sentimentalismo izquierdista, sino como un acto de valor. Boric vive hoy, en la era de las nuevas tensiones globales, de las amenazas ecológicas y de otras. Sólo él nos da esperanza.

# En Chile –y en Croacia– ¡El fascismo será derrotado de nuevo!

Srećko Horvat

Es probable que si Gabriel Boric hubiera nacido en Croacia en el año 1986, probablemente hoy se llamaría Borić. Habría nacido, en realidad, en la Yugoslavia socialista, un país que se construyó gracias a una revolución social en los tiempos de la Segunda Guerra Mundial y del fascismo en toda Europa. Es además, un país que se derrumbó brutalmente en los años 90 dejando un desierto creado por la promesa del «capitalismo occidental» –políticas económicas fracasadas y élites corruptas dispuestas a vender la infraestructura social y los recursos naturales, liderando una guerra contra la clase trabajadora y la propia naturaleza durante los últimos 30 años carentes de gloria.

Por lo que sé –y conste que no conozco personalmente a Gabriel Boric– su familia emigró a Chile desde la isla croata de Ugljan en el siglo XIX. No conozco su historia familiar, pero si sé que la mayoría de los croatas que emigraron en el siglo XIX y XX lo hicieron por hambre y/o por razones económicas. Vivir en una isla croata, que suelen ser espacios aislados, en aquellos tiempos era ciertamente difícil –y lo sigue siendo–. Hablo y escribo de esto porque lo sé muy bien, una de las razones es que vivo la mayor parte del tiempo en una isla croata.

Si la familia de Boric no hubiera emigrado a Chile en aquellos tiempos, quién sabe, tal vez habría nacido en la Yugoslavia socialista –como he dicho al inicio de este texto– De ser así, no estaría cerca de convertirse en presidente de Chile, país donde nació la ideología neoliberal que destruyó a Yugoslavia. Por supuesto, fue destruida por una combinación de intereses occidentales, política económica neoliberal y nacionalismo. Pero esa es otra historia.

27. Filósofo croata y miembro de la Internacional Progresista, último libro publicado en español «Después del apocalipsis»



Lo que sería interesante es comparar a Chile y Yugoslavia en los años 70 como una suerte de contraste con la actualidad. También sería interesante que alguien en Chile visitara Ugljan, para ver de dónde viene Boric, una isla que está cerca del continente croata pero que se caracteriza por las típicas condiciones duras del Mediterráneo: mucho sol y mucha piedra. Sería aún más interesante ver cómo el experimento yugoslavo de la autogestión, la democracia obrera y el Movimiento de los No-Alineados podría ser útil no sólo en nuestro desierto del post-socialismo, sino en el Chile actual.

La primera vez que escuché el nombre de Gabriel Boric fue hace unos 10 años. Unos años antes, en Croacia tuvimos una movilización masiva de estudiantes -incluyendo bloqueos de facultades y universidades- que querían impedir la privatización de la educación. Nuestra exigencia era que la educación -como herencia de la Yugoslavia socialista, al igual que la asistencia sanitaria gratuita o la vivienda social- tenía que seguir siendo gratuita.

Luego, en 2011, cuando un nuevo movimiento social en Croacia ya estaba en pleno apogeo, me enteré de las protestas en Chile, que fueron una inspiración y una prueba de que la lucha por la buena causa no conoce fronteras, y que nuestros países tienen mucho más en común de lo que solemos pensar.

Si la izquierda quiere ser hoy radical e inventiva, con un poder transformador para cambiar las relaciones y condiciones socioeconómicas de una sociedad, sin el miedo al compromiso y a la derrota, no puede avergonzarse de su pasado comunista -pero también debe construir, como el propio Marx nos advirtió, una «poesía del futuro». Esto significa ir más allá del desafío tanto del extrativismo (tan común en la izquierda latinoamericana) como de la expansión que caracteriza al capitalismo, reinventando tanto los conocimientos autóctonos como los experimentos socialistas desde Chile hasta Yugoslavia, desarrollando tanto el internacionalismo radical como la autogestión, es decir, la democracia económica donde es precisamente la clase obrera la que influye en la dirección que tomará la sociedad.

El fascismo y el pinochetismo no están simplemente renaciendo, porque nunca murieron en primer lugar. Pero desde Croacia hasta Chile, el fascismo será derrotado de nuevo. Hay un nuevo viento en el horizonte, un viento que ha creado nuevos movimientos conscientes del pasado y dispuestos a construir un futuro diferente y mejor.

En 2021, la capital de Croacia, Zagreb, por primera vez desde el colapso de la Yugoslavia socialista, tuvo un alcalde de izquierdas: Tomislav Tomašević. Tal vez no sea un gran paso para la humanidad, pero sin duda es un salto gigantesco para los Balcanes post-socialistas en los que sólo gobernaron las élites nacionalistas y capitalistas durante los últimos 30 años y destruyeron nuestros países. Esperemos que el 2021 sea también un buen año para Chile. Y tiene que empezar con Boric.

¿Será un camino fácil para Boric y la izquierda en Chile? Por supuesto que no. Por el contrario, será difícil, como escalar una alta montaña llena de peligrosos desafíos o viajar por el vasto océano desde una pequeña isla croata hasta Chile y construir un futuro a partir de condiciones muy nefastas. Pero ciertamente no es la primera vez, ni tampoco la última, para la familia Boric.

### 3. Arder para renacer dos significantes para el milagro y el modelo chileno

por Jairo Gallo Acosta

Dos significantes: arder y renacer, permitieron que se construyera otra realidad en Chile después de más de cuarenta años del golpe militar de Pinochet hacia Allende. El primero, arder comenzó en octubre de 2019 cuando las estudiantes de colegio se manifestaron por el alza del precio del billete del metro de Santiago, entrando a las estaciones sin pagar, a las pocas horas eran muchxs que se manifestaban en las calles no sin consecuencias, heridos, muertos y detenidos así como estaciones dañadas por las manifestaciones. Lo interesante de todo esto es que el gobierno en cabeza de Piñera no supo qué hacer con todas esas manifestaciones y protestas, al parecer su burbuja económica no dejaba ver la dimensión esas protestas, así como los diferentes malestares que había dejado varias décadas de un “milagro económico” del capitalismo neoliberal que se había implantado en la dictadura de Pinochet en los años setenta. Y es ahí donde entra el segundo significativo para asociarse al primero, después de arder emergió renacer, y eso llevó a un Plebiscito para cambiar la constitución vigente en ese país desde 1980 y que se redactó en la misma dictadura militar.

En un discurso lo más importante es lo que no se dice, no es porque esté oculto sino que se desliza en lo dicho, y acá lo que se muestra es que Chile es un ejemplo que siempre era utilizado para mostrarnos las maravillas del modelo chileno y el neoliberalismo: “el modelo ejemplar de la región”. acá lo interesante es preguntarse ¿ a qué se referirán con el modelo?, nunca lo dicen pero ya sabemos a que se refieren cada vez que mencionan el “modelo chileno”, ese mismo que el presidente desde país comentó a principios del 2019: “en medio de esta América Latina convulsionada veamos a

Chile, nuestro país es un verdadero oasis con una democracia estable; el país está creciendo, estamos creando 176.000 empleos al año, los salarios están mejorando” (2019).

En Colombia como en casi todo el mundo nos había mostrado a Chile como “el milagro” donde supuestamente el mercado y no el Estado es lo que comanda todas las lógicas económicas y sociales. Llama la atención el significativo “milagro” que se asocia al de “modelo”, y ahí aparece otra cosa que no se dice, parece que este modelo milagro fue posible no sólo por el Nobel de economía Friedman y sus “Chicago boys” sino por la dictadura de Pinochet, es como si en lo que no se dice, entre el discurso que no dicen diciendo es que el capitalismo neoliberal necesita de dictaduras o autoritarismos, un asunto paradójico ya que el neoliberalismo piden menos Estado, o será que el único Estado que se necesitaría en el capitalismo neoliberal es el militar, algo que ya dejaba entrever el mismo Von Hayek, tanto Friedman como Hayek visitaron y asesoraron a la dictadura chilena. Aunque los defensores de este liberalismo que va de Von Mises pasando por los autores mencionados hasta los que se hacen llamar libertarios hoy en día nieguen sus preferencias autoritarias el mismo Hayek planteaba que en aras de la libertad es preferible a veces suspenderla momentáneamente:

La democracia tiene una tarea: garantizar que los procesos político se conduzcan en forma sana. No es un fin. Es una regla de procedimiento que tiene por objetivo servir a la libertad. Esta última requiere de la democracia, pero sería preferible sacrificarla temporalmente, antes que prescindir de la libertad (Santa Cruz, 2000, p. 50-51).

Temporalmente fue que en Chile duró 15 años, y sí no es por el plebiscito de 1988 donde el dictador en un acto de soberbia por considerarse ganador antes de la consulta, quién sabe cuánto hubiese durado. Pinochet se fue pero no su constitución hecha en 1980, ni mucho menos las políticas económicas que se impusieron desde su golpe militar para derrocar a Allende en 1973. Así que el milagro siguió y su modelo que fue exportado a todo el mundo. En Colombia que todo llega tarde, este modelo se comenzó a imponer a finales de los ochenta del siglo XX y comienzos de los

noventa. En el gobierno de César Gaviria por fin se pudo constituir un gobierno que permitiera que ese modelo se comenzara a desarrollar, Aparece alrededor de ese presidente colombiano su plan de gobierno que dio en llamarse: “La revolución pacífica” y su famosa “apertura económica” que no era otra cosa que vender las empresas públicas a los privados bajo el tecnicismo de reducir el estado, flexibilización laboral que no es otra cosa que precarización laboral, pero como siempre en estos contextos, este neoliberalismo se hizo a la versión latinoamericana, con dictaduras explícitas como la chilena o implícitas como la colombiana.

Y Friedman se fue a China, a esa China que adoptó un capitalismo estatal, abandonando el comunismo a finales de los años setenta, y a pesar de los consejos de Friedman que visitó a ese país en varias ocasiones, sabían que Friedman no tenía razón en su idea de “menos estado” o más bien le hizo caso en lo que no decía en lo que decía, que el asunto no era menos estado sino más control para que el capital fluyera, el capitalismo neoliberal necesita de gobiernos autoritarios y China es el mejor ejemplo de eso: libertad económica y autoritarismo político. Pero no sólo está la versión China de ese autoritarismo, también está la versión gringa con Trump o la latinoamericana con Bolsonaro en Brasil, o la light con Duque en Colombia.

Todas esas versiones buscan el milagro económico, ser el modelo, aquel paraíso que va a traer riquezas y prosperidad para todos, pero el milagro no se dio y más allá de la caída del milagro como moderado económico hay que preguntarnos: ¿para qué necesitamos milagros? Los necesitamos ya que estamos en una época donde cada vez menos emergen los acontecimientos, eso que Badiou (1999) y Žižek plantean en algunos textos. Para el primero, no hay vacíos por tanto no pueden ocurrir acontecimientos, el acontecimiento está al borde del vacío (Badiou, 1999, p.197).

La imposibilidad del amor, eso que ninguna aplicación o página web puede garantizar, así como toda el cálculo del capitalismo neoliberal ha sido un fracaso a la hora de calcular el amor o incluso una protesta popular como la que ha conducido a que en Chile se derogue la constitución de Pinochet y se comenzaran a manifestar otras demandas

para dismantelar ese “modelo”. El 6 de octubre de 2019 a algún tecnócratas neoliberal se le ocurrió aumentar el metro de Santiago en 30 pesos chilenos, y por supuesto no se le ocurrió a él, lo tenía que hacer para hacerlo más rentable, lo que se dice es que eso fue lo que decidió el panel de expertos considerando las variables económicas. Unos días después varias estaciones tuvieron que cerrar debido a que muchachas de la educación media comenzaron a evadir el pago del tiquete mientras entonaban el canto: “evadir, no pagar. Otra forma de luchar”.

Y se cayó el modelo, se desvaneció el milagro, y comenzaron a aparecer las grietas del modelo, hasta que el presidente de Chile, el mismo que meses antes había dicho las maravillas del modelo ya decía en octubre de ese mismo año después de varios días de protesta lo siguiente: Es verdad que los problemas no se han producido en los últimos días. Se venían acumulando hacia décadas. Es verdad también que los distintos gobiernos no fueron y no fuimos capaces de reconocer esta situación en toda su magnitud (Roura, 2019)

Para Žižek (2014) un acontecimiento es: “la caída misma, la pérdida de una unidad y armonía primordiales que nunca existieron, que no son más que una ilusión retroactiva” (p. 53). ese modelo era una ilusión más creada por los magos de Chicago discípulos de los premios nobel Friedman y Hayek, esos que se esparcieron por todo en continente como Cavallo en Argentina o Rudolf Holmes en Colombia, ministros de economía de estos países durante las década de los noventa. Redujeron el estado a su máxima expresión dizque para hacer unos gobiernos eficientes, después de más de dos décadas de estas políticas hoy tenemos unos monopolios y unos megaricos que se benefician de las utilidades de las empresas que compraron casi por nada, Slim en México es la prueba viviente de eso, pero hay casos de esos desde Argentina hasta el mismo México.

La ilusión del milagro sólo fue para unos cuantos. Las empresas privadas se adueñaron de los servicios de salud y pensiones, primera exportación del modelo chileno a otros países, estos prometían unos servicios eficientes y rendimientos para pensión nunca vistos y vino el acontecimiento en Chile para mostrarnos dicha ilusión.

Que el milagro chileno como modelo del capitalismo neoliberal no sea un milagro sino una ilusión ideológica no significa que no haya milagros como los menciona Badiou, acontecimientos. Lo pasado en octubre de 2019 emergió por las condiciones negadas en Chile, por ese encanto neoliberal, y en octubre después que esas muchachas saltaran las barreras de acceso para no pagar es que se cae el ese encanto ilusorio del capitalismo neoliberal chileno. En Colombia fueron varios los anuncios que hacían caer el telón que velaba la situación chilena desde el experimento neoliberal en Chile con la dictadura de Pinochet y el auspicio de los gobiernos de Estados Unidos. El 30 de octubre de 2019 el principal diario de Colombia “El Tiempo” en un artículo titula: “La explosión de Chile: ¿cambio de modelo luego de tres décadas?” (Caballero, 2019). Aunque el Tiempo comenzaba a contar desde 1989 cuando ganó Patricio Aylwin la presidencia, y no cuenta desde 1973. A pesar de eso en Colombia se comenzaba a caer el modelo a seguir como lo dice un blog del segundo diario más leído en Colombia: “El Espectador” un diario virtual colombiano: “Chile un modelo a evitar, no a seguir” (Martínez, 2019). La noticia que el modelo chileno iba cayendo era importante en Colombia, ya que dicho modelo había sido el ideal para los gobernantes y tecnócratas colombianos, era el más cercano por su condición de latinoamericano para mostrar las maravillas del neoliberalismo, además hablaba español. En un medio digital muy leído en Colombia se colocaba este titular también en octubre de 2019: “El modelo que Colombia le copió a Chile que terminó reventándose” (Rodríguez, 2019).

Žižek en su libro “*El espinoso sujeto*” nos dice retomando a Badiou que un acontecimiento se convierte después en un acontecimiento verdad después del hecho, octubre de 2019 en Chile ocurrió un acontecimiento verdad. En ese mismo texto el filósofo esloveno nos dice que existe una diferencia entre el acontecimiento y su nominación, el primero el lo coloca como el objeto a lacaniano, mientras que “la dominación es el nuevo significante que establece lo que Rimabud denominó “nuevo orden” (Žižek, 2001, p.151.152).

Así que lo ocurrido en octubre de 2019 fue un acontecimiento, ese arder ha nominado el comienzo de otro orden

diferente al modelo o el milagro chileno, ese nuevo orden ahora la apuesta es sostenerlo, ese nuevo orden es el famoso “renacer”.

## Referencias

- Baeza, A. (2019). Piñera asegura que ‘en medio de esta América Latina convulsionada, Chile es un verdadero oasis con una democracia estable. *latercera*. Recuperado: <https://www.latercera.com/politica/noticia/pinera-asegura-medio-esta-america-latina-convulsionada-chile-verdadero-oasis-una-democracia-estable/851913/>
- Badiou, Alain (1999). *El seryelacontecimiento*. Buenos Aires: Manantial
- Caballero, C. (2019, 30 de octubre). La explosión de Chile: ¿cambio de modelo luego de tres décadas?. *eltiempo.com*. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/mundo/latinoamerica/debe-cambiar-el-modelo-economico-de-chile-429084>
- Martínez, O. (2019, 28 de octubre). Chile un modelo a evitar, no a seguir. *blogs.elespetador.com*. Recuperado de: <https://blogs.elspectador.com/economia/el-mal-economista/chile-modelo-evitar-no-seguir>
- Rodríguez, F. (2019 octubre 19). El modelo que Colombia le copió a Chile que terminó reventándose. *lasdosorillas.com*. Recuperado de: <https://www.las2orillas.co/el-modelo-que-colombia-le-copio-a-chile-que-hizo-agua/>
- Roura, A. (2019, 29 de octubre). Protestas en Chile: las grietas del modelo económico chileno que las manifestaciones dejaron al descubierto. *bbc.com*. Recuperado de: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-50208871>
- Santa Cruz, L. (2000). Conversaciones con la libertad, Santiago de Chile. El Mercurio -Aguilar.
- Žižek, S. (2014). *Acontecimiento*. Madrid: Sexto Piso.
- Žižek, S. (2001). El espinoso sujeto. *El centro ausente de la ontología política*. Buenos Aires: Paidós



# CHILE. HACIA UN NUEVO SIGNIFICANTE

Nicol A. Barria-Asenjo y Slavoj Žižek

## **Introducción**

Recientemente, dos acontecimientos que mostraron un destello de esperanza ocurrieron en estos tiempos deprimidos: las elecciones en Bolivia y el referéndum APRUEBO en Chile. (El 25 de octubre de 2020, se pidió a los votantes que eligieran entre «apruebo» -aprobando cambios de la constitución chilena en dirección de más justicia social y libertades y «rechazo» -rechazando este cambio.) En ambos casos, tenemos una rara superposición de democracia «formal» (elecciones libres) con una voluntad popular sustancial. Bolivia y Chile demostraron que, a pesar de todas las manipulaciones ideológicas, incluso la llamada «democracia burguesa» a veces puede funcionar. Sin embargo, hoy en día, la democracia liberal está llegando a sus límites: para funcionar, tiene que ser complementada con... ¿Qué?

Algo muy interesante está surgiendo en Francia como una reacción a la desconfianza masiva en las instituciones estatales: un renacimiento de las asambleas ciudadanas locales practicadas por primera vez por los antiguos griegos:

«ya en el año 621 a. C., la ecclesia, o asamblea popular de la antigua Atenas era un foro en

el que cualquier ciudadano masculino, independientemente de la clase, podía participar. Ahora, con una crisis económica y social inducida por la pandemia, esta antigua herramienta democrática se está actualizando para el siglo XXI. Pueblos, ciudades y regiones de toda Francia recurren cada vez más a sus ciudadanos para ayudarles a orientarlos hacia un futuro más igualitario».

Estos foros no están organizados por aparatos estatales locales; son autoorganizadas por miembros activos de comunidades locales fuera del estado e implican un fuerte elemento de oportunidad, de azar. El número de delegados seleccionados aleatoriamente es 150. Encontramos un

procedimiento vagamente similar en Chile después de la victoria del referéndum APRUEBO, donde 155 personas, seleccionadas fuera de las fuerzas políticas institucionales, trabajarán en el borrador de una nueva constitución.

### **Después de la victoria, la verdadera lucha**

Mark Twain supuestamente dijo: «Si votar hiciera alguna diferencia, no nos dejarían hacerlo». No hay pruebas de que realmente dijo o escribió esto; el origen más probable de la frase es una columna del periódico de 1976 de Robert S. Borden en *The Lowell Sun*. Escribiendo sobre el sistema electoral estadounidense, Burden señaló: «¿Nuca se les ocurrió a los editores que las actitudes de los 70 millones de los proyectados no votantes pueden ser muy consistentes con la realidad de que el concepto de votar y elegir representantes es básicamente deshonesto y fraudulento? ¿Si votar podría cambiar algo, sería ilegal!» Sin embargo, esta afirmación se le atribuye a Twain por buenas razones. Refleja fielmente su postura: aunque Twain era un defensor del derecho de voto de todos (mujeres incluidas) y pedía a la gente que votara, era profundamente escéptico sobre las maquinaciones que impiden a la mayoría expresar su voluntad. Por lo tanto, uno debe aceptar la tesis citada en principio, como universalmente válida, pero uno debe basar esta universalidad en una excepción. De vez en cuando, hay elecciones y referendos que SÍ importan. Si bien estas elecciones son las únicas que merecen ser caracterizadas como «democráticas», son, por lo general, experimentados como un signo de inestabilidad, como un indicio de que la democracia está en peligro.

El golpe de enero contra el régimen de Morales en Bolivia se legitimó como un regreso a la «normalidad» parlamentaria contra el peligro «totalitario» de que Morales aboliera la democracia y transformara a Bolivia en una nueva Cuba o Venezuela. La verdad es que, en la década del reinado de Morales, Bolivia estableció una nueva «normalidad» exitosa, reuniendo la movilización democrática del pueblo y un claro progreso económico. Como señaló su nuevo presidente Luche Arce, el ministro de economía de Morales, en la década del reinado de Morales, los bolivianos disfru-

taron de los mejores años de sus vidas. Fue el golpe contra Morales el que destruyó esta normalidad duramente ganada y trajo un nuevo caos y miseria, de modo que la victoria electoral de Arce significa que Bolivia no tiene que empezar de cero, sino simplemente volver al estado de las cosas antes del golpe.

En Chile, la situación es más compleja. Octubre es un mes chileno, el mes en que tienen lugar giros radicales en la historia política del país. Fue el 24 de octubre de 1970 cuando se ratificó la victoria de Salvador Allende; el 18 de octubre de 2019, amplias protestas populares -que anunciaron el fin de la normalización de Pinochet explotaron; y el 25 de octubre de 2020 (por cierto, la misma fecha de la Revolución de Octubre según el antiguo calendario ruso) tuvo lugar la victoria de APRUEBO, trayendo consigo la disolución de los significantes represivos, construidos sobre la impunidad de los crímenes y violaciones de los derechos humanos. Octubre es, por lo tanto, no sólo otro mes en el calendario chileno; está profundamente asociado con las rupturas históricas y simbólicas que el pueblo decidió lograr.

Aunque respetaba todas las reglas democráticas formales, Allende aplicaba una serie de medidas que eran percibidas como demasiado «radicales» por la clase dominante; con el apoyo activo de los Estados Unidos, la clase dominante organizó una serie de sabotajes económicos, y cuando incluso esto no disminuyó el apoyo popular a Allende, su gobierno fue derrocado por un golpe de estado militar el 11 de septiembre de 1973 (la VERDADERA catástrofe del 9-11). Después de 4 años de dictadura militar, en 1977, la creación de la Constitución Política de Chile fue confiada a la Comisión de Estudios de la Nueva Constitución formada por un grupo de 12 personas nombradas por la Junta Militar. El proyecto elaborado por este grupo fue modificado por el Consejo de Estado, también designado por la Junta, y finalmente por el propio General Pinochet. El objetivo de este documento era garantizar la supervivencia del modelo que se estaba aplicando en el país, dejando suspendida la capacidad de libertad futura con respecto a las decisiones económicas que podrían amenazar ese modelo.

Pinochet formuló así su propia normalización «democrática» con la nueva constitución, que aseguró los privilegios de los ricos dentro de un orden neoliberal. Las protestas que explotaron en octubre de 2019 son una prueba de que la democratización de Pinochet fue falsa, como toda democracia tolerada o incluso promovida por un poder dictatorial. El movimiento APRUEBO, que surgió de estas protestas, se centró sabiamente en cambiar la constitución: dejó claro a la mayoría de los chilenos que la normalización democrática coordinada por Pinochet era una continuación del régimen de Pinochet por otros medios. Las fuerzas de Pinochet permanecieron en el fondo como «estado profundo», asegurándose de que el juego democrático no se quedó sin control. Ahora, que la ilusión de la normalización de Pinochet está rota, Chile no tiene un orden establecido al cual volver, por lo que tendrá que construir cuidadosamente una nueva normalidad, para la cual ni siquiera los gloriosos años de Allende pueden servir realmente como modelo.

Hay peligros en este camino. La victoria electoral es sólo el comienzo: el verdadero trabajo duro comienza al día siguiente, cuando el entusiasmo ha terminado y la nueva normalidad de un mundo postcapitalista tiene que ser construida pacientemente. En cierto modo, esta lucha será más difícil que las protestas y la campaña para APRUEBO. La campaña tenía un enemigo claro y sólo tenía que articular la justicia y la miseria causada por ese enemigo, con los objetivos emancipatorios en una abstracción cómoda: dignidad, justicia social y económica, etc. Ahora, APRUEBO tiene que poner en práctica su programa, traducirlo en una serie de medidas concretas, y esto sacará a la luz todas las diferencias internas que se ignoran en la solidaridad extática del pueblo.

Ya están apareciendo amenazas al proceso emancipatorio. Como era de esperar, algunos de la derecha tratan de apropiarse del discurso de la socialdemocracia contra los «extremistas» de APRUEBO. Dentro de la propia APRUEBO, hay señales de un conflicto entre aquellos que quieren permanecer dentro de la democracia representativa tradicional y aquellos que quieren una movilización social más

radical. La salida de este aprieto no es quedarse atascado en aburridos debates «de principios», sino ponerse a trabajar, elaborando y aplicando diferentes proyectos. Daniel Jadue es la persona adecuada para coordinar estos esfuerzos, también con respecto a sus logros como alcalde de Recoleta. El gran éxito del grupo chileno Los Prisioneros, «El baile de los que sobran», se convirtió en un símbolo musical de los manifestantes que ocupan las calles. Ahora, Chile necesita el arduo trabajo de los que sobran. Si esto no sucede, el antiguo régimen sobrevivirá con una nueva máscara socialdemócrata, y la tragedia de 1973 (el golpe contra Allende) se repetirá como una farsa cínica posmoderna.

Es demasiado arriesgado predecir cómo terminará la lucha. El principal obstáculo no es el legado de Pinochet como tal, sino el legado de la apertura gradual (falsa) de su régimen dictatorial. Especialmente a lo largo de la década de 1990, la sociedad chilena sufrió lo que podríamos llamar una rápida post-modernización: una explosión de hedonismo consumista, permisividad sexual superficial, individualismo competitivo, etc. Los que estaban en el poder se dieron cuenta de que ese espacio social atomizado es mucho más eficaz que la opresión directa del Estado contra proyectos radicales de izquierda que dependen de la solidaridad social. Las clases siguen existiendo «en sí mismas» pero no «por sí mismas»; veo a otros de mi clase más como competidores que como miembros de un mismo grupo con intereses comunes. La opresión directa del Estado tiende a unir a la oposición y promover formas organizadas de resistencia, mientras que en las sociedades «posmodernas» incluso la insatisfacción extrema asume la forma de revueltas caóticas que pronto se queda sin aliento, incapaces de alcanzar la etapa «leninista» de una fuerza organizada con un programa claro (1).

Lo que da cierta esperanza en Chile son las características específicas de los cambios. Basta con mencionar sólo dos. El primero es el fuerte compromiso político de los psicoanalistas, predominantemente lacanianos, de la izquierda: jugaron un papel importante ya en las protestas que estallaron en octubre de 2019, así como en la organización que condujo a la victoria de APRUEBO en el referéndum. En se-

gundo lugar, en Chile (como en otros países como Bolivia, pero a diferencia de Brasil), el nuevo populismo de derecha no ha logrado capturar: la movilización popular tiene un claro carácter de izquierda. Surge una pregunta: ¿están conectadas estas dos características de alguna manera?

### **Psicoanálisis, Ética, Política**

¿Qué lugar ocupa el psicoanálisis con respecto a los cambios sociales radicales? Ocupa principalmente un lugar liberal «moderado» y se preocupa por las trampas de un proceso emancipatorio radical. Lacan ofrece un caso ejemplar en este sentido. Demostró claramente que el antagonismo básico de nuestra vida psíquica no es el que existe entre el egoísmo y el altruismo, sino entre el dominio del Bien en todas sus formas y el dominio más allá del principio del placer en todas sus formas (el exceso del Amor, de la pulsión de muerte, de la envidia, del Deber...).

En términos filosóficos, este antagonismo puede ser mejor ejemplificado por los nombres de Aristóteles y Kant. La ética de Aristóteles es la ética del Bien, la ética de la moderación, de la medida adecuada, dirigida contra los excesos, mientras que la ética de Kant es la ética del deber incondicional, encomendándonos a actuar más allá de toda medida adecuada, incluso si nuestros actos conducen a una catástrofe. ¡No es de extrañar que muchos críticos encuentren el rigorismo de Kant demasiado “fanático”, y no es de extrañar que Lacan discerniera en el comando ético incondicional Kantiano la primera formulación de su propia ética de fidelidad al propio deseo!

Cualquier ética del Bien es en última instancia una ética de bienes, de algo que puede dividirse, distribuirse, intercambiarse (por otros bienes). Esta es la razón por la que Lacan, era profundamente escéptico sobre la noción de justicia distributiva: se mantiene en el nivel de la distribución de bienes y no puede lidiar ni siquiera con la paradoja relativamente simple de la envidia. ¿Qué pasa si prefiero conseguir menos, siempre que mi vecino obtenga incluso menos que yo (y esta conciencia de que mi vecino es aún más deprivado me da un plus de placer)? Es por ello que el igualitarismo en sí mismo nunca debe ser aceptado en el valor nominal:

la noción (y la práctica) de justicia igualitaria, en la medida en que está sostenido por la envidia, se basa en la inversión de la renuncia estándar lograda para beneficiar a los demás: 'Estoy dispuesto a renunciar a ella, ¡para que otros (tampoco) NO (puedan) tenerla!' Lejos de oponerse al espíritu de sacrificio, el mal aquí emerge como el mismo espíritu de sacrificio, dispuesto a ignorar el propio bienestar, si, por mi sacrificio, puedo privar al Otro de su goce...

Esto, sin embargo, no funciona como un argumento general contra todos los proyectos de emancipación igualitaria, sino sólo contra los proyectos que se centran en la redistribución. Nunca debemos olvidar que la justicia distributiva es una noción de la izquierda-liberal (o socialdemocrática). Se permanece dentro del orden capitalista de producción como el «único que realmente funciona»; sólo se trata de corregir el desequilibrio de la riqueza gravando fuertemente a los ricos, etc. Nuestro objetivo de hoy debería ser más radical: a medida que se está aclarando cada vez más por las crisis en curso (la pandemia Covid-19, el calentamiento global, los incendios forestales y otros), que el orden capitalista global está llegando a su límite, amenazando con arrastrar a toda la humanidad al abismo de la autodestrucción.

Una vez que nos damos cuenta de esto, el cínico conservadurismo liberal defendido por Jacques-Alain Miller ya no funciona. Miller apoya la vieja «sabiduría» conservadora de que, para mantener la estabilidad, uno tiene que respetar y seguir las rutinas establecidas por elección lo que es «siempre arbitrario y autoritario.' No hay progresismo que se mantenga, sino más bien un tipo particular de hedonismo llamado «liberalismo del goce». Uno tiene que mantener intacta la rutina de la cité, sus leyes y tradiciones, y aceptar que es necesario una especie de oscurantismo para mantener el orden social. «Hay preguntas que uno no debe hacer. Si le pones la espalda a la tortuga social, nunca lograrás ponerla de pie» (2).

No se puede sino señalar que Chile en la década «permissiva» de los 90's ofrece un caso perfecto de ese «liberalismo del goce» que mantiene intacta la rutina de la cité. Y, de hecho, Miller detalla sin temor las implicaciones políticas de

su noción de psicoanalista que «ocupa la posición de un irónico, que se encarga de no intervenir en el campo político. Actúa para que los semblantes permanezcan en su lugar mientras se asegura de que los sujetos bajo su cuidado no los tomen comoreales... uno debería de alguna manera dejarse tomar para permanecer acogido por ellos (engañado por ellos).» (3)

En relación con la política, entonces, un psicoanalista «no propone proyectos, no puede proponerlos, sólo puede burlarse de los proyectos de otros, lo que limita el alcance de sus declaraciones. El irónico no tiene un gran proyecto, es,,c<pera a que el otro hable primero y luego produce su caída lo más rápido posible... Digamos que esto es sabiduría política, nada más» (4).

Esto, una vez más, encaja perfectamente con una sociedad posmoderna, donde los que están en el poder tienen cosas más importantes que hacer que «proponer proyectos». Es la izquierda impotente (o la extrema derecha) la que «propone proyectos», y los psicoanalistas cínicos están aquí para advertir de los peligros de tales proyectos... Pero ¿qué hacer cuando la tortuga (de nuestro orden social) ya está de espaldas, tan herida que no hay manera de volver a ponerla de pie?

No hay tiempo para advertencias de no perturbar las apariencias; ¡las apariencias se están destruyendo a sí mismas! ¿Acaso un autoproclamado cristiano conservador Donald Trump no hizo más para perturbar las apariencias que toda la izquierda que se oponía a él? En esos momentos, cuando el orden social está en desorden, los teóricos psicoanalíticos tienden a promover otro tipo de advertencia: no confíen en los revolucionarios que prometen llevarnos fuera de la catástrofe hacia un nuevo orden más justo.

Esto parece encajar bien con la postura psicoanalítica general según la cual incluso nuestros actos más nobles ocultan una motivación libidinal narcisista, masoquista, etc. Jacqueline Rose recuerda la fantasía de Freud sobre cómo surgió la tiranía cuando la humanidad primitiva fue golpeada por el horror de la Edad de Hielo:

«La respuesta del hombre a una restricción tan brutal de su pulsión fue la histeria: los orígenes de la conversión his-



térica en tiempos modernos en los que la libido es un peligro que hay que subsumir. El hombre también se convirtió en un tirano, otorgándose a sí mismo un dominio desenfrenado como recompensa por su poder para salvaguardar las vidas de muchos: 'El lenguaje era magia para él, sus pensamientos le parecían omnipotentes, entendía el mundo según su ego'. Me encanta esto. La tiranía es el compañero silencioso de la catástrofe, como se ha demostrado tan flagrantemente en el comportamiento de los gobernantes de varias naciones en todo el mundo hoy en día, entre ellos el próximo ex presidente de los Estados Unidos, Donald Trump»5.

Rose saca una conclusión general aquí: desde la Edad de Hielo hasta las calamidades reales y futuras de hoy (la pandemia, el calentamiento global, el invierno nuclear después de una nueva guerra global), la reacción predominante a la catástrofe es el aumento de la tiranía en una u otra forma. Una calamidad global saca lo peor de la naturaleza humana:

«Hoy, en medio de una pandemia aparentemente sin fin, hay llamamientos a nuevas formas de solidaridad en la vida y en la muerte, y a una nueva conciencia política inclusiva. Sin embargo, ¿cómo encontrar un lugar en esta nueva realidad para los aspectos más oscuros del ser humano que, como los girasoles al revés, permanecen en el centro del proyecto inacabado del psicoanálisis? Ya que, con la mejor voluntad del mundo, cualquier movimiento que hagamos en esa dirección resulte a largo plazo un gesto vacío»6.

Si bien hay una verdad sustancial en esta línea de pensamiento, no sólo se deben añadir detalles que cuenten una historia diferente (Trump no es una consecuencia de la catástrofe;

la pandemia fue más bien la razón principal de su caída), sino revelar una otra cara mucho más básica de la moneda. La lección del psicoanálisis no es sólo una advertencia contra la ingenuidad emancipadora y sobre las fuerzas destructivas profundas en la naturaleza humana (el comunismo soviético se convirtió en estalinismo, etc.). Las dos guerras mundiales también movilizaron a la izquierda radical y dieron a luz a revoluciones: después de la Segunda Gue-

rra Mundial, el estado de bienestar socialdemócrata entró en su edad de oro. Sólo recuerden el shock de Churchill, la figura de la autoridad en el Reino Unido que lo llevó a la victoria, perdiendo las elecciones a principios de 1945 y siendo reemplazado por Clement Attlee, un líder mucho menos carismático pero eficaz del Partido Laborista que era, medido por los estándares actuales, muy radical.

¿No es Chile una prueba de cómo la combinación de calamidades (protestas que comenzaron en octubre de 2019, Covid-19...) puede conducir a una movilización popula

extraordinaria? La pandemia, así como la forma en que fue explotada por el Estado para aplastar las protestas populares, fue un factor crucial en el ascenso de APRUEBO. La frase cliché de que las calamidades traen lo peor y lo mejor de nosotros parece aquí más cercana a la verdad.

Freud mismo era plenamente consciente de esto cuando elaboró la compleja interacción entre Yo, Superyó y Ello (a la que se debe añadir el Ideal diferente del Yo y la ley moral como diferente del Superyó). Su punto de partida es el extraño fenómeno del «sentimiento inconsciente de culpa» que «nos plantea nuevos enigmas, en particular a medida que vamos coligiendo que un sentimiento inconsciente de culpa de esa clase desempeña un papel económico decisivo en un gran número de neurosis y levanta los más poderosos obstáculos en el camino de la curación. Si queremos volver a adoptar el punto de vista de nuestra escala de valores, tendríamos que decir: no solo lo más profundo sino también lo más alto en el yo puede ser inconsciente»7.

O, como dice más adelante en el mismo texto: «Si alguien presentara la paradójica proposición de que el hombre normal no sólo es mucho más inmoral de lo que cree, sino mucho más moral de lo que sabe. El psicoanálisis, sobre cuyas conclusiones se basa la primera mitad de la afirmación, no tendría ninguna objeción a plantear en contra de la segunda mitad»8. (Uno debe tener en cuenta aquí el uso de la oposición entre la creencia y el conocimiento: un hombre normal es más inmoral de lo que cree y más moral de lo que sabe.) No es que Superyó sea el agente de la moralidad, y el Ello —el reservorio de la pulsión oscura y «maligna», pero tampoco es que Superyó representa la opre-

sión social internalizada y el Ello, la pulsión que debe ser liberada. Freud siempre insistió en el oscuro vínculo oculto entre Superyó y el Ello: la presión insoportable del Superyó sostenida por la energía del Ello, además de que también podemos ser más morales de lo que sabemos. Imaginen a un individuo típico posmoderno permisivo que se percibe a sí mismo como un egoísta tolerante que busca todo tipo de placeres: una mirada más cercana revela rápidamente que su actividad está regulada por tabúes y prohibiciones de las que no tiene idea.

Sin embargo, esta moral inconsciente no está limitada a inhibiciones patológicas, de las cuales mi Yo no es consciente; también incluye milagros éticos, como la resistencia a cometer un acto que considero inaceptable, incluso si pago el precio final de mi negativa.

Piensen en Antígona y recuerden, también, que Lacan, en su lectura de su figura, NO hace lo que uno esperaría de un analista (buscando alguna fijación patológica, rasgos de deseo incestuoso, etc.) Más bien, trata de salvar la pureza ética de su NO a Creonte. O piensen en un mandamiento irreprimible que uno siente a hacer algo suicida y heroico: uno lo hace simplemente porque no se puede hacer (arriesgar la vida en protestas públicas, unirse a la resistencia contra una dictadura u ocupación, ayudar a otros en catástrofes naturales).

Aquí, una vez más, uno debe resistir la evidente tentación pseudo-psicoanalítica de buscar alguna motivación patológica «más profunda» que explicaría tales actos, por ejemplo, una combinación de la pulsión de muerte con el narcisismo. Consideren, por ejemplo, miles de trabajadores de la salud mal pagos que ayudan a los infectados, conscientes de que están arriesgando sus vidas, y de voluntarios que ofrecen su ayuda. Son mucho más numerosos que aquellos que se han sometido a tiranos brutales. Esta es también la razón por la que Lacan afirma que el estatus del inconsciente freudiano es ético: para Lacan, la ley moral de Kant es el deseo en su estado más puro.

## **La lucha por la hegemonía**

Entonces, ¿qué puede decirnos el psicoanálisis sobre la victoria de APRUEBO en Chile? En lugar de un sondeo pseudo-freudiano en las profundidades inconscientes de una nación, sería productivo comenzar con la noción de Lacan del Significante Amo y aplicarla al espacio de la ideología. Comencemos con una comparación entre Chile y los Estados Unidos.

Una de las malas sorpresas de las elecciones presidenciales estadounidenses fue cuántos votos ganó Trump también fuera de lo que la gente considera su circunscripción, entre negros, latinos, incluso los pobres y muchas mujeres, además de cuántos votos ganó Biden entre los viejos blancos que se suponía que votaban en un bloque mucho más grande por Trump. Esta reversión inesperada demuestra que los republicanos ahora, en todo caso, son más un partido de clase trabajadora que los demócratas, y que la división casi simétrica 50/50 del cuerpo político estadounidense no refleja directamente una división de clases, sino que es el resultado de toda una serie de mitos y desplazamientos ideológicos. Los demócratas son mucho más fuertes que los republicanos entre el nuevo capital «digital» (Microsoft, Amazon...), y también son discretamente apoyados por los grandes bancos, mientras que muchos de los empobrecidos en las partes más pobres de los Estados Unidos apoyan el populismo republicano. El resultado es que en la segunda quincena de noviembre de 2020 podemos leer informes serios de los medios de comunicación con títulos como este: «¿Puede Trump realmente escenificar un golpe de Estado y permanecer en el cargo para un segundo mandato?»<sup>10</sup>. Antes de la era de Trump, tales títulos estaban reservados para los informes de los llamados estados delincuentes en el Tercer Mundo. Y, obviamente, Estados Unidos tiene el honor de convertirse en el primer estado delincuente del Primer Mundo.

En marcado contraste con esta clara división 50/50, el referéndum victorioso de APRUEBO en Chile obtuvo nada menos que el 78,27% del total de votos en contra de RECHAZO, que obtuvo sólo el 21,73% del total de votos. Lo que es crucial es que esta enorme brecha de voto es direc-

tamente proporcional a la concentración y distribución de riqueza y privilegios, con un grupo mucho más pequeño de la población siendo parte de la élite (la opción «Rechazo») y un grupo mayoritario siendo consciente de esta desigualdad social e injusticia (la opción «Aprobación»). Por lo tanto, Chile es único no por alguna particularidad exótica, sino, precisamente, porque hace directamente visible la lucha de clases, que es ofuscada y desplazada en los Estados Unidos y en otros lugares. La singularidad (excepción) de Chile reside en la universalidad misma de su situación.

Pero aquí debemos evitar la ilusión de que la disposición de los votos en Chile era más «natural», reflejando fielmente las divisiones de clases predominantes, mientras que en los Estados Unidos el escrutinio electoral no «refleja» fielmente la división de clases, sino que está distorsionado por manipulaciones ideológicas. No hay nada «natural» en la lucha política e ideológica por la hegemonía. TODA hegemonía es el resultado de una lucha, cuyo resultado está abierto. La victoria de APRUEBO en Chile no sólo demuestra la ausencia de manipulaciones ideológicas, de modo que la distribución de los votos podría reflejar «fielmente» la división de clases; APRUEBO ganó gracias a una larga y activa lucha por la hegemonía ideológica.

En este contexto, debemos utilizar la teoría de Ernesto Laclau de la lucha por la hegemonía ideológica, que es en última instancia la lucha por los Significantes Amos, no sólo qué Significante Amo predominará, sino también cómo este Significante Amo organizará todo el espacio político<sup>11</sup>. Tomemos el ejemplo obvio: la ecología, la lucha contra el calentamiento global y la contaminación. Con la excepción de los negadores (cada vez más raros), casi todo el mundo está de acuerdo en que la crisis ecológica es uno de los temas centrales de hoy, que representa una amenaza para nuestra propia supervivencia. La lucha gira en torno a lo que Laclau llamó «cadena de equivalencias»: ¿a qué otros significantes (temas de lucha ideólogo-político) estarán vinculados la «ecología»? Tenemos ecología estatal (sólo un estado fuerte puede hacer frente al calentamiento global), ecología capitalista (sólo mecanismos de mercado – impuestos más altos sobre los productos que contaminan nuestro medio am-

biente son la salida), ecología anticapitalista (la dinámica de la expansión capitalista es la principal causa de nuestra explotación despiadada de la naturaleza), ecología autoritaria (la gente común no puede entender la complejidad de la crisis ecológica; tenemos que confiar en un fuerte poder estatal apoyado por la ciencia), la ecología feminista (la causa última de nuestros problemas es el poder social de los hombres que son más agresivos y explotadores), la ecología conservadora (necesitamos volver a un modo de vida tradicional más equilibrado), etc. La lucha por la hegemonía no es sólo la lucha por aceptar la ecología como un problema serio, sino mucho más la lucha por lo que significará esta palabra, cómo se vinculará a otras nociones, incluyendo la ciencia, el feminismo, el capitalismo...

La imposición de un nuevo Significante Amo es, por regla general, experimentada como «encontrar el nombre correcto» para lo que estamos tratando de entender. Sin embargo, este acto de «encontrar» es productivo; establece un nuevo campo simbólico. En Chile, el Significante Amo de las protestas en curso y del movimiento APRUEBO es «dignidad». Chile no es una excepción aquí: a pesar de la pobreza, el hambre y la violencia, a pesar de la explotación económica, las protestas que están explotando de Turquía y Bielorrusia a Francia evocan regularmente la dignidad. Una vez más, no hay nada específicamente de izquierda o incluso emancipador en «dignidad». Si uno se lo preguntara a Pinochet, sin duda celebraría la dignidad, aunque incluyéndola en una «cadena de equivalencias» diferente a lo largo de la línea patriótico-militar: su golpe de Estado de 1973 salvó la dignidad de Chile de una amenaza totalitaria-izquierdista. Para los partidarios de APRUEBO, por el contrario, la «dignidad» está vinculada a la justicia social que disminuirá la pobreza, la atención sanitaria universal, las libertades personales y sociales garantizadas, etc. Lo mismo ocurre con la «justicia»: Pinochet sin duda abogaría por la justicia, pero su tipo de justicia, no la justicia económica igualitaria. «Justicia» habría significado que todo el mundo, especialmente los de abajo, debe conocer su lugar adecuado... Una de las razones del triunfo de APRUEBO fue que ganaron la lucha por la hegemonía, de modo que, si ahora

se mencionan «dignidad» y «justicia» en Chile, significan lo que APRUEBO representa.

Esto, por supuesto, no implica que las luchas políticas o económicas puedan reducirse a conflictos discursivos. Lo que implica es que el nivel del discurso tiene su propia lógica autónoma, no sólo en el sentido de que los intereses económicos no pueden traducirse directamente en un espacio simbólico, sino en un sentido más radical: cómo se perciben los intereses económicos y sociales ya está mediado por procesos discursivos. Un ejemplo simple: cuando un país se muere de hambre, el hambre es un hecho. Pero lo que importa es cómo se experimenta este hecho. ¿Su causa se atribuye a los financistas judíos? ¿Se percibe como un hecho de la naturaleza (mal tiempo), o como un efecto de explotación de clase? Otro ejemplo: sólo después del auge del feminismo estaba el papel subordinado de las mujeres en sus familias y su exclusión de la vida social percibida como una injusticia. Antes de ese momento, estar casado con un marido amoroso y bien previsto era considerado una gran suerte. El primer paso del feminismo no es un paso directo hacia la justicia, sino la conciencia de las mujeres de que su situación es injusta. De manera homóloga, los trabajadores no protestan cuando viven en la pobreza; protestan cuando experimentan su pobreza como una injusticia, de la cual la clase dominante, así como el Estado, son responsables.

Aquellos que están dispuestos a descartar estas consideraciones como un paso hacia el «idealismo discursivo» deben recordar cómo Lenin estaba obsesionado con los detalles en los programas políticos, enfatizando que «cada pequeña diferencia puede convertirse en una gran si se insiste en ella»<sup>12</sup>, y cómo una palabra (o su ausencia) en un programa puede cambiar el destino de una revolución. Estas palabras no son grandes ideas programáticas centrales; dependen de una situación concreta:

«Toda pregunta «corre en un círculo vicioso» porque la vida política en su conjunto es una cadena interminable que consiste en un número infinito de eslabones. Todo el arte de la política radica en encontrar y tomar tan firme como podamos el eslabón menos probable de ser arreba-

tado de nuestras manos, el que es más importante en el momento dado, el que más garantiza a su poseedor la posesión de toda la cadena»

Recuerden que, en 1917, el lema de Lenin para la revolución no era la «revolución socialista», sino la «tierra y la paz», el deseo de las grandes masas de poseer la tierra en la que estaban trabajando y ver el final de la guerra. La historia no es un desarrollo «objetivo», sino un proceso dialéctico en el que lo que «realmente continúa» está inextricablemente mediado por su simbolización ideológica. Esta es la razón por la que, como Walter Benjamin señaló repetidamente, la historia cambia el pasado, es decir, cambia la forma en que este pasado está presente hoy, como parte de nuestra memoria histórica.

Imaginemos que la renormalización de Pinochet se mantuvo en su lugar y que las protestas que comenzaron en octubre de 2019 fueron rápidamente reprimidas. Imaginemos además que, en este proceso de falsa normalización, la figura del propio Pinochet fue descartada y su golpe de Estado condenado. Tal gesto de saldar las cuentas con el pasado habría significado el triunfo final del legado de Pinochet: este legado habría sobrevivido en la constitución que fundan el orden social existente. Su dictadura se habría reducido a una breve interrupción violenta entre dos períodos de normalidad democrática. Pero esto no sucedió, y lo que ocurrió en Chile en 2019-2020 cambió la historia: una nueva narrativa del pasado se impuso, una narrativa que «desnormalizó» la democracia post-Pinochet como continuación de su gobierno por medios democráticos.

Hay una expresión maravillosa en serbio: «Ne bije al' ubija u pojam. /No golpea, pero mata

en la noción. /" La expresión se refiere a alguien que, en lugar de destruirte con violencia directa, te bombardea con actos que socavan tu autoestima, para que termines humillado, privado del núcleo («noción») de tu ser. «Matar en una noción» es una expresión espontáneamente hegeliana: describe lo contrario de la destrucción real (de tu realidad empírica), en la que tu «noción» sobrevive de una manera elevada (como matar a un enemigo de tal manera que el enemigo sobrevive en la mente de miles como hé-



roe). En resumen, describe un gesto de anti-Aufhebung: lo que sobrevive es su contingente realidad empírica privada de su noción. Así es como uno debe proceder con Hitler y el nazismo: no para «sublimarlos» (para deshacerse de sus «excesos» y salvar el núcleo cuerdo del proyecto) sino para matarlos en su noción, para destruir esta misma noción. Y es lo mismo con Trump y su legado: la verdadera tarea no es sólo derrotarlo (abriendo la posibilidad de que regrese en 2024), sino «matarlo en su noción», para hacerlo visible en toda su vanidad e incoherencia sin valor. Una vez más, en Hegeliano, matarlo en su noción significa llevarlo a su noción, es decir, destruirlo inmanentemente, permitirle destruirse a sí mismo con la forma de hacer que aparezca como lo que es.

Para matar un movimiento en su noción, se necesitan nuevos significantes. El ensayo de Gabriel Tupinamba «Vers un Signifiant Nouveau: Our Task after Lacan» aborda precisamente este problema. «Hacia un nuevo significante» es la expresión que Lacan utilizó en su seminario dado el 15 de marzo de 1977<sup>15</sup>, en los años posteriores a disolver su escuela, admitiendo el (y su propio) fracaso. A nivel de la teoría, esta búsqueda de un nuevo significante indica que trató desesperadamente de ir más allá del tema central de su enseñanza en la década de 1960, la obsesión con lo Real, un núcleo traumático/imposible de goce que elude toda simbolización y sólo puede ser confrontado brevemente en un auténtico acto de fuerza ciega. Lacan ya no está satisfecho con tal encuentro de un agujero central o imposibilidad como la experiencia humana última: ve la verdadera tarea en el movimiento que debe seguir tal experiencia, la invención de un nuevo Significante Amo, que localizará

el agujero / imposibilidad de una nueva manera. En política, esto significa que uno debe dejar atrás la falsa poesía de grandes revueltas que disuelven el orden hegemónico. La verdadera tarea es imponer un nuevo orden, y este proceso comienza con nuevos significantes. Sin nuevos significantes, no hay un cambio social real.

Este trabajo fue publicado en inglés originalmente en El Salón Filosófico. Véase:

<https://thephilosophicalsalon.com/chile-toward-a-new-signifier/>

Posteriormente fue re-publicado por Jacobin América Latina.

**Notas:**

**1** Para un análisis detallado de este tema, véase Jamadier Esteban Uribe Muñoz y Pablo Johnson, «El pasaje al acto de Telémaco: psicoanálisis y política ante el 18 de octubre chileno», para aparecer en Política y Sociedad (Madrid).

**2** Nicolas Fleury, *Le réel insensé: Introduction à la pensée de Jacques-Alain Mille*, París: Germina 2010, p. 96 (cita de J.-A. Miller).

**3** Op.cit., págs. 93–4.

**4** Jacques-Alain Miller, «La psychanalyse, la cité, les communautés», *La causa freudienne* 68 (febrero de 2008), págs. 109 a 10.

**5** Jacqueline Rose, «To Die One's Own Death», *LRB Vol. 42 No. 22*, citado de <https://www.lrb.co.uk/the-paper/v42/n22/jacqueline-rose/to-die-one-s-own-death>.

**6** Rose, op.cit.

**7** Sigmund Freud, «El Yo y el Ello», Volumen 19 Pag 29 Amorrortu Ediciones,

**8** Freud, op.cit.

**9** Véase Mike Davis, «Rio Grande Valley Republicans», en *London Review of Books*, Vol. 42 No. 22 (19 de noviembre de 2020).

**10** ¿Puede Trump realmente escenificar un golpe de Estado y permanecer en el cargo para un segundo mandato? | Noticias de EE. UU. The Guardian.

**11.** Véase Ernesto Laclau, *Emancipation(s)*, Londres: Verso Books 2007.

**12** V.I. Lenin, *Un paso adelante, Dos pasos atrás*, disponible en *Lenin: Un paso adelante, dos pasos atrás* (marxists.org)

**13** V.I. Lenin, ¿qué se debe hacer?, disponible en *Lenin: ¿Qué se debe hacer?* (marxists.org).

**14** Véase Walter Benjamin, «Theses on the Philosophy of History», en *Illuminations*, New York: Mariner Books 2019.

**15** Véase Jacques Lacan, «Vers un significatif nouveau», *Séminaire du 15.03.77*, in // *Ornicar?* 17/18.

Capítulo III.  
El disfraz de la política  
despolitizada

# 1. Cuerpos sitiados

## El sometimiento al poder entre revuelta y pandemia en Chile

Por Alberto Cecereu<sup>29</sup>

No hablaremos acá de la revuelta social y política de 2019 ni tampoco de los efectos de la pandemia. Por lo menos, no directamente. En rigor, el objetivo de este artículo es problematizar el sometimiento del cuerpo al poder simbólico y material en el contexto de la Historia reciente de Chile, con la finalidad de develar y exponer, los mecanismos de coerción, el uso del lenguaje, los dispositivos de control y la configuración de una semiótica del poder que se ejerce sobre la corporalidad.

Evaluamos que el campo de las significaciones simbólicas del poder se manifestó con fuerza en los hechos sociales y políticos de la revuelta de octubre de 2019 y se extendió hacia los efectos de la pandemia. Fue el momento en el cual la producción social de sentido sobre el cuerpo de los chilenos y chilenas materializó los modos de producción y las relaciones de producción materiales, a tal punto, que se ejerció un poder desde el uso del lenguaje, sus formas y sus símbolos. En rigor, siempre han estado, permanecido y reproducido; lo que queremos afirmar en esta ocasión, es que esas significaciones simbólicas se develaron, como sale una imagen desde su exposición a la luz.

Partamos por la idea que Chile en sí es un vacío social. No existe, por tanto, un Chile determinado por una sustancia preexistente. Para explicar. A Chile hay que ocuparlo, tanto por materialidad, como por simbolismos. De esa forma, se determina una estructura de la distribución de los

**29.** Alberto Cecereu (Valparaíso, 1986). Licenciado en Historia y Licenciado en Educación de la Universidad de Valparaíso. Ha publicado los libros de poesía: *Noticias sobre la inmanencia* (Ediciones Altazor, 2005), *Los exaltados* (Ediciones Altazor, 2016), *Los ermitaños* (Trizadura Ediciones, 2018), *El delirio* (Ediciones Filacteria, 2019). *Viajes* (Buenos Aires Poetry, 2020) y su último libro, *Mamíferos* (Ediciones Filacteria, 2021). En 2020 publicó su primer libro de crónicas, *Resistencias* (Káhuil). Es docente de la Universidad de Valparaíso.

factores que componen a la “noción de Chile”. Ello, ordena representaciones de ese espacio o posiciones de poder y luchas. Por tanto, tenemos a un Chile que es estructura de poder político tanto nominal como real, que residen en él símbolos, cuerpos, subjetividades, sueños, ideales, etc.

La idea anterior nos permite afirmar que el espacio denominado Chile es en todo momento, desde el principio relacional. Es decir, lo que conocemos como país sólo existe en razón de relaciones de poder y sobre todo, de relaciones de poder sobre los cuerpos. Pero no hablamos de esa antigua idea de que el poder reside en instituciones, en organismos u olímpos. No. El poder alcanza los cuerpos, las leyes, la cotidianidad, etc. Y vamos más allá. El poder se plasma en los sistemas de signos donde se comunican los individuos. Por ende, el poder y la coerción está incorporado en el lenguaje, en la corporalidad y en el movimiento de ese cuerpo.

### **El cuerpo disciplinado**

El 7 de octubre de 2019, se realizó la primera evasión masiva del metro, liderado por los estudiantes secundarios de Santiago. La estudiante insigne se levantó encima del torniquete y manifestó coreada con cánticos que no son 30 pesos, sino 30 años. La imagen de ella se transformó en un ícono, y el ícono se transformó en un lenguaje simbólico que demostraba en sí, que se liberaba el cuerpo de un sistema económico y social que había pervivido más allá de tres décadas.

En anteriores ensayos y artículos habíamos establecido la crisis de legitimidad del poder, y cómo esa crisis de legitimidad es a su vez una crisis del lenguaje. Es decir, el poder en sí, pierde sentido simbólico y por tanto pierde su función de otorgar identidad. En consecuencia, decimos hoy, lo simbólico en crisis expone los cuerpos, toda vez que es componente del espacio social que constituye un país. De paso, el país vuelve progresivamente hacia un vacío social.

No obstante, a ello, las estructuras políticas y sus dispositivos de coerción buscan permanentemente encontrar espacios de acción. Esa estudiante levantada en el torniquete es ícono, dijimos, pero es también sentido en sí, ya que, deleva

la crisis. El Estado, por tanto, responde. Foucault diría que *“el cuerpo constituye objetivo de intereses tan imperiosos y apremiantes; en toda sociedad, el cuerpo queda atrapado en el interior de poderes muy ceñidos que le imponen coacciones, interdicciones u obligaciones”* (Foucault 1975: 159). La estudiante es utilizada tanto como símbolo de heroísmo como símbolo de desobediencia. Ella tapa su cara, por tanto, el discurso del poder, la equivaldría a una delincuente. *El semainon*<sup>30</sup> de la palabra estudiante se transformó: ahora pasaba a ser lo equivalente a una alteridad. Una alteridad social que es posible ser manejable y sometida a la coacción.

Además del cambio del significado, el cuerpo de la estudiante y de todos los estudiantes cobraron importancia mayúscula. La autonomía del cuerpo protestante es objeto de dominación y coerción. Esto, ya que se mediatiza. Se publicita. Y no solo eso. Se vuelve público. Gastón Cingolani, es claro al afirmar que *“el cuerpo allí, es la misma vez, interfaz, referencia y soporte de la discursividad. El cuerpo, los cuerpos. Las dimensiones espacial y temporal se subsumen a su lógica, a su despliegue, casi desapareciendo debajo de él.”* (Cingolani 2018: 160)

En la línea de lo que postula Angenot que en todo momento el estado de la sociedad está penetrado hegemonícamamente por el discurso social (Angenot 1989:13), nosotros agregamos que la cacofonía redundante de los sistemas discursivos determina, señala, caracterizan los cuerpos. Evidentemente para significarlos. También para controlarlos y disciplinarlos.

*“Para poder transformar los estados del mundo hay que nombrarlos y organizarlos estructuralmente. Pero apenas nombrado, ese sistema de signos llamado cultura (que organiza también el modo como se piensan y discuten las fuerzas materiales) puede asumir un grado de independencia extrarreferencial que una teoría de los códigos debe respetar y analizar con toda su autonomía.*

*(...) El trabajo de la producción de signos desencadena fuerzas sociales y, más aún, representa una fuerza social en sí mismo. Puede producir ideología y crítica de las ideologías”* (Eco 1981: 457-471).

30. Equivalente al significado. Término acuñado por los estoicos.

A partir de lo afirmado por Eco, venimos a interpretar que el cuerpo de los protestantes de octubre de 2019 en Chile constituyó varios hitos: Una serie de producción de signos, fuerza social, fuerza de poder, objeto ideológico. Los cuerpos protestantes constituyen en sí una serie de producción de signos que vienen a conformar un sistema semántico, es decir, da una forma al mundo. Por sí mismo, reestructuran un espacio y permite la realización de juicios factuales. Esos cuerpos pasan a ser fuerza social, en tanto, que se autonomiza como ente productor de relaciones de producción. Y pasa a ser fuerza de poder y objeto ideológico, en tanto, construye su autonomía en relación con los dispositivos de represión y coerción.

En base a lo anterior los cuerpos rebeldes que nacen desde “allá arriba del torniquete” en el acto ritualístico de evadir el pago del transporte público, pasan a ser cuerpos disciplinados, siempre y en todo momento objetos de control. Los gestos, las formas de caminar, sus lentitudes, la rapidez, el baile y el hábito de la marcha, los elementos simbólicos contruidos en torno a ello, la masa y la actitud de la masa, la rebeldía orgánica, las escalas de movimientos callejeros. Todos ellos, objetos de estudio por parte de los dispositivos estatales e intelectuales, con el fin de disciplinar, obligar y coaccionar. A partir de ahí nacen dos cosas: los protocolos de las policías y el lenguaje opresivo de las mediatizaciones.

Los protocolos de las policías configuran una anatomía de la represión o una mecánica coactiva que tiene como finalidad, sistematizar y tecnificar las tácticas para dominar esos cuerpos rebeldes y protestantes. Estos protocolos obedecen a un diseño de dominación, que repiten constantemente los procesos que aplican. Incluso algunos protestantes exigen nuevos protocolos, más nunca el fin de la represión. El lenguaje, por tanto, ha sido invadido por el poder, como forma de adscripción política a la coacción, permitiendo en todo momento que el poder abarque todo. El espacio social del país es habitado por cuerpos, sí, pero por cuerpos disciplinados. El advenimiento del desarrollo de ese espacio social, llamado Chile, es a través de la concreción de protocolos que hagan armónicos los dispositivos disciplinatorios de los cuerpos.

El lenguaje opresivo de las mediatizaciones señala que los cuerpos son transformados en símbolos y colocados en el conducto de los medios de masas, con la carga de índices e íconos que son significado de la alteridad, lo extraño, lo disidente. El cuerpo es un fragmento de lo reprochable y exacrable, por tanto, los medios de masas categorizan a los cuerpos rebeldes y los señalan, aun cuando eso signifique una ruptura del medio con el nivel colectivo. El objetivo de ellos es transformarse en dispositivo de poder y en base de lo que hemos dicho acá, el lenguaje opresivo permite que el espacio social exista excluyendo a partir del mismo.

### **La pornografía del poder**

Como si no fuera suficiente lo vivido durante meses en lo que algunos llamaron “estadillo social” de Chile en 2019, devino posteriormente la pandemia. Un contexto ideal para exponer los mecanismos de control sobre los cuerpos. Ya no simbolizados en un carácter del ciudadano manifiesto, sino que a la población toda, sometida con anterioridad a meses de toques de queda y control militar y policial.

Los lenguajes de las mediatizaciones expresados en los canales de masas mostraron los cuerpos en las alamedas y las calles de las ciudades principales del país. Cuerpos semidesnudos, objetivados, mostrados, expuestos, para categorizarlos y establecerlos como símbolos propios. Ahora, en el advenimiento de la pandemia, no sólo eran cuerpos en las calles, sino que, en escuelas, edificios públicos, hospitales, asilos, cárceles. No habían desnudos ni exposiciones, sino que catastros, listas, estados de alarma. Largas enumeraciones de los peligros del cuerpo. Ya que ahora, el cuerpo era vector de la pandemia y de la muerte.

Que el cuerpo se haya convertido en vector lo transforma en pornografía, en tanto y en cuanto, la otredad se difumina hasta desaparecer. Todos somos vulnerables al virus y por tanto, todos somos vistos y observados. En el capitalismo tardío la vergüenza se pierde. Y en virtud de la higiene social provocado por el miedo a contagiarse de un virus que parece desconocido, hemos estado impelidos a perder todo pudor del cuerpo mismo. Silvio Maresca al analizar la pornografía como objeto del mercado erótico, se refie-



re que el cuerpo “queda dividido en fenómeno” y “cosa en sí” (2011:298), y eso es aplicable, a nuestro criterio, a una pornografía del poder en la sujeción de la crisis sanitaria. El cuerpo es fenómeno ya que es portador de la muerte, de la suciedad, de lo exacrable y por tanto el cuerpo mismo de cada sujeto perteneciente a una población determinada es una alteridad misma. Del mismo modo, es cosa en sí, ya que es símbolo de lo que debe ser oprimido.

*“El cuerpo humano entra en un mecanismo de poder que lo explora, lo desarticula y lo recompone. Una “anatomía política”, que es asimismo, una “mecánica del poder”, está naciendo; define cómo se puede apresar el cuerpo de los demás, no simplemente para que ellos hagan lo que se desea, sino para que operen cómo se quiere, con las técnicas, según la rapidez y la eficacia que se determine. La disciplina fabrica así cuerpos sometidos y ejercitados, “cuerpos dóciles”.”* (Foucault 1975: 160). Para ello, en base a la racionalidad del autor, agregamos que el poder así como entra, circula y penetra todos los ámbitos de la sociedad humana, se constituye asimismo como pornografía del cuerpo y a su vez del poder mismo.

Cuando Byung Chul-Han se refiere que el otro es el enemigo mismo de una sociedad inmunológica (2013: 112), nosotros agregamos que en virtud de la consecución de la pandemia ya no es el otro el enemigo, sino que nosotros mismos. En virtud de ello, para mantener la inmunología de la sociedad, el cuerpo es sometido a una macrológica de la violencia, que parte desde el lenguaje, avanza hacia la mantención de un sistema de signos y símbolos y termina en protocolos de actuación. Aquella lógica gira en torno a la desconfianza entre los sujetos, y sobre todo, sobre el cuerpo. De este modo, en la persistencia de la crisis sanitaria, los cuerpos son sometidos a actuaciones materiales y simbólicas que reproducen relaciones de poder. Aquello configura un dominio del discurso sobre la sociedad higiénica, que se impone no sólo por la palabra del Estado sanitario por sobre los cuerpos de la sociedad toda, sino además por intermedio de teatralidad del poder. Desplazamiento de fuerzas, exhibición de entes policiales y militares, listado de acciones permitidas, operativos de limpieza, exclusión

de la disidencia política. De esta forma, el orden del discurso del poder antes sólo utilizado para casos excepcionales, posteriormente en contra de la rebelión popular, ahora por efecto de la pandemia, se traduce, en lo que enuncia Agamben: “*la declaración del estado de excepción ha sido sustituida de forma progresiva por una generalización sin precedentes del paradigma de la seguridad como técnica habitual de gobierno*” (2004: 27)

El rumbo del Chile contemporáneo es de la conformación de un sitio contra el cuerpo. Los mecanismos han sido los protocolos de las policías, el lenguaje opresivo de las mediatizaciones y la pornografía de los dispositivos del poder. Aquello, tiene como resultados la elaboración altamente productiva de fenómenos simbólicos, discursivos y materiales que tienen solidez jurídica e incluso ética. ¿El objetivo? Mantener el orden público y la sanidad de la sociedad. Pero, no es otra cosa que el sometimiento del cuerpo a una semiótica del poder, original y eficaz a través de fenómenos heterogéneos que busca indefectiblemente la figurativización de la normalidad. Finalmente, es válido preguntarse si aquello goza del consenso social, ya que, en rigor, sería un consenso sobre la pérdida de las libertades.

### **Bibliografía**

- AGAMBEN, Giorgio (2004) *Estado de Excepción (homo sacer II, 1)*, Valencia, Pre-Textos.
- ANGENOT, Marc (1989) 1989. *Un état discours social*, Ed. du Préambule, Québec.
- BORDIEU, Pierre (1997) *Razones prácticas*, Barcelona, Anagrama.
- CINGOLANI, Gastón (2018), *Cuerpos y Redes. Una lectura de las teorías de la discursividad y de la mediación de E.Verón*, *deSignis*, vol. 29, 2018, julio, pp. 157-166-
- ECO, Umberto (1981) *Tratado de Semiótica General*, Barcelona, Lumen.
- FOUCAULT, Michel (1976) *Vigilar y castigar*, México, Siglo Veintiuno Editores.
- HAN, Byung-Chul (2016) *Topología de la violencia*, Barcelona, Herder.
- ONS, Silvia (2018) *El cuerpo pornográfico*, Buenos Aires, Paidós.

### 3. 18 de octubre: la revuelta de las rebeldías

Por Jamadier Esteban Uribe Muñoz

Si hoy, a dos años y pico, de aquel histórico 18 de octubre me preguntan ¿qué pasó? Respondería dos cosas. La primera, es que fuimos testigos de la muerte violenta de una fantasía que ordenó a la sociedad post dictatorial hasta ese momento. La segunda, es que asistimos al derrumbe de aquello que se mantenía como la única posibilidad de una salida legítima –dentro del sistema– a la crisis: el principio de representatividad.

Si hoy, a dos años y pico, de aquel histórico 18 de octubre me preguntan ¿qué no pasó? Respondería dos cosas. La primera, es que no hubo nada, ni remotamente cercano, a algo así como una crisis sistémica; por más que a alguien le interese sostenerlo. La segunda, es que dada la propia fisonomía de la movilización, no existió ningún ascenso al gobierno de una vanguardia orgánica que haya capitalizado la energía de la movilización, es decir, no hubo continuidad orgánica entre la movilización y las subsecuentes elecciones políticas.

#### **¿Qué fue el 18 de octubre?**

Quiero evitar dos tentaciones a la hora de referirme al 18 de octubre. La primera, es la de imputarle categorías con criterios meramente retóricos, para favorecer una posición política a costa de ignorar los hechos. La segunda, es la de analizar un fenómeno puntual y hacer extensivas las conclusiones para toda la sociedad. Lo que nos vale, a estas alturas del partido, es una visión de conjunto.

La primera tentación, es la que nos podría llevar a hablar del 18 de octubre como una “revolución”, lo que –como ya veremos– no resiste ni el más mínimo análisis. Si caemos en esa tentación, la porfía de los hechos nos obligaría a ponerle “apellido” a la revolución y la llamaríamos algo así como revolución “molecular”, “subjetiva”, “horizontal”, o con cualquier otro adjetivo progre y posmoderno que siente bien, para llamarle revolución a algo que no fue una revolución.

La segunda tentación, es la de –por ejemplo– recoger los testimonios de personas que participaron en cabildos o asambleas y constatar que hubo espacios de participación democrática y extraer la conclusión –a lo menos parcial, si no directamente errada– de que el 18 de octubre la sociedad entró en un ciclo de democratización general de sus espacios. Si caemos en esa tentación, nos quedaríamos con un potencial heurístico tan limitado, que la única explicación al 44% de Kast<sup>31</sup>, es que la gente se volvió loca. Y no. La gente no se volvió loca.

Para evitar esas tentaciones, quiero recurrir a las más o menos bien definidas categorías de Octavio Paz de revuelta, rebelión y revolución, en las que cada una de ellas se diferencia por sus objetivos y por la posición que ocupa el poder centralizado en ellos.

Comencemos por las dos últimas, que son más asibles. La diferencia entre una rebelión y una revolución es que en la rebelión, quien demanda, le demanda algo a alguien que decide. La rebelión lleva implícito el reconocimiento de la autoridad, nadie se rebela contra un gobierno si no cree que el gobierno tiene la autoridad para satisfacer las demandas que motivan la rebelión. En cambio, en una revolución no hay una demanda hacia el poder central, porque lo que se pretende de hecho, es el poder central. Una revolución no le demanda algo a un gobierno, la revolución quiere el gobierno y, naturalmente, el poder de gobernar.

No obstante, la revuelta tiene una lógica distinta. No se constituye propiamente sobre una demanda, aunque haya podido tener su origen en una, y mucho menos se constituye como un proyecto político para revolucionar el Estado mediante el ascenso al poder gubernamental. Una revuelta es la acción relativamente espontánea de una sociedad, o un sector de ella, ante una vejación percibida como injusta, cuyo dolor obliga a la violencia.

Lo que vivimos el 18 de octubre, fue una revuelta, una de proporciones históricas, que sacudió los principios rectores del orden social. No los revolucionó, los tumbó.

31. Todos los datos electorales expuesto en el presente artículo, han sido sacados del registro histórico presentado en el sitio oficial del Servicio Electoral <https://historico.servel.cl/>

## **El camino hacia la revuelta o la traición a las rebeldías**

Tras la dictadura del general Pinochet, se inauguró en Chile el periodo llamado de “transición”. Su periodización es equívoca: para algunos comprende el periodo presidencial de Patricio Aylwin (1990-1994), para otros se extiende hasta las reformas constitucionales del Presidente Ricardo Lagos (2005). Todo depende de los criterios que se utilicen para demarcar la periodización.

Para mí, el criterio fundamental es de tipo ideológico y la localizo entre el plebiscito del Sí y el No y el cambio de mando del Presidente Aylwin al Presidente Frey en 1994. No hubo transformaciones económicas apreciables (se mantuvo el patrón de acumulación de la dictadura), ni se modificó sustancialmente el sistema de partidos, por más que muchos hayan pasado a la legalidad. El criterio es ideológico, porque la transición, a fin de cuentas, fue la legitimación en el sentido común, de los cambios en el patrón de acumulación impuestos después del giro neoliberal de 1975. La transición dio con el voto, la legitimación que al neoliberalismo le hacía falta (Goicovic, 2006; Moulian, 1998).

Chile ya no solo se había transformado en un país económicamente neoliberal, sino que además deseaba serlo, un país en el que -como nos recuerda el personaje de Alfredo Castro en la película NO- “cualquiera puede ser millonario. No todos. Cualquiera”.

Dicha legitimación, se cimentó sobre una fantasía que poseía dos caras. Y es que, como nos señala Žižek, hay fantasías que no están por sobre la sociedad, ni a parte de ella, sino que se ubican en el centro mismo del orden social y lo articulan, haciendo que todos actuemos cotidianamente como si algo que no ocurre, de hecho ocurriera. La fantasía clásica, dentro de un país burocratizado, es, por ejemplo, que la burocracia es todo poderosa; todos sabemos que no lo es, pero actuamos como si lo fuera, por eso vamos a una oficina pública esperando que se resuelvan nuestros problemas, aunque muchas veces sepamos que no será así.

Pues bien. La fantasía que fundó el periodo transicional fue por una cara la “meritocracia” y por la otra, el “chorreo”. Durante el Chile post dictatorial (no solo durante la transición), el chileno medio vivió el imperativo de esa fantasía

en su cotidiano. Más allá, de que se crea o no se crea, lo sustancial de la fantasía es que se actúa. De seguro, muchos no creían ni en la meritocracia, ni el chorreo, pero en la práctica el chileno medio vivió esforzándose para ascender (meritocracia) y aceptando cabeza gacha los sacrificios que le imponía el crecimiento económico del país, porque en algún lugar de su tierno corazón, pensaba que ya le correspondería su parte de ganancia (chorreo).

Fue esa fantasía, entonces, la que permitió el crecimiento neoliberal en paz, y bien digo crecimiento, pues entre 1990 y 2018 el PIB en pasó de US\$ 33,11 mil millones a US\$ 298,2 mil millones (¡casi un 1.000%!).

Fantasía que, en todo caso, no actuó sola, sino que además necesitó de la desarticulación profunda de todas las formas de organización política y comunitaria de raigambre popular.

De la desarticulación política (organizaciones de pobladores y vanguardias de extrema izquierda), se ocupó en lo fundamental La Oficina, al tiempo que los partidos de masas se profesionalizaron y enclaustraron en sus cúpulas. De la desarticulación comunitaria, se ocupó por un lado la nueva organización social del trabajo que destruyó la sindicalización y por otro, el mismo impulso individualizador del neoliberalismo. Durante la transición todo el tejido comunitario se licuó, desde las juntas de vecinos, hasta las pastorales (Osorio y Gaudichaud, 2018)

La transición, en ese sentido, fue un doble movimiento. La disgregación político-comunitaria por un lado y la instalación de proyectos de vida de ascenso social individual por el otro.

No obstante, la fantasía tuvo fecha de caducidad y su desajuste con la realidad comenzó a hacer mella. No es de suyo que los desajustes con la realidad mellen una fantasía, pues la fantasía está ahí, precisamente para suturar ese desajuste. Pero si el desencuentro entre la realidad social y la fantasía es demasiado grande, esta termina por caer.

Fue a mediados de la década de los 2000 (Mayol, 2019)<sup>32</sup>, que el modelo comenzó a mostrar sus primeros signos de

32. La obra del sociólogo Alberto Mayol aborda ampliamente el ciclo de protestas vivido en Chile, aún cuando él data su inicio en 2011 y yo lo hago en 2006.

desgaste, dando inicio a una serie de rebeliones acotadas, cuya acumulación fue la gran revuelta de 2019. Los chilenos comenzaron a desconfiar en aquello de que el esfuerzo individual y el crecimiento de la macroeconomía, significaba una mejora sustancial a la economía doméstica, pero al mismo tiempo se encontraron solos en esa desconfianza. Muchos desconfiaban al mismo tiempo, pero lo hacían en la esfera personal que les legó el neoliberalismo y la desarticulación de los lazos comunitarios.

Por ello, no ha de extrañarnos que el ciclo de rebeliones comenzara por aquel sector que mantenía, por necesidades estructurales de socialización, una ligazón permanente con sus pares: los estudiantes. Ellos protagonizaron las grandes movilizaciones de 2006 y 2011. Y que después de ellos, haya venido la agrupación espontánea en torno al territorio como reacción a problemas específicos (Punta Arenas en 2011, Freirina en 2012, Chiloé en 2016, Quintero en 2018, etc.).

Chile fue entrando de esta manera en un periodo de alta conflictividad, que se desarrolló en dos escenarios paralelos: el de las instituciones y el de la sociedad civil. Lo que se vio en el escenario institucional, fue a un aparato estatal incapaz de procesar el malestar social, pues el nexo entre el aparato estatal y la sociedad civil, que son los partidos, había desaparecido (salvo para el empresariado, por supuesto). Lo que se vio en el escenario social, fue una creciente movilización acompañada de una creciente despolitización, lo que se ha expresado con claridad en la baja de la participación electoral de un 87% en las presidenciales de 2009 a un 46% en 2017 (Ruiz, 2019; 2015)

Una población movilizada en el espacio público, demandando soluciones a una institucionalidad que le resultaba ajena, la que a su vez, estaba incapacitada para dar soluciones que alivien el malestar. El resultado de esto, fue el despojo acelerado y progresivo del poder delegado en las autoridades, que fue desacreditando no solo a los representantes electos, sino la posibilidad de representación, es decir, el principio de representatividad. Si ningún representante ofrecía soluciones, entonces el problema debía estar en la representación.

Así fue como Chile arribó a octubre de 2019, cuando en un escenario de alzas generalizadas, se gestó una nueva rebelión estudiantil para protestar por el alza de las tarifas del Metro en la ciudad de Santiago. El gobierno, ya sin autoridad, respondió con represión y en una cuestión de horas transformó lo que era un problema vial (adolescentes cortando el tránsito), en un problema militar, declarando un Estado de Excepción Constitucional que dio inicio al periodo de protestas más prolongado de la historia de Chile: la revuelta de octubre.

### **La revuelta de las rebeldías**

La fisonomía de la revuelta fue la que le dio su nombre: Estallido. Cuando algo estalla, el movimiento de sus partículas es excéntrico, de dispersión, centrífugo. De ahí que la progresión de las protestas haya ido a contrapelo de las rebeldías anteriores. Si por ejemplo, el movimiento estudiantil o el movimiento No Más AFP, lo que hacían con su protesta era sumar personas a una causa, en 2019 lo que vimos fue, no la suma de personas a una causa, sino la suma de causas a una protesta (Martuccelli, 2022).

Comenzaron los estudiantes, tras el Estado de Excepción continuaron los trabajadores portuarios y los pescadores, para el 19 de octubre Chile entero se movilizó y de ahí en más diversas rebeldías y grupos de la sociedad civil alzaron sus banderas (no todas rebeldes). Se expresó al unísono la rabia por las rebeliones frustradas, también traicionadas, se expresó la desesperanza, el agotamiento por el esfuerzo que nunca rindió frutos (meritocracia), por la prosperidad que nunca llegó (chorreo). Pero no hubo convergencia, por ello, la energía desatada fue irrepresentable.

Hubo un cierto acuerdo en que el gobierno, y el Presidente Piñera, de alguna forma personificaban el abuso neoliberal, pero ese rechazo hacia la figura presidencial rápidamente salpicó a las autoridades en su conjunto, con la excepción –quizás– del alcalde Daniel Jadue. La pregunta de la derecha era ¿cómo frenamos esto?, la pregunta de los partidos de la otrora Concertación era ¿cómo capitalizamos esto?, la pregunta de la izquierda compuesta por el Partido Comunista (PC) y el Frente Amplio (FA), era ¿cómo representamos esto?



La derecha se respondió con represión. La ex Concertación se respondió con negociación. Y la izquierda... la izquierda se quedó sin respuesta, aunque lo intentó. Para octubre de 2019, el PC y el FA estaban trabajando en el fortalecimiento de los lazos entre sus orgánicas políticas y la sociedad civil, mediante la configuración de una multigremial compuesta por más de ciento cincuenta organizaciones, muchas de ellas de peso y trayectoria, que lideraron el ciclo de rebeliones 2006-2019: la Mesa de Unidad Social (MUS)<sup>33</sup>.

La MUS era entonces el instrumento llamado a dar forma y dirección al estallido y utilizó herramientas de éxito relativo para dar contenidos a la energía explosiva que se expresaba; como los cabildos ciudadanos, que rápidamente fueron replicados por todo el país. Las concentraciones que convocaron también tuvieron éxito y sin embargo, no fue suficiente. En cosa de semanas, el estallido había desconectado al principio de representatividad del respirador mecánico que lo mantenía vivo.

A pesar del esfuerzo titánico de la MUS, esta nunca contó con el respaldo suficiente de una movilización que la uniera como intermediadora entre las fuerzas sociales expresadas en las calles y la institucionalidad. El problema no hubiese sido tanto ese, como el hecho de que nadie pudo tomar ese lugar.

El resultado de esta debacle en la esfera de las instituciones está claro. El 15 de noviembre –bajo amenaza militar, hay que decirlo– se firmó aquel polémico Acuerdo por la Paz y la Nueva Constitución, entre la derecha y la otrora Concertación, más las facciones moderadas del FA y el –ahora Presidente de la República– Gabriel Boric, quien firmó a título personal por lo que le suspendieron la militancia y fue pasado al Tribunal Supremo de su partido, Convergencia Social (CS). El PC y el Partido Progresista quedaron fuera y el FA, se partió.

Quién estuvo en lo correcto, quién actuó bien, eso es algo que decidirá la historia. Lo que importa señalar aquí, es que la izquierda no tuvo la capacidad de subirse a la negociación y que aquel 15 de noviembre, la esfera institucional

**33.** Dentro de estas organizaciones podemos contar a la Central Unitaria de Trabajadores (CUT), el Colegio de Profesores, la Confech, el movimiento No+AFP, la ANEF, la Confusam, la Coordinadora Feminista 8M, entre otras.

retomó el control de la agenda que había perdido un mes atrás. La multigremial más grande de la historia de Chile quedó fuera. No hubo ningún representante de las fuerzas movilizadas y el nexo entre los partidos políticos y la sociedad civil se mantuvo como venía: roto.

Por su parte, el resultado de esta debacle en la sociedad civil, fue la dispersión de las causas en diversas protestas extremadamente violentas y el agotamiento progresivo y natural de su expresión pública. Con una pandemia de por medio, es cierto, el estallido terminó y Chile no volvió a ser el mismo. En términos horizontales el desgaste de la convivencia cotidiana resulta palpable y dantesco. En términos verticales, que es lo que nos convoca, lo veremos a continuación.

### **Gobernar lo estallado**

Como se puede apreciar, no hubo una continuidad orgánica entre las fuerzas sociales que se movilaron en el estallido social y los subsecuentes eventos político-institucionales, más allá de que una que otra bandera (como la de género o la ecologista) haya sido tomada por representantes institucionales; siempre como vagón de cola de la movilización, nunca como vanguardia.

La movilización continuó sin traducirse en politización. El plebiscito por la Nueva Constitución solo logró convocar a un 51% del electorado, lo que solo podría leerse como un triunfo si se esperaba una participación realmente precaria, en tanto la elección de convencionales constituyentes solo alcanzó un 41% (menos que la elección de Piñera), lo que sigue reflejando la imposibilidad de lograr una representación relativamente amplia y estable, que dé piso a un proyecto de gobierno, ya sea restaurador, ya sea transformador.

Particularmente ilustrativo de este escenario, resulta recordar la carrera presidencial. El domingo 18 de julio de 2021 se enfrentó en la primaria del pacto Apruebo Dignidad (FA-PC) el único candidato que parecía tener el respeto de la ciudadanía movilizada, el alcalde comunista Daniel Jadue, con el candidato del FA, el diputado Gabriel Boric. El resultado fue inesperado, el respeto y el reconocimiento hacia Jadue no se tradujeron en adhesión y obtuvo 693.862 votos (40%), en tanto Boric, vapuleado por muchos tras la

firma del Acuerdo del 15 de noviembre, obtuvo 1.059.060 votos (60%). Una votación histórica que en cualquier escenario habría sido leída como un paso firme para iniciar la campaña presidencial, y así fue leída.

Pero ahí no acabaron las sorpresas, la primera vuelta presidencial tuvo un participación de un 47% del padrón, y el candidato de Apruebo Dignidad, obtuvo 1.815.024 votos, equivalente a un 26% de los votos, quedando en segundo lugar, tras el candidato de la extrema derecha, José Antonio Kast, que obtuvo el 28%. Quien parecía la promesa de la izquierda, creció solo 62.102 votos ¡nada!

Aquel 21 de noviembre de 2021 quedó de manifiesto la extrema volatilidad de los vínculos electorales, tras el derrumbe del principio de representatividad. En el plebiscito por la nueva constitución, del 20 de octubre de 2020, el apruebo obtuvo un 78% de los votos; un año después la principal cara del rechazo ganó la primera vuelta de la elección presidencial. El 16 de mayo, tras la elección de convencionales la derecha sufrió una derrota que parecía irremontable, obteniendo solo 37 escaños, un 23% de la Asamblea, para subir a 68 escaños en las diputaciones, un nada despreciable 43% de la Cámara.

El voto duro de Boric, era entonces 1,8 millones de votos. La segunda vuelta se decidió un 19 de diciembre de 2021. Hubo un alza en la participación, que llegó a 55%. Kast, el candidato de extrema derecha obtuvo 3.650.662 votos, un 44%, en tanto Boric se impuso con 4.621.231 votos, un 56%.

¡Cómo se mofa la historia de esta patria desdichada! ¡La misma diferencia porcentual que para el plebiscito del Sí y el No en 1988! Pero esta vez no venía la alegría, de ahí que se piense que el crecimiento de 2,8 millones de votos del actual Presidente Boric, haya sido en realidad una movilización de votantes en contra de Kast (aunque lo mismo se podría pensar del crecimiento de Kast).

De ahí también que a pesar de los simbolismos y el entusiasmo de algunos, el actual Presidente haya iniciado su mandato con un 50% de aprobación, un punto menos que el Presidente Piñera en 2018 (CADEM, 2022a) y que nada más transcurridas cuatro semanas de su mandato su aprobación haya caído a un 40% y su desaprobación haya llegado a un 50% (CADEM, 2022b), un alza estrepitosa.

Pero ¿es este un problema que recae en la persona del Presidente Boric? Si nuestra hipótesis del derrumbe del principio de representatividad es cierta, entonces ¿por supuesto que no! Tras el estallido social, ya dejó de ser el gobierno el que genera la volatilidad, ahora es la volatilidad la que debe ser gobernada.

Pero ¿cómo gobernar la volatilidad? ¿Cómo volver a dotar de legitimidad a las instituciones? ¿Cómo recuperar un horizonte utópico, que nos ordene el camino cotidiano? Las respuestas habrá que ensayarlas, pero de una cosa estoy seguro: si no hay pan en la mesa de los hambrientos hoy día, Chile entrará en un ciclo de violencia del que muchos países hermanos de América Latina no han podido salir.

## **Bibliografía**

Paz, O. (1967). Corriente Alterna. Siglo XXI.

CADEM. (20 de marzo de 2022a). Plaza Pública <https://cadem.cl/estudios/plaza-publica-427-presidente-boric-debuta-con-50-de-aprobacion-sin-diferencias-con-pinera-2010-52-bachelet-2014-52-y-pinera-2018-51/>

CADEM. (18 de abril de 2022b). Plaza Pública <https://cadem.cl/estudios/plaza-publica-431-desaprobacion-50-9pts-al-presidente-boric-supera-por-primera-vez-a-la-aprobacion-40-4pts-y-completa-un-alza-de-30pts-en-5-semanas/>

Goicovic, I (2006). La refundación del capitalismo y la transición democrática en Chile (1973-2004). HAOL, (10), 7-16

Martuccelli, D. (2022). El estallido social en clave latinoamericana: La formación de las clases popular-intermediarias. LOM

Mayol, A., (2019). Big Bang. Estallido social 2019: Modelo derrumbado - sociedad rota - política inútil. Catalonia.

Moulian, T. (1998) Chile actual. Anatomía de un mito. LOM.

Osorio, S. y Gaudichaud, F. (2018): “¿La democratización en contra de los trabajadores? La CUT, el movimiento sindical y el dilema de la transición pactada en Chile” Les Cahiers de Framespa. URL: <https://journals.openedition.org/framespa/4763#quotation>

Ruiz, C. (2019). La política en el neoliberalismo. Experiencias latinoamericanas. LOM.

Ruiz, C. (2015). De nuevo la sociedad. LOM.

Žižek, S. (2019). El sublime objeto de la ideología. Siglo XXI.

## 4. Sobre la necesidad de re-pensar la política en un nuevo Chile

Por Francisco Alejandro Vergara Muñoz

Cuando faltan solo meses para que el proceso constituyente llegue a su instancia decisiva final, el denominado “plebiscito de salida”, reflexionar en torno a cómo se comprende la política bajo las actuales relaciones de fuerza se torna un ejercicio imperioso. Más allá de precisiones y matices, es este un momento histórico donde se encarna la posibilidad de construcción de un Estado con un carácter social diferente del que se pudo apreciar, de manera casi invariable, durante más de 200 años de República; se abre la posibilidad de construcción de un Estado desde el mismo ejercicio del poder constituyente de los sectores subalternos. Pero desde la misma significancia que implica este eventual punto de inflexión, se deben desprender también las esperables respuestas de aquellos sectores y fuerzas sociales que ven y sienten amenazadas sus posiciones ante el avance de la construcción subalterna; sensación que se puede explicar de manera doble tanto por la posibilidad de la pérdida de la potestad en la detentación del poder que históricamente han ejercido, tanto como por la amenaza de destrucción que se eleva sobre el cierre social que ha protegido la producción y re-producción de las posiciones de estos sectores.

Bajo este escenario, no debiese revestir sorpresa que las grandes cadenas comunicacionales hayan comenzado a darle amplia cobertura a las encuestas y sus lógicas, sitio donde aparece creciendo de manera progresiva el porcentaje de la población que se decantaría por el “rechazo”. Y si bien de un tiempo a esta parte, pero sobre todo durante los últimos dos años, las encuestas en el ámbito electoral han mostrado su estrepitoso y constante fracaso, las mismas, como si funcionasen a modo de profecía autocumplida, terminan por tener gran incidencia en las percepciones que tiene la sociedad sobre la realidad, y esto en las coord-

nadas de hoy es transitivo a que la polarización y violencia se acentúen; porque a pesar de que las instancias de disputa electoral de 2020 en adelante hayan marcado puntos de corte histórico, i.e. la concreción de una Convención Constituyente, la manera en que esta misma quedó conformada, y el triunfo de un gobierno de corte socialdemócrata por fuera del entramado transicional, no es menos cierto que el suelo desde el que emergen estas victorias sigue albergando múltiples incertidumbres, sobre todo cuando, más allá de los elementos que se comenzaron a impugnar transversalmente y de manera clara desde la revuelta de 2019, no hay un límite claro en torno a cuánto de coyuntural puede haber en las conformaciones políticas de las fuerzas sociales que terminaron por surgir en posiciones victoriosas desde los procesos acaecidos durante los últimos dos años.

Aun así, más allá de estas zonas de incertidumbre, lo cierto es que, por primera vez en muchas décadas, se está en una posición material ventajosa dentro del entramado institucional: la izquierda y sectores subalternos en general consiguieron tanto el gobierno como una mayoría importante en la conformación de la Convención. No obstante, a pesar de haber logrado esta posición favorable en el fragor de los procesos inmediatos que se abrieron luego del 2019, sigue acechando la amenaza del fracaso popular que, sin duda, significaría el rechazo de la nueva constitución. Es el contraste entre estas dos circunstancias las que tornan urgente llevar el análisis político a la clave en la que está estructurada la actual coyuntura, de lo contrario se torna difícil comprender por qué a pesar de los éxitos electorales, el horizonte sigue encerrando disputas tan claras y radicales. Se necesita enmarcar en un curso de sentido el entramado coyuntural político a fin de otear un camino donde la posición de coyuntura victoriosa no termine por ser una mera circunstancialidad. Es esta necesidad la que nos lleva a hacer importantes precisiones conceptuales en nuestro análisis.

Siguiendo la lectura que hace Juan Carlos Marín (2009) acerca de Clausewitz, el primer elemento que debemos precisar es que la confrontación es el terreno que estructura el ámbito del poder, vale decir, sin enfrentamiento no

hay poder; las fuerzas sociales en sus identidades siempre se conforman sobre los parámetros del enfrentamiento. Esto es de suma importancia en tanto, puestas las cosas así, en la lucha política inmediata se va a jugar aquello que propiamente se podrá comprender como política, porque en el terreno del enfrentamiento habrá siempre una pugna que será la que determine tanto las condiciones de constitución propia, como la búsqueda de desarticulación del campo del adversario. Traduciendo estas coordenadas a la coyuntura de hoy, debemos deducir que el proceso constituyente, debido a la forma en que quedó conformado en lo relativo a las fuerzas sociales que constituyen las posiciones mayoritarias, es un espacio y poder ejercido que se contrapone al de las fuerzas sociales históricamente dominantes; a la vez, el carácter de la disputa que se despliega, al remitir al entramado jurídico e institucional fundamental sobre el que se levanta el Estado, muestra de manera transparente cómo las identidades políticas quedan constituidas al calor de la lucha: desde los sectores subalternos y progresistas se brega por una construcción societal diametralmente opuesta a la que existía, lo cual implica, simultáneamente, la búsqueda por la desarticulación y desarme de la institucionalidad que revestía el orden de los sectores dominantes.

Esto nos lleva a la segunda precisión conceptual de Marín: la delimitación del ataque y la defensa no como elementos de carácter polar, sino, al contrario, como elementos no equivalentes que conllevan una diferencia cualitativa. El meollo para nuestra análisis es la consideración de que solo la defensa es el momento que inicia el conflicto. ¿Por qué? Porque únicamente en función de que se considere como necesaria la defensa de una relación social determinada, es decir, la relación considerada como un objeto a ser defendido, es que el conflicto tendrá sentido y lugar; un ataque busca alterar una relación social establecida, pero si la fuerza social atacada no considera aquella relación que está siendo atacada como merecedora de ser defendida, pues sencillamente no habrá conflicto.

Las extensas implicaciones de estos dos puntos nos alertan sobre el momento de la presente coyuntura: para las

capas dominantes lo que se está disputando en el espacio del poder constituyente indudablemente es algo que les genera una necesidad defensiva; y es que el proceso constitucional está prefigurando un horizonte de profundización democrática y redistribución del ejercicio del poder, lo que va en una dirección completamente opuesta tanto, en primer lugar, de la mantención del ejercicio de la política en su forma vertical y extrañada de la sociedad, o en otras palabras, de su forma tecnocratizada; como, en segundo lugar, del cierre social, que remite a lo que Ruiz (2015) identifica como la respuesta que la élite tuvo ante la apertura de mecanismos que conllevaban la promesa de la movilidad social para las capas subalternas durante la transición, respuesta que se levantó sobre nichos de segregación cultural y social, conservadores e impermeables a las brasas del conflicto: Opus Dei y una red de instituciones educacionales privadas de corte aristocrático que permitieron a los sectores dominantes proseguir en su lógica de ensimismamiento.

Este camino analítico, signado por la comprensión de la política como un campo de constante lucha entre fuerzas sociales, es el que nos permite, por una parte, escapar de las lecturas inmediatas y, por la otra, dar cuenta de las tensiones fundamentales entre la posición material de ventaja en que los sectores populares se encuentran y la persistente amenaza del embate reaccionario que permea el ambiente. El escapar de la inmediatez tiene que ver con salir de los parámetros de fetichización que ocurren dentro del capitalismo; si en la esfera económica el fetichismo de la mercancía oculta, tras las apariencias de la realización del valor, las determinaciones que hay tras la producción, el ámbito del poder y la política no están exentos de este movimiento que invierte la realidad; bajo la lógica de la modernidad capitalista la lucha política es vista de manera fetichizada y cosificada, quedando los análisis atrapados en las instancias donde el ejercicio del poder ocurre de manera fragosa y cristalizada, esto es, las lecturas en torno a la lucha política terminan por quedar encerradas en los análisis realizados sobre las instituciones, los cuerpos normativos y las leyes; ignorándose de esta guisa la pregunta por las condiciones



materiales que llevaron, precisamente, a que el poder haya podido terminar ejerciéndose de aquellas maneras

El desentrañar las formas en cómo ciertos grupos sociales y políticos construyen la acumulación del poder, inexorablemente nos debe remitir a un análisis político que vincule el problema de la totalidad social y la comunidad movilizada, y es que cuando, luego de la lucha, se logra realizar políticamente la victoria, esto implica que la derrota del adversario lleva inscrita en ella la imposición de la voluntad del vencedor al vencido. En este proceso es que deviene y se manifiesta el poder en su dimensión no coercitiva: el poder como orden y sentido, cristalizado en instituciones y normatividades que se le aparecen a los vencidos como el orden natural del entramado societal.

Es justamente lo explicado arriba lo que nos permite, ahora, comenzar a dar cuenta de las tensiones que se están dando hoy día en la arena política y social. La conclusión a la que nos llevan las precisiones conceptuales realizadas por Marín, es la constatación de que la lucha política nunca termina, sencillamente muta en sus formas de acuerdo al momento del enfrentamiento en que se esté. Aunque hayan ocurrido momentos de victorias electorales y, a la vez, se haya empezado a resquebrajar el orden de los vencedores, esto está lejos de ser transitivo a que los sectores subalternos hayan efectivamente ya vencido. Es más, debemos ser totalmente cautos en la comprensión de que incluso una victoria más en el terreno electoral no será transitiva a una realización de esa victoria, aun teniendo al gobierno alineado con las posiciones de la Convención. Las lecturas y el actuar en la política deben evitar a cualquier costo caer en las ilusiones de comprender a la lucha en sus formas fetichizadas; la victoria del apruebo no generará de manera automática un nuevo orden legitimado.

Cuando analizamos la historia con el prisma que nos otorgan estas directrices conceptuales es que adquieren pleno sentido, por ejemplo, experiencias tales como el fracaso de la Unidad Popular, derrotada aun cuando, luego de un largo proceso social y político, había llegado a constituirse en gobierno al tiempo que su presencia en el poder legislativo aumentaba en aquel mismo período. O para analizar un caso

todavía más atingente para el escenario actual, este nivel de análisis permite dar cuenta de cómo pudieron ser aplastadas las fuerzas sociales populares que habían logrado institucionalizar su proyecto en la Constitución de 1828 (Salazar, 2011), derrota que ocurrió incluso habiendo logrado estos sectores la cristalización institucional normativa de su proyecto y teniendo gran parte de las armas de su lado. En aquellas condiciones cabe preguntarse, ¿cómo es posible que este intento popular haya sido arrasado? Pues porque la fortaleza de cada contrincante no se limita meramente a sus pertrechos materiales, sino que hay siempre una dimensión moral que compone cada posición enfrentada; es este elemento el que, en el caso de las fuerzas sociales dominantes, está en el fundamento subjetivo del sentido del orden; esta dimensión moral es la que puede explicar cómo ante una aparente derrota la fronda aristocrática pudo re-armarse materialmente para terminar derrotando al proyecto que llevaban adelante los sectores populares; la derrota que habían sufrido antes no había sido realizada políticamente en tanto no se había logrado imponer la voluntad de los vencedores a los derrotados, así, la arena política seguía plenamente abierta para los embates de aquellos que meramente perdieron una batalla.

Volviendo ahora al proceso constituyente actual, esta dimensión moral subjetiva de las fuerzas sociales se imbrica con plenitud en el principal ámbito en el que está discutiendo la lucha política. Lo que está en juego en el proceso de creación de una nueva constitución no es otra cosa que el fundamento institucional y formal que sustenta al Estado, y en este confluyen dimensiones objetivas tanto como subjetivas. Siguiendo a García Linera (2015), podemos afirmar que el Estado tiene tres ejes transversales desde los cuales se puede deducir su forma. Los dos primeros son los que podríamos identificar dentro de la clásica lectura hecha por Poulantzas: el Estado como condensación material entre las clases sociales. García Linera desdobra esta lectura en, primero, el Estado como una específica correlación de fuerzas y de luchas sociales, y, segundo, el Estado como armazón institucional que convierte en ordenamiento jurídico material la correlación de fuerzas del primer eje.

Podríamos decir que estos primeros ejes remiten al entramado objetivo del Estado, que, a la vez, al engarzarlo con nuestra lectura, responde a lo que podría denominarse como “pertrechos materiales” de las fuerzas sociales en el enfrentamiento. Sin embargo, como ya se dijo, los recursos de las fuerzas sociales enfrentadas no solo remiten a una dimensión material, sino que tienen también una dimensión moral; es justamente en esta dimensión donde se ubica el tercer eje transversal del Estado: el Estado es además el conjunto de ideas, discursos y símbolos que se tiene sobre la realidad; García Linera lo condensa al decir que el Estado es la monopolización de las representaciones del mundo que existen en un momento determinado.

Entonces, la lucha que está desplegándose actualmente en el proceso constitucional nos refiere a un ámbito de lucha por antonomasia; en la forma cristalizada de un Estado lo que está manifestándose no es sino el momento de victoria última que algún entramado de fuerzas sociales logró conseguir en la lucha política: aquel momento donde estos consiguieron colocar los lindes de la realidad misma, de lo posible y lo imposible, de lo deseable y no deseable en una sociedad. Si en este momento lo que está en entredicho es la forma misma del Estado, esto debe ser leído como el reflejo de un momento de derrota de las fuerzas sociales dominantes, mas en ningún caso como el momento de la victoria realizada. Incluso imponiéndose la victoria popular con la aprobación del nuevo texto constitucional, la disputa por las ideas-fuerza sobre las que está levantado el orden social debe permanecer como horizonte prioritario e inexorable.

En una lectura que hace confluír todos los prismas hasta acá utilizados, Lechner (2014) es claro al decir que el Estado, más allá de su dimensión material, es aquello que logra organizar un orden ético, el que expresa las tareas asumidas por la dirección político-cultural de un grupo social como voluntad colectiva; o en otros términos, el Estado sería el resultado de la confluencia de la dominación junto a la hegemonía, que no es sino la eticidad resultante del sentido de unidad sobre la totalidad que logran los vencedores. Y, cabe decir, América Latina históricamente ha sido

suelo fértil para albergar crisis de hegemonía; estar en un momento donde el problema fundamental es de construcción de hegemonía, no es nada nuevo en la región.

El énfasis debe ser puesto en que, en tanto lo que se está disputando hoy día es la posibilidad de una eticidad diferente, se está disputando el sentido mismo de aquello que es considerado como racional. Recordemos acá que la confrontación entre dos fuerzas sociales, además de generar en la misma relación las identidades, termina en última instancia por definir qué podrá ser comprendido como política y qué no. Cuando se está atacando un orden dado y anteriormente legitimado, es inevitable que desde las viejas ideas-fuerza se impute irracionalidad a las nuevas ideas-fuerza que entran a la arena de batalla. Estas coordenadas de análisis entonces nos hacen perfectamente plausible el tipo de aprensiones y miedos que son los que terminan por dar pie a la polarización en la discusión social sobre la nueva carta de navegación constitucional. ¡Es inevitable, lo que se está contraponiendo son dos racionalidades de carácter antagónico!

Sin embargo, aunque podamos esclarecer conceptualmente el análisis respecto a las significancias que encierra cada momento de la lucha política, la realidad concreta tiene aristas todavía más complejas. Y es que aquello que surgió luego de la revuelta de 2019, no es sencillo de caracterizar. Si bien podemos seguir sin mayor discrepancia la tesis de Mayol (2019) acerca de que la causa profunda del estallido fue el desequilibrio normativo que se había generado en la incongruencia en la relación entre el ámbito operacional de la sociedad respecto de los fundamentos valorativos y normativos de esta, i.e. economía volcada únicamente hacia lo macro y política ensimismada y subordinada a la economía; a la vez que podemos coincidir con Ruiz (2020) respecto a que la revuelta no fue sino la expresión del malestar de un nuevo pueblo, fragmentado y heterogéneo, que se constituyó al calor de las transformaciones neoliberales; lo cierto es que lo que abre la revuelta popular es una impugnación al orden y racionalidad neoliberales, pero sin tener, más allá del profundo malestar y dolor transversales a la sociedad, un correlato constituyente

que permitiese pensar en un momento hegemónico; es lo que maravillosamente esclarecen Uribe y Johnson (2020) cuando concluyen que no existió un sujeto capaz de conjugar en un universal internamente diferenciado el conjunto de malestares que se manifestaba; sencillamente cayó la fantasía estructuradora de la realidad sin que se haya podido levantar después un nuevo soporte estructurante de la misma.

Y el panorama no cambió cuando comenzó a fraguarse el momento de disputa institucional. Claro reflejo de esto fue la descomposición que se constató de los partidos políticos, así como una tremenda fragmentación en las fuerzas de izquierda, que, nuevamente, más allá de compartir la transversalidad del malestar, no generaron nunca un horizonte de sentido unitario; fragmentación que sin duda se profundiza y acentúa ante el destello de las lógicas identitarias y ensimismadas que permean con hondura a muchos sectores de la izquierda y el progresismo.

El quid es que al punto de quiebre institucional que significó la revuelta, de manera inevitable le debía seguir un momento donde el ritmo de la lucha se apaciguase, un momento que re-cristalizase y re-ordenase, en algún grado, aquello conmovido por la tormenta. Y si en este momento de re-cristalización no se logra ofrecer el horizonte de un nuevo sentido del orden, las esquirlas de las viejas estructuras estalladas se repliegan y se convierten en fuente de desestabilización y lucha. Porque, sin duda, la posibilidad de retroceder a un momento previo al estallido, de idílica fantasía neoliberal (recordemos el infame “oasis” de Piñera), es improbable, pero lo que sí se torna siempre como peligroso horizonte es la amenaza de que, ante la falta de hegemonía, la violencia desplegada de manera abierta se convierte en norma.

En este punto se torna perentorio realizar la última precisión conceptual tomada de Marín: la táctica y la estrategia como momentos internamente diferenciados. Táctica y estrategia no pueden ser vistas como momentos antagónicos; la consideración de la totalidad de la fuerza está en todo momento presente, la única diferencia que existe es el elemento temporal desde el que se analiza: la táctica

es una relación entre fuerzas parciales, determinada por el conjunto total de la fuerza; mientras que la estrategia refiere al uso de la fuerza total en relación al entramado total de fuerzas, no porque se use toda la fuerza simultáneamente. Así puestas las cosas, es un grave error considerar que las tareas estratégicas serían aquellas que apunten al “largo plazo; al contrario, cada confrontación y lucha inmediata tienen valores tanto tácticos como estratégicos. La diferenciación interna entre ambos momentos ocurre porque hay una relación entre un conjunto total constituido simultáneamente por conjuntos parciales que se encuentran interrelacionados; son estas relaciones las que deben proyectarse en la estrategia.

De esta manera comprendidos los momentos del conflicto, resulta evidente que el horizonte estratégico ha de reposar en la necesidad de la construcción de un proyecto con horizonte hegemónico que vaya mucho más allá de las urnas. La Nueva Constitución no agotará en ningún caso el momento de re-cristalización, se tornará así decisivo bregar por llegar a monopolizar aquellas ideas-fuerza que fundamenten el nuevo orden de profundización democrática y horizontalización social y cultural.

Estas coordenadas deben posibilitarnos transparentar el decir de Gramsci (1977) cuando nos advertía que el análisis político que oriente los empeños de transformación debe encontrar la relación justa entre las condiciones generales y permanentes del orden social y las condiciones coyunturales inmediatas; solo así podemos escapar del mero ideologismo o voluntarismo, según sea el caso.

Solo re-pensando la política sobre estos ejes es que es posible estructurar un camino que lleve a una realización de la victoria; realización que debe ir más allá del triunfo electoral e institucional; es esta un proceso que debe ser traducido a un triunfo moral inscrito en la totalidad misma, al Estado en tanto espacio de la eticidad.

Más allá de la forma particular que vaya a tomar el texto último de la nueva constitución, solo comprendiendo la necesidad de realización de la victoria es que podemos pensar en transitar, tomando las palabras de Zavaleta Mercado, desde un mero Estado aparente hacia un Estado in-

tegral, aquel que logre articular la territorialidad del Estado y representar de manera unificada a los diversos sectores y naciones que conforman nuestro territorio. Solo así la victoria escapará del peligro de transformarse en letra muerta.

## Referencias

- García Linera, A. (2015). *Comunidad, socialismo y estado plurinacional*. Ediciones y publicaciones El Buen Aire S.A.
- Gramsci, A. (1977). *Escritos políticos (1917-1933)*. Siglo XXI Editores.
- Johnson, P. y Uribe, J. (2020). *El pasaje al acto de Telémaco: psicoanálisis y política ante el 18 de octubre chileno*. (Artículo inédito).
- Lechner, N. (2014). *Norbert Lechner. Obras I. Estado y derecho*. Fondo de Cultura Económica y FLACSO México.
- Marín, J.C. (2009). *Leyendo a Clausewitz*. Ediciones PICASO.
- Mayol, A. (2019). *Big bang*. Catalonia.
- Ruiz, C. (2015). *De nuevo la sociedad*. LOM Ediciones.
- Ruiz, C. (2020). *Octubre chileno. La irrupción de un nuevo pueblo*. Taurus.
- Salazar, G. (2011). *En el nombre del poder constituyente: Chile, Siglo XXI*. LOM Edición

# Primero como ruptura, después como política.

Por Nicol A. Barria-Asenjo

La conocida frase “primero como tragedia, después como farsa” es aquí sucintamente re-formulada hacia un “primero como ruptura, después como política”, pero ¿en qué sentido podemos pensar esta relación o no-relación que hay entre la ruptura y la posterior aparición de la política? Al echar una vistazo atrás, podemos ver con claridad que desde Platón encontramos, por ejemplo, la propuesta de que la filosofía es un despertar, en esta concepción, hay una ruptura entre el sueño y el despertar, el dejar de estar dormido en relación con los dilemas del mundo, de la condición humana, del pensamiento mismo para comenzar a estar despierto y sumergirse en los pasadizos del pensamiento reflexivo y contemplativo de la situación actual en la que estamos inmersos, es una ruptura de dos estados. El salir del mundo onírico e incorporarse a la cotidianidad también es una ruptura crucial, hay un salto de un lado a otro, lados que terminan co-existiendo, sin embargo, hay un identificable “estar acá” e “ir hacia allá”, un movimiento de transición que a simple vista puede ser imperceptible pero que permite nuevos estados, dislocaciones y configuraciones.

Para que aparezca la política es necesario una ruptura. Primero la ruptura, la dislocación, el pasar al acto y salir de las redes que nos mantienen somnolientos entre lo hegemónico, hacer de la ruptura un poner en marcha otro proyecto que logre alterar el orden que parecía previamente establecido e inamovible. Solo mediante la ruptura en los engranajes de lo político, es posible que aparezcan nuevos caminos para la política misma.

Ahora bien, uno de los conceptos que se introduce en medio de la ruptura, o que más bien se torna urgente de considerar, es la elección así como también la decisión, para que la ruptura tenga lugar, es necesario otro movi-



miento de salida, el salirse de la no-decisión, que puede ser vista también como el despertar de la inercia que nos mantiene entre los tejidos que ya han sido definidos. Una decisión es pre-condición necesaria para una ruptura y posteriormente con la ruptura aparecerá algo nuevo -o al menos la posibilidad de algo diferentes-.

En relación con la cuestión de la “Decisión” tendremos algunas ideas sobre las cuales podremos dialogar a la luz de los planteamiento que ha hecho Badiou (2005) quién nos advierte que: “Cuando somos confrontados con lo existente, la verdadera vida consiste en la elección, la distancia y el acontecimiento. Empero, no hay que olvidar que para pensar la verdadera vida es necesaria una decisión, una decisión que presupone, como hemos visto, la inconmensurabilidad” (p.22) frente a esto agregará que *“La filosofía nos muestra el pensamiento como una elección, el pensamiento como decisión. Su tarea específica es explicarnos esa elección. Podemos decir, entonces, que una situación filosófica es un momento en el cual se vuelve clara una elección; una elección en la que se trata o bien del ser-ahí o bien del pensamiento”* (p. 16). Entonces, algunas de las pistas con las que ya contamos es que en medio del proceso filosófico la decisión y la elección responden a lo inconmensurable, es la confrontación con los existente lo que nos lleva a duras penas a una elección y a pensar en la excepción a condición de transformar la vida misma.

Nuevamente llegamos al punto inicial, en el cual es la condición de decisión lo que produce que tras el telón se vea una transformación, en la política, el juego en este terreno resuena en los intersticios de lo cínico, es el cinismo político los que nos ayuda a identificar esa decisión posible que por implicar una salida divergente se enmascara en un bloqueo de no-decisiones, las decisiones de entregan manufacturadas antes de llevarlas al mercado, mediante esta estrategia, los espacios de libertar para elegir, son limitados y mantienen los mismos engranajes que se pretenden perpetuar.

Badiou (2005) en su misma intervención, afirma que “Las personas que tienen opiniones firmas forman bloques. En el medio está, entonces, el pequeño grupo que a veces se mueve en una dirección y a veces en otra. Empero, una de-

cisión tomada por individuos cuya característica principal es la indecisión constituye una decisión muy particular; no es una decisión de personas resueltas, sino de indecisos e irresolutos que se deciden de manera oportunista y en base a su humor del momento. No es una elección en toda su dimensión: la cercanía ha ocupado el lugar de la distancia” (p.25) la elección en masas, en masas populares que se congrega bajo el significante indecisión y desde esa base, toman una decisión, finalmente conlleva a otro problema.

En Chile, el caso anterior, es identificable con la llegada del actual presidente electo, los individuos indecisos, que no sabían que elegir en los grandes acontecimientos que desde el 2019 llevaban moviendo al país mismo, tomaron algunas decisiones que eran diluidas en la lluvia ligera del conflicto, en cuanto las aguas se tornaron más densas y emergieron los primeros grandes dilemas sociales, culturales, económicos y políticos, esa decisión tomada fue olvidada y negada. La represión de los afectos y de los elementos que permitieron esa decisión, fueron reprimidos para que la violencia contra la decisión propiamente tal, produjeran un retorno a una nueva situación de desesperanza, identificable justamente durante los periodos de insurrección popular.

Es justo mencionar que, lo previamente esbozado no puede traducirse en una relación o comparación con la situación del país y de las masas populares durante los estallidos sociales, sino más bien, tomando la efervescencia de los afectos negativos tales como la desesperanza, la colera, la ira, la desilusión, la decisión tomada que produjo un cambio de la Constitución, luego la elección de los Constituyentes, posteriormente la elección de Gabriel Boric como presidente, fueron decisiones que propiciaron la caída de la ilusión, de la idealización a la elección misma realizada.

La situación chilena, nos invita a atrevernos a ir más allá, a ir hasta el final de los efectos y consecuencias que nuestra decisión tomará, primero hay que atravesar el duro camino de la ruptura, y luego mediante la aparición de la política, aferrarnos a la decisión. Tal vez, la transformación en la política sea la repetición histórica de ese proceso infinitamente, y en cada salto de la ruptura a la política, de la

indecisión a la decisión, ir construyendo aquellos lugares que nos aseguren otras poesías del futuro, una producción y alteración en vivo del presente es la gran decisión que debemos tomar.

Para concluir, tomaré las palabras de Slavoj Žižek: quién afirma que “Tenemos que abandonar cualquier gran plan sobre el futuro. Porque, creo, si hay una lección de la historia de la filosofía y de nuestra experiencia histórica, es que todos los grandes planes para diferentes futuros necesariamente se convierten en su opuesto. [...] Para mí la lección básica, como soy hegeliano, es que nosotros, por definición, nunca sabemos lo que estamos haciendo, incluso los mejores planes salen mal. Y la clave para acercarme correctamente a este estancamiento es analizar el presente. Para mí, lo más productivo para el futuro, para el futuro posible, es sólo un análisis detallado de nuestra situación actual.”

Debemos aceptar que, como señala el autor, no sabemos que es lo que estamos haciendo, y por tanto, esto nos ayudará a entender que, incluso con los mejores planes elaborados sobre la decisión, pese a asumir los efectos y consecuencias de la ruptura del orden establecido, al final, nuestra única verdadera opción es el análisis detallado de la situación actual, pero también el trabajo arduo y comprometido en el presente. De nada servirá el análisis desde una posición de privilegio y el trabajo reflexivo si al mismo tiempo no se trabaja. Nuestra decisión sigue siendo solo una: la colaboración y la apertura en el aquí-ahora, para que otros espacios puedan movilizarse.